

Lola Cooper

*Solo **tú**
me importas*




SERIE AMOR EN NUEVA YORK #1

Lectulandia

Solo tú me importas

Lola Cooper

Capítulo 1

—¡Eh, Jack! —Fred y Daniel se habían adelantado unos metros y se habían detenido delante de un local con la fachada forrada en madera—. Este garito no está mal. ¿Nos metemos aquí mismo?

Jack descolgó la llamada entrante en su móvil al tiempo que alzaba la vista al cartel de madera rústica donde leyó: The Fat Duck.

Bueno, no era Finn's Corner, el entrañable pub al que solían acudir cada noche de los miércoles, pero podía valer. En cuanto se recuperara el viejo Finn de la neumonía que le había llevado al hospital, serían los primeros en regresar para celebrarlo con él como merecía la ocasión.

Jack dio la espalda a sus amigos y respondió la llamada sin demasiada emoción:

—Dime, Louise.

—...

—Sabes que hoy no puedo llevarte a casa, nena. Es mi noche con los chicos.

Jack pegó un brinco cuando notó una fuerte palmada en la espalda. Al volverse, vio la cara de Daniel frente a él, tiritando, con la capucha de la sudadera que le cubría la cabeza entera y las manos resguardadas en los bolsillos.

—Tío, te esperamos dentro. Se nos están helando los cojones aquí fuera.

Jack le guiñó el ojo y levantó el pulgar en señal de acuerdo. Miró hacia el lugar donde se encontraba Fred, a quien vio combatir el frío a la luz de una farola, jugando a botar la pelota de *basket* entre las piernas.

—Sí, nena, te estoy escuchando —dijo volviendo a la conversación del teléfono.

—¡Dile a esa bruja de Lou que se deje de monsergas y que esta noche se lo haga con la alcachofa de la ducha! —exclamó Dan a voz en grito en mitad de la calle, a medida que se alejaba de él.

«Maldito Daniel».

Por suerte Jack ya había tapado el micrófono del móvil con la mano. Toda esa esmerada educación de Boston y el MIT no había conseguido pulir ni un poquito al bocazas de su amigo.

—Sé la hora que es y sé que estás muy cansada pero no puedo plantar a mis amigos.

—...

—Acabamos de salir de la cancha de baloncesto. Estoy sudado, cansado y tengo sed. No voy a ir a por ti, nena.

—...

—Haz lo que te salga del moño, Lou —la cortó—. Si quieres pedirle a ese idiota de Anderson que te lleve, no seré yo quien te lo impida. Ya somos mayorcitos los dos como para saber lo que tenemos que hacer.

—...

—¿Sabes qué, Lou? —Se le estaba acabando la paciencia—. Ni siquiera me voy a tomar la molestia de contestarte. Voy a disfrutar de unas birras con mis colegas y luego me voy a ir a dormir a mi casa. Y mañana, cuando estés más relajadita, hablamos.

—¡¡¡...!!!

Jack apartó el dispositivo de la oreja y lo sostuvo unos segundos en el aire, mientras esperaba que su novia terminara de gritar. Se cansó pronto: apretó la tecla roja y cortó la llamada.

«Hay días que no te soporto, amor», pensó.

Al abrir la puerta del local, una bocanada de calor le dio la bienvenida. También una suave melodía country de alguno de esos grupos desconocidos del sur. Echó un vistazo por las mesas abarrotadas en busca de sus amigos y vio dos manos alzadas que sobresalían al fondo del establecimiento, intentando llamar su atención.

Fred y Daniel lo recibieron con sonrisas burlonas. Seguro que habían estado «echándole flores» a Lou, como de costumbre.

Nada más sentarse, Fred empujó en su dirección la tercera jarra de cerveza que reposaba sobre la tosca mesa de madera.

—De un trago, Jack. La necesitas.

—Que os den, cabrones.

Agarró el asa y entrechocó el cristal con los de sus amigos antes de beberse media jarra de un trago. Tenía la boca seca.

«Lo necesitaba, sí».

—Eh, ¿os habéis fijado en las fotos que están colgadas en las paredes? —preguntó Daniel—. El dueño de este antro parece tener algunos amigos entre las celebridades de la televisión. Dentro de poco veremos tu foto colgada al lado de todas estas y podremos presumir de nuestro amigo Jack, el productor de televisión más joven y reclamado de Nueva York.

Jack alzó la jarra de nuevo y brindó por ello, aunque sabía que el éxito no sería tan rápido ni tan fácil como le gustaría.

Llevaba dos años dirigiendo el magazine matinal en la prestigiosa cadena CWW y, si bien los datos de audiencia habían ido creciendo, ya estaba harto de recetas de cocina, consejos de salud y entrevistas insustanciales. Si todo salía como él esperaba... Bebió otro gran trago hasta terminarse la cerveza.

—¡Eh, Jack! La tía de esa foto de ahí, ¿no es Dora Sayers, la de Secret eyes? Tú tuviste una sesión intensa con ella si no recuerdo mal, ¿verdad?

Jack torció el gesto.

—Dora es una víbora a la que tienen que escribirle en el guion hasta el aviso de que sonría a cámara al pronunciar su frase de despedida del informativo: «Que disfruten de un buen día, señoras y señores» —imitó su voz, sin siquiera mirar la foto.

Buscó a uno y otro lado del bar a algún camarero a quien pedir otra ronda,

pero no encontró a nadie cerca. Al volver la cabeza hacia atrás, por fin descubrió a una camarera tan bajita que apenas destacaba entre los clientes sentados en la bancada. En ese momento, llenaba la bandeja de vasos y botellas vacías y no hacía más que limpiarse la nariz con una servilleta que tenía en la mano. Jack esperó con paciencia hasta que terminó de recoger.

—¡Camarera, por favor! —llamó cuando pasó por su lado con la bandeja hasta los topes—. ¿Nos pones otra ronda cuando puedas?

Pero la chica se alejó con pasitos pequeños y apresurados y ni lo miró. Jack siguió la figura femenina que se alejaba por el pasillo y su mirada se posó en su trasero.

«Joder. Un tres erres: redondo, recogido y respingón. El Rolls Royce de los culos».

—Y ahí también está el tipo ese... Brad Moose. —Oyó decir a Daniel, que continuaba mirando la serie de fotos autografiadas.

Jack volvió su atención a la conversación.

—Un cantamañanas —afirmó sin contemplaciones—. Era un vendedor de coches de Cincinatti con más labia que luces. El gran misterio que algún día se nos desvelará a los simples mortales es cómo demonios ese tío engatusó al presidente del Golden Channel de Chicago para que lo colocara de presentador de Despierta América en un tiempo récord. En serio, tíos: ¿Alguien se cree lo que sea que cuente ese payaso vestido con chaquetas a rayas en un plató de televisión a las ocho de la mañana?

Daniel y Fred estuvieron de acuerdo con él, por supuesto.

Un camarero se paró delante de ellos sosteniendo una bandeja de bebidas a la altura del hombro.

—¿Alguien ha pedido otra ronda por aquí?

Paseó su mirada entre los tres y se detuvo en Jack.

—Seguro que has sido tú, ojitos azules —dijo con una dulce voz musical mientras depositaba sobre la mesa tres jarras de cerveza una detrás de otra.

Jack miró al tipo como si no entendiera nada.

—Puedes cerrar la boca, chato —El camarero le sonrió—. A ver si te va a dar un pasmo y te tengo que hacer el boca a boca, que yo encantado, ¿eh?

Daniel explotó en una risotada con la que los regó a ambos de la cerveza que acababa de beberse.

—¡Joder, Dan! —Fred se puso en pie con un montón de servilletas en la mano y se limpió con ellas la lentes de sus gafitas.

—No hará falta, gracias. Por el momento, me las apaño mejor con el sexo contrario. —Jack sonrió con sorna al camarero, que había cogido una balleta y limpiaba el líquido caído en la superficie de madera.

En cuanto se hubo marchado, los tres volvieron a estallar en risas mal disimuladas como si volvieran a los años de instituto. Ahí estaba: ¡El efecto Jack volvía de nuevo! Cuántas bromas habían hecho a costa de esa capacidad que tenía para atraer a las chicas sin ni siquiera mover un dedo. Se sentaban en el césped a la entrada del instituto y, de pronto, comenzaba el desfile de tías babeando, tartamudeando, bailando o haciendo lo que fuera necesario para llamar su atención. Y

ahora, el «efecto Jack» había ampliado su radio de acción hasta los gays.

«Hay que joderse», Jack paladeó la cerveza mientras recordaba a la camarera del «culo Rolls Royce».

—¡Eh, eh eh! ¡Y esa de la foto de ahí es Oprah Winfrey, Jack! ¡Esto ya son palabras mayores! —Esta vez fue Fred quien señaló una foto en blanco y negro, más grande que las demás—. Tu admirada Oprah. ¿Qué me dices? ¿Te imaginas a Oprah en este garito posando con ese tipo de ahí?

Los tres dirigieron los ojos al mismo tiempo hacia el hombre con cabeza en forma de huevo de pascua, triple papada y un cuerpo con las dimensiones de un barril de un millón de litros de cerveza, que masticaba tres mondadientes a la vez en un extremo de la barra.

Jack movió la cabeza en un gesto de incredulidad total.

—Increíble. Oprah es la mejor. La puta ama. Se los merienda a todos delante de la cámara y no deja ni los restos. Ella juega en otra liga, no como esos personajes de pacotilla que repiten las cosas como si fueran papagayos.

—Algo tendrán para estar ahí, Jack, no jodas.

Jack negó con la cabeza, muy seguro de sí mismo.

—Que no, tío. Te lo digo yo que estoy en el negocio. Cualquiera puede convertirse de la noche a la mañana en el presentador estrella de una cadena de televisión sin haber hecho nada para merecerlo. Os apuesto lo que queráis a que elijo una persona de este bar y la convierto en la estrella de mi próximo programa... —chaseó los dedos— así.

—¿A aquel, por ejemplo? —Daniel indicó con un gesto de la mandíbula a un joven sentado en una mesa cercana.

—Hay una norma no escrita y jamás admitida por los productores ejecutivos según la cual los pelirrojos con la cara llena de pecas no resultan más creíbles ante la audiencia que un niño de diez años.

—¿Y aquella chica? —Fred dirigió la vista a una rubia espectacular, sentada varias mesas más allá.

Jack revisó con ojo crítico los rasgos casi perfectos y, al cabo de unos segundos, se encogió de hombros.

—Podría valer, pero es como tantas otras. No tiene nada especial.



—Cari, me marchó. —Troy salió del cubículo al que llamaban cocina quitándose el delantal.

—¿Cómo que te marchas? —graznó ella, sin soltar la bandeja que acababa de dejar sobre la barra—. ¿A dónde? ¿Pero tú has visto cómo está el bar?

El camarero le dedicó una de sus sonrisas más encantadoras y le dio un toquecito en la punta de la nariz enrojecida.

—Le he pedido permiso a Duck para irme una hora antes por un asunto súper-súper importante, y me lo ha concedido. ¡Es un santo varón!

Stella le dio un golpe sin querer a la bandeja y las botellas vacías se tambalearon peligrosamente por unos segundos. Troy, que era de reflejos rápidos, las

sujetó con las dos manos y metió hacia dentro la bandeja. Los dos oyeron al gordo de Duck bufar desde el otro extremo de la barra.

—Stella, ¡déjate de cháchara y ponte a servir cagando melodías! —gritó el jefe—. ¡Y cántame los pedidos en voz bien alta, que no soy adivino!

—¡Santo, leches! —Stella apuñaló a su compañero con una mirada ensayada varias veces frente al espejo con el único fin de aguantar la presión de su jefe. A veces, se creía capaz de inspirar cierto miedo a pesar de su baja estatura—. Duck disfruta exprimiéndome hasta el límite de mis posibilidades. ¡Le caigo mal! ¡No me soporta!

—Tal vez —admitió Troy con mucha calma mientras recogía los últimos vasos que quedaban en la bandeja—, pero eres una de sus mejores camareras. Hoy será bueno contigo.

—¡No me jodas, Troy! Sabes que estoy con una medio-gripe, que me he arrastrado fuera de la cama y he venido con treinta y ocho de fiebre por no dejarte solo la noche en que libra Tracy, y ahora... ¿me haces esto?

—Solo falta una hora para el cierre, cari. Y quedan... —El dedo regordete de su compañero se movió por la sala contando— ocho mesas ocupadas, de las cuales, solo tres son mías y ya están servidas. Esto está chupado para una chica tan eficiente como tú.

—Troy, por favor, no me dejes sola —suplicó con ojos lastimeros—. Me retumba la cabeza como si me fuera a estallar. Me queman los ojos, me duele todo el cuerpo y Duck no hace más que acosarme...

Pero el camarero ya no la escuchaba. Se había abrochado el abrigo y se estaba poniendo los guantes de lana para lanzarse a la fría madrugada neoyorquina.

—Quédate con mis propinas de esta noche, Stella. Mira, ¿ves esa mesa de allí? —Stella siguió la dirección que indicaba su dedo enguantado—. La de los tres tiarrones con sudaderas de las mejores universidades de este país. Esos tíos ya van un poco achispados y son de los que dejan buenas propinas. Camélatelos y hoy tendrás una pequeña paga extra.

Eso la consoló un poquito. Llevaba tres noches durmiendo poco y mal porque ese mes las propinas no habían sido tan buenas, y con su sueldo no le llegaba para pagar su parte del alquiler. Y tampoco deseaba pedirles prestado otra vez a Hannah o a Kim, sus compañeras de piso. Últimamente se estaba convirtiendo en una mala costumbre que le hacía sentir mal, a pesar de que a ellas no parecía importarles.

Pero a ella sí le importaba. Mucho. Odiaba deberle dinero a nadie. Odiaba no valerse por sí misma. Odiaba echar tanto de menos a su madre.

Debía pensar qué hacer para mejorar su situación laboral y económica. No podía seguir así mucho más tiempo.

—Pásame tus pedidos. —Stella extendió la mano hacia él—. ¿Cuántas rondas llevan esos?

Troy se acercó a la caja registradora, tomó su libreta y se la entregó en la mano.

—Cuatro y estoy seguro de que ya no van a pedir más. Pagarán y se irán a dormir como buenos chicos, no sin antes haber dejado un buen montón de pavos de propina. —Troy le dedicó su sonrisa más especial, esa con la que se sentía menos

sola en el mundo—. El moreno de ojos azules no tiene desperdicio y sé de buena tinta que «no entiende». Venga, tú puedes, pequeña.

Le colocó recto el delantal sobre el pecho. Luego, sus ojos ascendieron por el cuello hasta llegar a la nariz enrojecida, y de allí siguió hacia su pelo. Troy torció el gesto y añadió:

—Aunque con ese nido de cuervos que tienes hoy como pelo, no sé yo. ¡Y deja de sonarte la nariz, que te las estás dejando en carne viva!



Stella volvió a mirar el reloj: veinte minutos para cerrar. Solo quedaban dos mesas ocupadas. En una de ellas ya habían pedido la cuenta. La otra era la de los tres «tiarrones» de Troy, que desde hacía un rato no dejaban de hacer gansadas como niños y apenas bebían de las jarras. A ese ritmo, les iban a dar las tres de la madrugada.

Stella se acercó a la mesa.

—Chicos, vamos a cerrar.

Uno de ellos estaba medio recostado sobre la superficie de madera; otro, el de gafitas con sudadera de Harvard, parecía estar más entero, y el moreno de Troy — sudadera de Columbia y... oh, Dios mío, ¿cómo es que no se había fijado antes en ese hombre tan atractivo?—, hacía figuritas de papel con las servilletas. Ya tenía dos pajaritas terminadas.

Los tres la observaron en silencio, como si se les hubiera aparecido la Virgen.

—Venga, sé buena, ponnos la última ronda —le pidió con voz pastosa el que parecía más borracho. Stella se fijó en el logo de su sudadera: era uno de esos frikis del MIT.

—Son casi las dos. Hora de cierre.

Se sonó los mocos una vez más. Notaba las sienas palpitantes, como si tuviera una manada de caballos corriendo desbocados dentro de la cabeza.

—Tres cervezas pequeñas —MIT marcó con dos dedos lo que podría ser un chupito— y nos vamos.

—No. Lo hago por vuestro bien, chicos.

—¡Eeehh! ¿Por nuestro bien? —Se incorporó de repente y señaló a su amigo, el de la sudadera de Columbia—. Jack, ¡haz algo tú también «por su bien»! ¿Quieres hacerte famosa, monada? ¿Sabes parpadear rápido y poner morritos?

Los otros dos amigos le rieron la gracia. A Stella le sentó como un tiro. ¡Niñatos!

—Sé agarrarte los cojones y retorcértelos hasta que grites como una niña, guapetón —dijo con voz gangosa.

—¿No quieres convertirte en la próxima estrella de la televisión? —inquirió MIT con voz de pito—. ¡Aquí mi amigo dice que lo puede hacer! ¿Cuánto te paga el gordo Duck? ¿Cuánto le pagarías, Jack? ¿Cuatro mil, cinco mil dólares al mes? Seguro que no has visto tanto dinero junto en tu vida.

Capullo. Gilipollas. ¿Quiénes se habían creído que eran para venir allí y decirle lo que ganaba o dejaba de ganar? ¿Por qué tenía que aguantar que tres hijos de

papá con la vida resuelta se rieran de su trabajo de camarera delante de su cara?

—¿Sabes qué? Que os van a servir cervezas vuestras santas madres. Y que como se os ocurra volver por aquí, debéis saber que escupiré o haré algo peor en todo lo que pidáis. Y os juro que no sería la primera vez que mi jefe mea dentro de la jarra de un cliente.

—¡Stella! —La voz chillona de Duck le rompió los tímpanos. Se giró y lo vio justo detrás de ella, encañonándola con los ojos. Su boca exhalaba ese aliento fétido que tenía y la cabeza, totalmente roja, parecía a punto de estallar como una granada—. ¡Estás despedida! Recoge tus cosas y vete. Aquí ha terminado tu patética carrera de camarera inútil, ¿me oyes? Me voy a encargar de que nadie en esta ciudad te contrate jamás. ¡Estás fuera del negocio! ¡Fuera de aquí! ¡Largo! ¡Fuera!

—Oiga, tranquilo, no ha sido culpa suya. Mi amigo está un poco borracho y se ha pasado bastante con ella —oyó que decía Columbia.

—Sí, colega. Solo era una broma —intervino MIT, avergonzado.

—Ella nos ha seguido el juego y lo que ha dicho también era una broma, ¿verdad? —Esta vez, le tocó el turno a Harvard defenderla.

De poco sirvió. Su jefe se dio media vuelta, desapareció en el cuartucho del personal y volvió al cabo de un minuto para tirarle a la cara el abrigo y el bolso, que cayó al suelo y se desparramó todo el contenido. Stella se agachó corriendo a recogerlo todo. Quería llorar, y gritar, y pegarle.

—No me voy sin que me des mi paga semanal.

—¿Que te pague...? ¡Tú eres estúpida? ¡Lo que voy a hacer es demandarte y me tendrás que pagar tú a mí por daños y perjuicios!

Harvard carraspeó. Se encajó las gafitas en la nariz y dijo muy serio:

—Debo decirle, señor Duck, que su obligación legal es pagarle lo que le corresponde de su sueldo más las propinas correspondientes, al margen de que usted la demande más adelante por daños y perjuicios.

—¿Y tú quién eres para decirme lo que debo hacer, gilipollas?

—Soy Fred Pattinson, del bufete Davies, Pattinson & Co. Especialistas en derecho empresarial, laboral, etc, etc... y abogado de la señorita. —Harvard la miró como si le pidiera permiso y ella por poco no se lo come a besos.



Stella salió a la calle desierta. Una neblina helada flotaba alrededor de la luz de las farolas y en los parabrisas se estaba formando una fina capa de hielo. A esas horas, no pasaba ni un triste taxi por ahí, claro que tampoco tenía dinero para coger uno. Suspiró y comenzó a abrocharse el anorak hasta arriba. Iría andando hasta Park Avenue, allí cogería el autobús que le llevaría cerca de su casa, en Queens. Envolvió la larga bufanda alrededor de la garganta y los oídos, y empujó con fuerza el gorro de lana sobre su cabeza. Tenía el pelo tan mal que no le cabía.

Comprobó de nuevo que el sobre con su paga —propinas incluidas— estaba dentro del bolso y lo cerró con cremallera. No muy lejos oyó el arranque de un motor, las luces de un coche se encendieron y salió despacio del aparcamiento. Lo observó rodar hasta que se detuvo junto a la acera, a su altura. Los cristales estaban

empaños. La puerta del conductor se abrió y salió Columbia que venía corriendo hacia ella sin dejar de frotarse los brazos para entrar en calor. Al llegar a su lado, Stella se sintió extrañamente pequeña: el hombre le sacaba más de una cabeza y tenía unos hombros tan anchos que podría darle dos vueltas alrededor de su cuerpo si se dignara a abrazarla.

—Sube, te llevamos a tu casa —le dijo. Ella lo miró como si lo viera por primera vez: tenía el pelo negro, ondulado y alborotado, la frente despejada, las facciones marcadas y varoniles; pero lo peor de todo era que la observaba con esos ojos de un intenso azul marino en los que podría llegar a ahogarse si se lo propusiera. Bajó la atención a su boca que, al parecer, continuaba hablándole a ella—: Es lo menos que podemos hacer, después de nuestra lamentable actuación.

—No, no hace falta, de verdad.

Pero ¿estaban locos? ¿Cómo iba a conducir bajo los efectos del alcohol?

—Sube —insistió—. Es muy tarde y creo que no estás en condiciones de andar por la calle con esta temperatura.

—Gracias, en serio, pero...

—Solo he bebido una jarra y media de cerveza. El resto de mis cervezas se las ha bebido Daniel. Por eso está como está y por eso... no se lo tomes en cuenta, ¿vale? Es un buen tío. Solo está pasando por un mal momento.

Claro. Como ella. Lo que ocurre es que su mal momento ya duraba casi cuatro años. ¿Esto se terminaba alguna vez? ¿Alguien podría decírselo? Y de paso, que le explicaran cómo seguir adelante día tras día.

Se dirigió al coche despacio. Él le abrió la puerta posterior y esperó a que ella se acomodara en el asiento, al lado del tal Daniel que dormía como un tronco con la cabeza descoyuntada contra el cristal. Su flamante abogado, Fred Patterson, le dedicó una cálida sonrisa desde el asiento del pasajero.

—¿A dónde te llevamos? —preguntó Columbia.

—A Queens. En la esquina de la calle 78 con la 150 —respondió sin apenas voz.

—Estupendo. Y tu nombre ¿es...?

—Stella. Stella Martin.

—Encantado, Stella Martin. Yo soy Jack Woodson.

Stella se acurrucó en el asiento. Comenzaba a hacer calorcito ahí dentro. Cerró los ojos un segundo. Creyó escuchar a Fred y a Jack discutir en susurros, pero estaba cayendo en una suave modorra en la que ya nada le importaba.



Jack se sentía muy mal. Por su culpa habían despedido de su trabajo a una pobre chica que no se lo merecía. ¡Eran unos auténticos capullos! Eso les pasaba por beber más de la cuenta y por jugar a ver quién decía la mayor gilipollez. El premio gordo sería para él, seguro. ¿A quién se le ocurre apostar a que podría convertir a una persona normal y corriente en un personaje famoso? Solo a él, por supuesto. Por presumir un poquito y porque estaba hasta las narices. Y porque podía hacerlo, ¡qué cojones!

De hecho, necesitaba encontrar a alguien que tuviera algo distinto, un punto de desparpajo, algo de humor, mucha frescura para su propuesta de programa para el *prime time* de la próxima temporada. O conseguía sorprender con algo nuevo y diferente, o no se lo darían a él sino a ese estúpido de Tony Anderson.

A través del retrovisor echó un vistazo a lo poco que dejaba ver la camarera: los ojos de un color que todavía no había conseguido definir y la punta de su nariz enrojecida por el catarro. Todo lo demás estaba oculto debajo de la bufanda y el gorrito de lana.

—Esto... Stella. —Ella abrió los ojos de golpe, como si la hubieran pillado en falta.

—Sí.

—Verás... lo que dijo antes Daniel sobre un trabajo en la tele y tal...

—No pasa nada. Tenía que haberme reído yo también, pero reaccioné mal, eso es todo.

—La cuestión es que hay una parte de verdad en lo que dijo. Dirijo un programa en la televisión, en Channel WorldWide, y estoy buscando a alguien que valga para presentar un proyecto nuevo. No sé si esa persona podrías ser tú, tendríamos que probarte antes de nada, pero lo que sí puedo ofrecerte para mañana mismo es un trabajo como asistente de mi ayudante de producción. Es lo menos que puedo hacer después de lo ocurrido.

—¿Qué sueldo anual le ofreces? —inquirió rápidamente Fred, todavía metido en su faceta de abogado de Stella.

Jack hizo una estimación mental rápida del presupuesto con que contaba.

—Dieciocho mil dólares anuales con seguro médico —respondió.

—Veinticuatro mil, con seguro médico y firmamos mañana —contraofertó Fred.

—Diecinueve mil.

—Veinte mil.

—Hecho —cerró Jack. Al mirar por el retrovisor, se tropezó con los ojos de Stella, que los observaba a los dos con una expresión entre perpleja y asustada—. Mañana a las ocho de la mañana, comienzas a trabajar en CWW. En recepción, pregunta por mí, Jack Woodson, y saldré a recogerte.

Fred Harvard se giró en su asiento y levantó el pulgar de la mano derecha.

Capítulo 2

Stella abrió la puerta de la calle y entró arrastrando los pies en la habitación, no demasiado grande, que hacía de salón, cocina, comedor y recibidor, todo en uno. Como era habitual, el ascensor del edificio estaba fuera de servicio y subir los ciento veinte escalones andando había acabado con sus últimas energías.

—Hija mía, vaya cara tienes, cualquiera diría que estás a punto de morirte aquí mismo.

Hannah, tirada en el sillón, la miraba con expresión desaprobadora.

—Me siento como un guiñapo.

Stella se quitó el gorro, la bufanda y el abrigo, y los fue colgando en su lado del perchero de cuatro brazos, que parecía a punto vencerse bajo todo aquel peso.

—Mira que te dije que no fueras a trabajar hoy.

A Stella no le quedaban fuerzas para discutir con su compañera de piso, así que se encogió de hombros, se dejó caer a su lado y se sonó por enésima vez.

—Vamos, ámate, Kim te ha dejado preparado un caldo que tiene muy buena pinta.

Hannah se levantó, fue a la nevera y sacó un tarro de cristal lleno de líquido dorado. Luego la agarró de las manos, la obligó a ponerse en pie y la sentó en una de las sillas desaparejadas que estaban en torno a la mesa. Stella se dejó hacer como si fuera una muñeca.

—No tengo hambre. Solo tengo ganas de meterme a hibernar debajo de mi edredón y no salir de ahí hasta que llegue el deshielo.

—Veo que no ha sido un día fácil.

Stella negó con la cabeza, miró la bola de papel con la que ya se había sonado media docena de veces y se secó la nariz con el dorso de la mano.

Hannah sacó un mantel y una servilleta, y colocó un cuenco lleno de caldo humeante que acababa de sacar del microondas delante de ella.

—Come —ordenó.

Obediente, Stella se llevó la cuchara a la boca y empezó a comer sin ganas, pero el caldo caliente enseguida la hizo sentirse mejor. Miró a su compañera de piso, que acababa de quitarle el envoltorio a una chocolatina.

—¿Sabes, Hannah? —La apuntó con la cuchara—. Creo que deberías donar tu cuerpo a la ciencia. No es normal que seas la única mujer en el mundo que se alimenta solo de comida basura y no engorda un gramo. Si algún científico consiguiera descifrar tu secreto seguro que se forraba.

—No hay ningún secreto. Es la genética —respondió Hannah con la boca llena de chocolate—. En casa el menú era siempre el mismo: lunes miércoles y

viernes hamburguesa del McDonald's y martes, jueves y sábado Kentucky Fried Chicken. El domingo podíamos elegir entre cualquiera de los dos. Y hemos salido todos delgadísimos.

—No me lo cuentes que me entran ganas de vomitar.

A pesar de esa dieta insana, la piel blanquísima de Hannah relucía de buena salud. Si los antepasados de Stella hubieran sido irlandeses y no latinos, habría tomado a su compañera de piso por un duende de los bosques atrapado en la gran ciudad. Los cortos mechones de color caoba, siempre despeinados, enmarcaban un rostro de nariz respingona y pecosa. Tenía los ojos de un matiz verdoso muy bonito, pero siempre los llevaba escondidos detrás de unas enormes gafas de pasta negra. Hannah era una especie de genio de los ordenadores y hacía trabajitos para empresas de seguros y agencias de detectives. Stella estaba convencida de que, si ella quisiera, podría encontrar un empleo mucho mejor en una empresa como Google o Apple, pero, claro, tenía que admitir que su compañera de piso tenía ciertas rarezas... Para ser sincera, era más rara que un pato con faldas.

A Hannah no le gustaba la gente, por lo que solo salía a la calle para ir a la lavandería y a Forest Park, donde se sentaba en un banco con una bolsa de cacahuetes en la mano y echaba la tarde viendo a los niños jugar, a las ardillas corretear y a los pajaritos volar.

Precisamente, se habían conocido hacía más de un año en la lavandería de la esquina. Por aquel entonces, Stella vivía con su madre en una destartada buhardilla cerca de allí. Sin decir ni hola a los escasos clientes, Stella había metido su ropa sucia en la lavadora y se había sentado junto a una chica delgada, vestida completamente de negro y con un gorro de lana embutido hasta donde empezaban las enormes gafas, que observaba como si estuviera en trance el tambor de la lavadora. Stella sacó su libro, pero, justo entonces, la otra dijo algo sorprendente:

—No entiendo que el personal se compre una televisión pudiendo tener una lavadora. No me canso de mirar la ropa dando vueltas.

Stella la había mirado de reojo, preguntándose si sería una de esas perturbadas que vagaban sin rumbo por las calles de Nueva York empujando un carrito de supermercado.

—Mira, ¿ves eso? —La desconocida señaló el tambor con un dedo—. Ahí está el pañuelo rosa. Como toda mi ropa es negra, me gusta meter algo que destaque. Me entretengo tratando de obtener la frecuencia con la que aparece la prenda de color después de «x» vueltas, para así tratar de estimar la probabilidad del suceso.

Para Stella fue como si le hablara en chino mandarín; sin embargo, alzó la vista del libro y se quedó mirando las prendas llenas de espuma que daban vueltas y más vueltas. Al cabo de unos minutos, empezó a relajarse y, cada vez que asomaba el pañuelo rosa, sentía una ligera sensación de bienestar.

Poco después, sin saber muy bien por qué o tal vez porque no tenía a nadie más a mano con quien desahogarse, Stella, con los ojos fijos aún en el tambor de la lavadora, empezó a contarle su vida a esa chica tan peculiar.

Le contó cómo después de un montón de peligrosas peripecias su madre, una guapa mujer latina de apenas veinte años, había conseguido cruzar la frontera sur de los Estados Unidos y llegar a Nueva York. Le contó que en el restaurante donde la

contrataron de lavaplatos conoció a su padre, un exsoldado norteamericano que, después de dar muchos tumbos, había terminado allí de pinche de cocina. El hombre pronto comprendió que no iba a ser fácil engatusar a la guapa morena para llevársela a la cama, así que le ofreció matrimonio y ella aceptó, más por el deseo de regularizar su situación que por haberse enamorado locamente. Le contó que el matrimonio duró apenas seis meses ya que, en cuanto se enteró de que estaba embarazada, el apuesto exsoldado salió huyendo. Y allí se quedó su madre, más pobre que nunca —su marido se había llevado hasta el tarro de cristal en el que guardaba sus escasos ahorros— y embarazada. Sin embargo, aquella joven luchadora no se dio por vencida, y con su sueldo de limpiadora y sus interminables turnos de trabajo había sacado adelante a su hija; una americanita con todos los derechos, ella sí, de la que estaba más que orgullosa. Le contó también que llevaba meses muy enferma, que el médico que la atendía ya no le daba esperanzas, que no tenían seguro y que el tratamiento y las medicinas habían acabado con los ahorros de ambas. Que había tenido que dejar el turno de noche en un restaurante porque le daba pánico la idea de llegar un día a casa y encontrársela muerta, y que tampoco se fiaba de la vecina que la cuidaba a cambio de unos pocos dólares mientras ella trabajaba por las mañanas.

Hannah la había escuchado en silencio y, sin decir una sola palabra, le había tendido un pañuelo de papel para que se secase las lágrimas que le habían empezado a rodar por las mejillas sin que ella se diera cuenta.

A partir de esa noche, se habían encontrado todos los martes a la misma hora en la lavandería y entre ellas había surgido una amistad de esas que duran para siempre. Cuando murió su madre, Hannah la había consolado en lo posible mientras la ayudaba con el complicado papeleo y, en cuanto quedó libre una de las habitaciones del piso, se ofreció a ir a hablar con Joey, algo que solía evitar en lo posible porque el casero, que vivía en el piso bajo con su madre nonagenaria, tenía las manos muy largas.

—¡Hola, queridas!

La voz alegre de Kim, la tercera en discordia en aquel destartalado pisito de Queens, interrumpió su viaje al pasado.

Kim entró en la cocina como un torbellino. Como de costumbre, no tenía un pelo de su maravillosa melena dorada fuera de su sitio. El ligero maquillaje seguía en perfecto estado y su cara no traicionaba el sufrimiento que debían producir los altísimos zapatos de tacón que llevaba a todas horas, lloviera o nevara.

Stella se llevó una mano a su moño despelucado y, como siempre, sintió esa conocida mezcla de odio mortal y envidia. La primera vez que la invadió ese sentimiento tan poco cristiano lo había hablado con Hannah, pero se había tranquilizado cuando esta le aseguró que a ella también le pasaba. Kim tenía ese efecto sobre la mayoría de las mujeres; a su lado, todas se sentían mal vestidas y desaseadas, hasta el punto de que más de una se olía la axila con disimulo, por si acaso. Sin embargo, aquel sentimiento no dejaba de ser injusto. Kim era una de las mejores personas que conocía y, junto con Hannah, la amiga más leal que había tenido en su vida.

—¿Te ha gustado el caldo? Lo preparé esta mañana antes de irme. Es de sobre, pero bajo en calorías y con poca sal.

Es que había que quererla sí o sí.

—Delicioso. Me sentía al borde de la muerte, pero ha conseguido revivirme.

Kim se preparó una infusión, se sentó con ellas y le lanzó una mirada preocupada:

—¿Qué tal tu resfriado? Tienes la nariz como un pimiento. Vaya —Frunció el ceño una milésima, no fuera a ser que se le quedara marcada alguna arruga en la frente—, me prometiste que tirarías a la basura esa horrible sudadera.

—Déjala en paz, que la pobre está hecha polvo.

—Tú calla, Hannah, que porque contigo haya perdido la esperanza de verte vestida de algún color que no sea el negro, no quiere decir que también vaya a tirar la toalla con Stella. A Dios pongo por testigo que pienso acabar con ese estilo a medio camino entre lo cómodo-horrendo y lo espantoso-confortable tan suyo.

Pero a Stella lo último que le apetecía era ponerse a discutir de moda, así que, después de sonarse una vez más, decidió contestar a la pregunta de su amiga para distraerla.

—Mi resfriado mejor —mintió.

—¿Mejor? —intervino Hannah, mirándola con el ceño fruncido—. Pues entonces es otra cosa. Confiesa: si te encuentras mejor, ¿por qué tienes esa cara tan... como de perro estreñado?

Stella decidió que no merecía la pena andarse con rodeos.

—Duck me ha despedido.

—¡¿Que te ha despedido ese pato seboso?! —chilló Hannah, indignada—. Se va a enterar. Acaba de ganarse a pulso uno de mis superataques cibernéticos.

Su amiga se animó un poco al oír aquello.

—No te preocupes, Stella. —Kim le dio unas palmaditas en la espalda—. Me acaban de pagar el artículo que mandé el mes pasado a ya sabéis dónde, así que el alquiler está asegurado hasta fin de año.

Kim trabajaba en una conocida revista de moda, pero, si surgía la oportunidad, no dudaba en vender a la competencia artículos firmados bajo seudónimo.

—Muchas gracias, Kim, pero no será necesario que me hagas otro préstamo. En teoría, ya he encontrado un trabajo.

—¿Tan pronto? —preguntaron las dos al tiempo, muy sorprendidas.

Stella les contó lo que había pasado esa noche en The Fat Duck. Cuando terminó, Hannah lanzó un silbido.

—Veinte mil con seguro médico. No está nada mal.

—Y ¿dices que tu futuro jefe es guapísimo? —Kim actuaba a menudo como una madre desesperada por casar a sus hijas solteras—. ¡Chicas, esto hay que celebrarlo!

Se levantó de un salto y fue a buscar la botella de tequila para ocasiones especiales que siempre tenían enfriando en la nevera.

—No por favor —suplicó Stella—. No tengo cuerpo para el alcohol. No puedo llegar mañana al nuevo trabajo con gripe y con resaca.

—Tonterías —afirmó Kim, dejando un vaso de chupito frente a cada una de ellas—. El alcohol es buenísimo para los resfriados, lo sabe todo el mundo.

Hannah dejó en el centro un plato con un limón cortado en rodajas y un salero. Kim, a la que le gustaba hacer de maestra de ceremonias, llenó los vasos hasta el borde y, en cuanto dio la señal, las tres se lamieron la piel entre el índice y el pulgar, y echaron un poco de sal. Entonces, Kim, alzó su vaso y brindó:

—¡Por el nuevo empleo de Stella!

—¡Por el nuevo empleo de Stella!

—¡Por mi nuevo empleo!

Volvieron a lamer la piel salada, se bebieron el tequila de un trago y, entre muecas, corrieron a chupar una rodaja de limón. La tradición consistía en seguir brindando hasta terminar la botella. Aquel ritual había empezado poco después de que Kim llegara al piso. Stella acababa de instalarse cuando la policía hizo una redada y se llevó detenido al tipo calvo y lleno de tatuajes que ocupaba la habitación del fondo, con el que ellas solo habían coincidido en un puñado de ocasiones.

El tío había puesto un cerrojo en la puerta por lo que la policía se había visto obligada a echarla abajo, entre los grititos horrorizados del casero, que había llegado justo a tiempo para ver la patada final. En cuanto la nueva puerta de aglomerado barato estuvo en su sitio, apareció Kim y anunció con una de sus sonrisas más encantadoras que iba a ser su nueva compañera de piso.

Stella y Hannah la odiaron a primera vista. Al principio, hacían como si no existiera. Ni siquiera le daban los buenos días e ignoraban olímpicamente las esponjosas tortitas o los huevos revueltos con bacon crujiente que la pobre les preparaba en un vano intento de hacerse la simpática antes de irse a patear las calles en busca de trabajo.

Las cosas siguieron así hasta que, una tarde, la nueva inquilina llegó con una botella de tequila en una mano y una bolsa de papel con un par de limones en la otra.

—Acaban de ofrecerme un puesto de becaria en la mejor revista de moda de Manhattan y vengo dispuesta a celebrarlo con vosotras os guste o no, pedazo de zorras.

Hannah y Stella, que en ese momento dormitaban tiradas en el único sofá del salón, con la teletienda de música de fondo, habían intercambiado una rápida mirada antes de ponerse en pie, apagar la tele, sacar tres vasos de un armario y sentarse a la mesa.

Aquella inesperada celebración, en la que las tres acabaron borrachas perdidas, sirvió para romper el hielo definitivamente y marcó el comienzo de una bonita amistad.

Stella se echó sal en la mano y luego se la chupó, iban ya por el cuarto brindis y empezaba a notar los efectos del alcohol, pero, a pesar de ello, alzó su vaso que volvía a estar lleno.

—Espera. —Hannah la obligó a bajar el brazo y se levantó de la mesa—. Ahora que estamos tan animadas voy a buscar el ordenador y hackeamos al idiota de Duck.

Salió de la habitación tambaleándose y regresó al poco con un portátil último modelo y pantalla extragrande.

Entre carcajadas y más tragos de tequila, cada una dio su versión de cuál sería la venganza perfecta. El resultado final fue sustituir en la página web de The Fat

Duck la foto en la que el dueño salía con Oprah Winfrey, por otra que Hannah había encontrado en el disco duro del ordenador personal del exjefe de Stella. En esta, un Duck con su cuerpo de barril tapado apenas con una toalla hinchaba los bíceps frente al espejo del cuarto de baño, en una patética pose de culturista.

Después de eso, brindaron otra vez.

—Y ahora —la voz de Hannah se había vuelto pastosa—, que nos cuente Kim qué tal su cita de hoy.

—Es verdad, tu cita con el tío bueno del banco. ¡Que la cuente! ¡Que la cuente! —Stella golpeó la mesa con el vaso mientras trataba de enfocar la mirada en el rostro de su compañera de piso.

—Mi cita. —Kim lanzó una risotada ebria que casi en el acto se convirtió en un hipido y repitió—: Mi cita.

—Sí, tu cita.

—Eso, la cita.

—La verdad es que no fue demasiado bien. —Kim intentó hacer un puchero, pero le entró la risa.

—¡Qué lo cuente! ¡Que lo cuente! —Stella volvió a golpear la mesa.

—Fuimos a un restaurante. El chico tiene clase, hay que reconocerlo. Me llevó a Tracy's, ¿sabéis cuál es?

Sus interlocutoras negaron con la cabeza.

—Sí, hombre, ese que está tan de moda...

—Da igual, sigue —la interrumpió Hannah con impaciencia.

Pero Kim, que no perdía la esperanza de que algún día las paletas de sus amigas entendieran de restaurantes de moda o, incluso —por qué no soñar a lo grande—, de vinos, insistió:

—El que está cerca del cruce de Lexington con la 42...

—No insistas. —La cortó Stella, golpeando una vez más la mesa con el vaso que esta vez dejó una marca bien visible—. Nos da igual a qué restaurante te llevó o si comiste ostras con chocolate. Lo que nos interesa son los detalles jugosos.

—Eso, los detalles jugosos —asintió Hannah, a la que cada vez le costaba más vocalizar.

Kim, que estaba tan borracha como las demás, lanzó otra risotada.

—Nos enrollamos en su coche con la calefacción a tope claro está, porque hace un frío que pela. Tiene un BMW bastante chulo. —A Kim le gustaban las marcas caras. En realidad, le gustaba todo lo que oliera a dinero; puede que su infancia no demasiado feliz en un pueblo perdido de Indiana del que no hablaba nunca tuviera algo que ver en el asunto—. Arthur besa muy bien. Hum, ya lo creo, muy requetebién.

—Así que la cosa va en serio.

Kim dio un último trago a su vaso y lo dejó en la pobre mesa con un golpe seco.

—No voy a quedar más con él.

Aquello las espabiló de golpe.

—Pero ¿no que besaba muy requetebién?

—Si te encantaba. Si decías que era guapísimo, educadísimo, que estaba

forradísimo...

Kim se sirvió los últimos restos de licor que quedaban en la botella antes de contestar.

—Veréis, es un poco delicado —dijo mientras contemplaba absorta el líquido transparente.

Hannah y Stella se inclinaron un poco más sobre la mesa para no perder detalle.

—En un momento dado, estábamos acariciándonos y lo toqué... ahí.

Stella frunció el ceño.

—¿Dónde?

—Pues ahí, ¿dónde va a ser?

—¿Le tocaste su órgano viril? —A Hannah no le gustaba andarse por las ramas y el nombrecito las hizo soltar una carcajada.

—Un poco. —Kim echó la cabeza hacia atrás y acabó con el tequila. Inspiró con fuerza y lo soltó por fin—: No había... nada.

—¡Un eunuco!

—¿Una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre?

Kim puso los ojos en blanco.

—No digáis tonterías, ni eunuco ni mujer. Arthur es un hombre normal con su propia... con su propia normalidad.

A Hannah se le iluminó la mente.

—Vamos, que la tiene pequeña.

Kim asintió con expresión de tristeza.

—Por lo poco que pude palpar, diminuta.

—Lo que no entiendo —las interrumpió Stella con cara de indignación— es que una chica moderna como tú no sea capaz de llamar «órgano viril» al órgano viril a estas alturas.

Kim hizo un mohín con aire recatado.

—No me gusta decir esas cosas en alto.

Hannah la miró con desdén.

—Luego nos llamas paletas a nosotras. A ver, Kimberley Donson, repite conmigo: Arthur tiene la colita pequeña.

Lo dijo tan seria, que las otras dos empezaron a partirse de risa.

—A ver, Kimberley... Donson, repite... conmigo —la imitó Stella que casi no podía ni hablar—: Arthur tiene... Arthur tiene la pilila pequeña.

Las carcajadas histéricas de Hannah y Kim retumbaron en el piso.

—A ver, Kimberley...

Siguieron así un buen rato, hasta que las tres acabaron tiradas sobre la mesa, llorando de risa.

Más tarde, cuando ya metida en la cama Stella estaba a punto de apagar la luz, cogió la tarjeta que había dejado sobre la mesilla de noche y volvió a leer el nombre de su futuro jefe: John, más conocido como Jack, Malcom Woodson.

Era un nombre bonito. Pasó la yema del dedo por las elegantes letras en relieve y, sorprendida, se dio cuenta de que ya no moqueaba y de que su nariz estaba casi despejada. Kim tenía razón, el alcohol era buenísimo para el resfriado. Eso sí, iba

a necesitar una tortilla de aspirinas para mantener a raya el dolor de cabeza al día siguiente. Con un suspiro, apagó la luz y se quedó dormida al instante.

Capítulo 3

Stella levantó los ojos hasta el enorme cartel que coronaba el edificio. El resplandor de las letras doradas con el logotipo de la CWW la dejaron medio ciega.

«Eso es que el brillo de la fama te está esperando», le hubiera dicho Kim.

Las sienas le martillaron. Se acordó de la noche de risas con las chicas y del tequila y se dijo que era la última vez que se emborrachaba antes de una entrevista de trabajo. Sin pensarlo dos veces, empujó las puertas de cristal y se acercó al mostrador. La recepcionista ni se molestó en mirarla.

—¿Qué desea? —le preguntó con voz de pato.

—Tengo una cita con Jack Woodson.

La chica, que llevaba un corte de pelo digno de Cleopatra, pulsó un botón, esperó un momento y, después, pulsó otra tecla.

—Maxi, ¿has visto a nuestro Jack por ahí? Tengo aquí a una... —La miró un momento—. Una chica que pregunta por él. ¿No sabes dónde está?

Stella se vio en la calle de nuevo si el tal Jack no aparecía.

—Vengo a un trabajo. Ayer me contrató como asistente de la ayudante de producción.

—¿La oyes? Dice que viene a trabajar con vosotros. Pues si tú no sabes nada... ¿Le digo que se largue?

—¡No!

—¿La has oído? —siguió hablando por el teléfono—. No se piensa marchar.

—¿No pueden buscarlo? Si no aparece, avise a la asistente esa con la que voy a trabajar.

La recepcionista se separó el micrófono enganchado en la oreja de la boca.

—¿Y con quién te crees que estoy hablando, cariño?

—Me dijo que me presentara hoy. No pienso irme sin hablar con él, con ella, con el jefe de personal o con el presidente si hace falta.

—Madre mía —le dijo a la del otro lado del teléfono mientras ponía los ojos en blanco—. Se me está poniendo un dolor de cabeza... Busca a Jack o ven tú a buscarla, pero me la quitáis de encima ya. —Colgó la llamada—. ¡Oye!, ¿no será que quieres colarte en la cadena y hacerte un selfie con algún famosete de los que andan por aquí? Que sepas que entran y salen por la puerta de atrás.

—¿Va a venir alguien a buscarme?

Le señaló un sofá negro en la pared de la derecha.

—Siéntate allí. Alguien aparecerá.

En cuanto se sentó, comenzó el desfile. Unos entraban, otros salían y la mayoría de ellos iban cargados con cámaras, cables, enormes pantallas blancas,

monstruosos focos de luces, cajas con botones, micrófonos y miles de aparatos más. Salían por una puerta blanca que había junto a ella y entraban por otra igual en la pared del frente. Entre que se abrían y se cerraban, a Stella le daba tiempo a ver los dos enormes corredores por los que se perdían los técnicos de la CWW.

Stella contuvo las ganas de seguir a esa gente y desaparecer por los pasillos, pero la Guardiana de la Puerta no la perdía de vista. Se contuvo los quince primeros minutos, hasta que a la vigilanta le debieron de entrar ganas de visitar el WC y se largó.

A todo correr, se coló por la puerta que tenía más cerca sin mirar lo que había delante.

—¡Merdé! —gritó la diosa rubia con la que se chocó.

—¡Ay, me has calado! ¡Está hirviendo!

En la blusa blanca, que Kim le había prestado aquella misma mañana, había una enorme mancha de café.

—Ha sido culpa tuya. ¿Qué haces aquí? Los platós se limpian por la mañana y los despachos por la tarde.

—Mira cómo me has puesto. Tendrás que pagarme la tintorería.

—La tintorería dice. ¿No eres tú de la limpieza? Seguro que entre los botes tienes algo para echarte.

Señaló un charco de café a sus pies.

—Será mejor que vayas a buscar cubo y fregona y recojas esto antes de que me resbale —le dijo con desdén y se dio la vuelta para largarse subida a sus altísimos tacones rojos.

—¡Oye! No sé quién eres ni me importa tampoco. Me da igual que seas Melania Trump o la reina de Saba. Estoy por hacerte caso y buscar una escoba para que la montes y te largues volando.

La arpía se giró de nuevo y la miró.

—¿Quiéres que te traten como alguien? No te vistas como una fregona, con esos vaqueros rotos, esas zapatillas desgastadas y esa... camisa que no te pega ni con cola —dijo y se largó con los tacones resonando en el pasillo, dejando a Stella sola y sin palabras.

Hacía mucho tiempo que nadie la trataba como una piltrafa y era incapaz de saltarle a la yugular.

«¡Esta maldita resaca!».

—¿Dónde te habías metido?

—Jack Woodson, ¡por fin! Pensaba que lo de ayer era una broma de mal gusto de tres amigos borrachos —le soltó Stella de mal humor.

Él señaló su pechera.

—¿Te has tirado el café o es que reutilizas las camisas varios días?

Solo le faltaba que viniera un idiota a reírse de ella.

—¿Y tú no miras el reloj o es que todavía te dura el colocón de ayer? Llevo más de media hora esperando en la puerta.

—Acaba de decírmelo Maxi. Estaba informando al productor ejecutivo de las novedades. —Le guiñó un ojo—. Es un hueso duro de roer, pero sé cómo camelármelo.

Echó a andar por el pasillo y Stella corrió para pegarse a él mientras avanzaban hacia el interior del edificio. Entraron en la sexta puerta de la izquierda.

—Maxi, aquí tienes a... Perdona, pero se me ha olvidado tu nombre.

—Ayer no debías de estar en muy buenas condiciones —se rio la tal Maxi.

Maxi era una mujer afroamericana de unos cincuenta años, alta y robusta, aunque con aspecto juvenil. Llevaba los rizos recogidos en una pequeña coleta y una camisa de leñador que le colgaba por fuera de un pantalón negro con pinta de haber tenido mejores momentos. Calzaba zapatillas de deporte, como solía hacer Stella.

—Soy Stella, Stella Martin —se presentó.

Maxi se levantó de una mesa llena de papeles y le tendió la mano y una sonrisa.

—Encantada. Yo soy Maxi, la ayudante de producción esa con la que, según tú, vas a trabajar.

—¿Según yo? —Stella se volvió a mirar a Jack.

—Sentaos —ordenó la tal Maxi—. ¿Jack, puedes explicarnos cuál es el plan que tienes para ella o bebiste tanto ayer que no lo recuerdas?

—¿Plan? —Se atragantó Jack—. No hay ningún plan. La he contratado para que sea tu asistente, ya lo he hablado con George.

La puerta se abrió de nuevo. Era la bruja del café, que la miró como a un perro sarnoso.

—¿Jack, tienes un momento?

—Ahora mismo vuelvo. Empieza tú a ponerla al día sobre su nuevo empleo —dijo antes de salir.

—Hombres —masculló Maxi—, son todos iguales. Bueno, todos menos mi exmarido que es mucho peor que casi todos ellos. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos? —preguntó con los ojos clavados en la mancha de café.

—¿Lo dices por esto? Ha sido esa... mujer que acaba de salir de aquí. Me tropecé con ella en el pasillo y me tiró el café encima.

—¿Lou Duprée? Así dice que se llama, pero yo creo que el apellido es inventado. El francés suena mucho más glamuroso, por eso se lo ha puesto. Es la novia de Jack. Ambiciosa y oportunista. En cuanto encuentre a alguien que le ofrezca más de lo que él le da, lo cambiará por otro. Ya lo verás.

—¿Lo sabe él?

—¿Jack? No te preocupes, Stella; es un hombre. El día que suceda, el disgusto se le pasará pronto —rio.

A Stella le cayó muy bien Maxi y le gustó que se dirigiera a ella por su nombre. Se acomodó en la silla.

—¿Vas a explicarme qué hago aquí en realidad? Ayer Jack me ofreció ser tu ayudante, pero no me dijo exactamente cuál será mi tarea.

—Vaya por delante que desde hace mucho tiempo necesito a alguien que me ayude, es cierto. Le he pedido a Jack en varias ocasiones que contrate a una persona, pero no me había hecho mucho caso hasta ahora. Y ahí es donde entras tú.

—¿En dónde?

—Al teléfono sobre todo. El programa dura tres horas, cinco días a la semana. Eso son quince horas semanales que hay que organizar al segundo. ¿Imaginas todo el

trabajo que hay detrás de las cámaras?

—La verdad es que no.

—Hay que contactar con todas las personas que salen en él, los que hablan en el plató y a los que se les entrevista en la calle, hay que llamar a mil puertas, empezando por aquellas de donde surge una noticia.

—¿También buscas información?

—No, pero si ha sucedido algo urgente, hay que sacarlo en antena al instante y muchas veces es necesario pedir permisos y localizar a posibles testigos.

—Parece bastante acelerado todo. Y muy emocionante.

Maxi estalló a carcajadas.

—Desde fuera sí, desde luego. Ahora viene la parte más emocionante de todas.

—¿Cuál es?

—Tendrás que hacer la compra.

Stella creyó haber entendido mal.

—Es una broma.

Del primer cajón de la mesa del despacho, Maxi sacó una libreta de espiral con la portada verde y la abrió.

—Nada de broma. Dos pizzas de anchoas, un sandwich de carne braseada con mayonesa y sin lechuga, un «Club» con pan integral y otro con mostaza, tres colas grandes, cuatro cafés: uno largo con leche y canela, otro espresso, el tercero solo y con mucha azúcar y el cuarto con café colombiano, cultivo ecológico y crema de leche.

—¡Te lo estás inventando!

Maxi giró la hoja hacia ella.

—De eso nada. Este el menú más común. Cuando llegue mediodía, aunque nadie haya dicho nada, tendrás que encargarte de que todo esto esté sobre esta mesa antes de las doce y media. Luego hay días que tocará oriental, italiano, indio o cualquier otra cosa. —Comenzó a pasar las hojas del cuaderno—. Lo tienes todo aquí, junto con el teléfono de los restaurantes. De vez en cuando nos falla alguno y hay buscar otro local. Eso también te tocará hacerlo a ti. Te advierto que no somos nada fáciles de contentar.

—Déjalo en mi mano. Esto del negocio de la hostelería lo tengo controlado. ¿Por casualidad no os gustará la comida mexicana? Porque ahí sí que tengo buen criterio para elegirla.

Maxi levantó el pulgar hacia arriba.

—Localiza los mejores burritos de Nueva York y te coronarán la reina de la cadena.

—Dame un par de horas y los tendrás encima de esa mesa.

—Te tomo la palabra. Esa es la parte fácil; ahora viene lo peor.

—Soy toda oídos.

—Jack es un buen tipo: simpático, cabezota, pero divertido.

—El hombre que toda mujer quisiera tener.

—No te pases, que yo no he dicho eso; al fin y al cabo, es un hombre.

—Con todo lo que eso conlleva.

—Veo que nos entendemos.

Ambas se rieron.

—Ahora en serio. Es un buen tipo; nunca me ha puesto una pega por marcharme si mis hijos estaban enfermos o si me fallaba la canguro. Pero también es cierto que exige; y mucho. No soporta que las cosas no estén a tiempo. No puedes decirle «no hemos llegado a tiempo». Más cosas, no le hagas una broma antes de las ocho de la mañana. Se despierta con el tercer café y, por cierto, lo toma solo y muy dulce. Odia que le digan que el azúcar es el veneno del siglo XXI. Si lo ves paseando por el pasillo mientras mordisquea un lapicero, no le hables, no lo saludes, no lo distraigas: es que está pensando. Si no has conseguido algo que te ha mandado, ten una alternativa preparada. La aceptará si es buena y dirá a todo el mundo que ha sido idea tuya. No es de los capullos que se apropian de las ideas ajenas y las hacen pasar como propias. Como te decía, es un buen tipo.

«El buen tipo» entró en ese momento con cara de pocos amigos. Estaba claro que la conversación con su novia le había puesto de mal humor. A pesar de lo que le había contado Maxi sobre él, Stella se alegró. Se lo tenían merecido. Los dos.

—¿Le has aclarado todo? —le preguntó a Maxi con prisa.

—Solo lo menos escabroso, no queremos que se asuste y salga corriendo. Bastante me ha costado conseguir una asistente para dejar que se escape. Por que... está contratada, ¿verdad?

Se puso muy seria y lo miró fijamente a los ojos.

—Esta vez sí. Ya te he dicho que tenemos el «ok» del gran jefe.

—¡Bien! —Maxi hizo el gesto de la victoria con las dos manos—. Acabo de descubrir lo que sienten los ganadores de la Super Bowl.

—Vamos a enseñarle esto a... Stella. —Pronunció su nombre con una amplia sonrisa, como para disimular que había estado a punto de olvidarlo otra vez.

—Un momento —los detuvo Maxi cuando ya estaban cerca de la puerta.

—Toma, tus mejores amigos —le dijo, al tiempo que le ponía entre las manos una agenda decorada con circulitos de todos los colores y un walkie-talkie—. Ni se te ocurra ir al baño sin ellos. A partir de ahora serás una mujer esclavizada por estos dos trastos. Acabarás odiándolos.

Recorrieron el pasillo de los despachos donde estaban. A Stella le llamó la atención no ver ni una sola imagen colgada de las paredes. Parecía más un hospital que un canal de televisión. Giraron a la derecha y entraron en otro pasillo. Aquello era ya otra cosa. Cables y cables y cables por todas partes. A la izquierda, más de diez puertas contra incendios con un número y una bombilla sobre cada una de ellas.

—Estos son los platós —le explicó Jack. Señaló a la lámpara—. Si la luz es de color verde, podemos entrar; si está roja, es que se está grabando dentro. Ni se te ocurra abrir la puerta en ese caso. En la número tres es donde grabamos nosotros.

Antes de darse cuenta, Stella ya estaba dentro del plató. Todo lo que había eran tres filas de asientos como los de la sala pequeña de un multicine y una gran mesa.

—Es mucho más pequeño de lo que imaginaba.

Jack soltó una carcajada.

—Sí, siempre me lo dicen.

—Parece excitante.

Jack se rio al oírla.

—Tu sitio, por ahora, está en el despacho de Maxi. —Jack le debió de ver cara de desilusión—. ¿Tantas ganas tienes de ponerte ante una cámara? No te preocupes, si las cosas salen bien, terminarás odiándolas.

Stella se asustó. ¿No acababan de contratarla y ya la estaban despidiendo?

—¿Si salen bien?

—¿Qué estáis haciendo aquí encerrados? —dijo un hombre que entró en ese momento y al que Stella no pudo ver, cegada por la luz que le daba directamente en los ojos.

Maxi le dio otra vez al interruptor y el plató volvió a ser lo que era para alivio de Stella.

—Tony —fue lo único que dijo Jack.

—Jack Woodson conspirando a espaldas de todo el mundo por lo que veo.

El recién llegado era un hombre bien parecido, de pelo castaño con algunas zonas bastante plateadas, ojos marrones, alto y de cuerpo atlético. No era un hombre joven, pero mantenía un gran atractivo. Jack no le había hablado de él, sin embargo, Stella lo habría reconocido de todas maneras. Tony Madson había estado al frente del noticiero de la CWW durante muchos años. Su madre, como gran parte de las mujeres de su generación, había estado enamorada de él. Pero hacía mucho tiempo que ya no salía en antena.

—Solo estoy enseñando las instalaciones a un nuevo componente del equipo. ¿Buscabas algo? —le preguntó Jack con retintín.

—Más bien a alguien. Pensé que Lou estaría contigo.

—Ya ves que no.

—En ese caso —dijo simplemente y salió por la puerta.

—Nos estaba espionando —aseguró Jack.

—¿Por qué dices que nos espionaba? —se sobresaltó Stella—. Ese es Tony Madson, ¿no? ¿Quieres contarme de una vez qué sucede aquí? —se enfadó Stella.

Jack se pasó una mano por el pelo negro.

—Sí, es Tony Madson.

—Ya lo sé. El hombre de las noticias.

—El ex de las noticias —gruñó Jack.

Stella nunca había visto a una persona quedarse más seria. Su gesto, habitualmente relajado, se tensó y con él, la perfecta línea de sus mandíbulas. Jack, que no parecía dispuesto a contarle nada más, se acercó a la pared y pulsó un botón. Un enorme foco se encendió de repente, y Stella se quedó ciega.

—Vaya, vaya —dijo Jack, complacido—. Creo que eres perfecta.

—¡No pienso quedarme! A menos que me cuentes lo que te traes entre manos a mis espaldas, me largo ahora mismo. Prefiero servir cervezas hasta medianoche con un trancazo de espanto que meterme en un nido de víboras por mucho que me paguéis. Porque eso es lo que parece este sitio. No hace una hora que he llegado y ya me ha agredido y me ha insultado una loca vestida de Barbie, y ahora veo que a mi alrededor vuelan los cuchillos.

Jack asintió.

—Está bien, creo que te lo debo. Vamos a sentarnos.

Se acomodaron en la primera fila de asientos.

—Tony y yo somos rivales en la cadena. Para mí es importante, pero Tony se juega mucho más. El programa donde aparece lleva demasiado tiempo sin aumentar los espectadores. En las dos últimas reuniones de producción se ha puesto su figura en entredicho. Las cosas se le pueden complicar mucho la próxima temporada. En la cadena se le empieza a ver como a un dinosaurio, alguien anclado en el pasado y que resulta un lastre para la cadena. Difícilmente podrá atraer a los jóvenes con presentadores de otra época. Es un hombre muy experimentado debido a los muchos años que ha estado de cara a los televidentes, pero su carrera profesional está siendo eclipsada por gente más joven que él. Yo soy uno de ellos y Tony no solo me ve como un competidor sino como un enemigo, y su equipo lo mismo. Eso es lo que hay —sentenció Jack—. Aquí es donde te metes.

Después de un rato añadió sin muchas ganas, pero con sinceridad:

—Todavía estás a tiempo de marcharte.

Stella se levantó despacio, cogió el bolso que había dejado a los pies y se lo colgó del hombro.

—Así que me estás diciendo que, si me quedo, la mitad de la empresa me odia.

Jack se rio.

—Algunos hasta querrán asesinarte.

—Parece divertido —dijo con una sonrisa—. ¿Dónde hay que firmar?

Jack le devolvió la sonrisa y, por unos segundos, se quedaron los dos mirándose a los ojos como si solo existieran ellos dos en el mundo.

Capítulo 4

Jack alzó la mano y contó hasta cinco antes de dar la señal de entrada de la cortinilla musical al área de control con la que puso fin al programa matinal de ese día. Cuando los chivatos verdes de las cámaras se apagaron y las luces iluminaron el backstage, todo el mundo se relajó: la presentadora se deshizo de los tacones con un suspiro de placer, los de sonido entraron a retirar micrófonos y pinganillos de los colaboradores y dos operarios procedieron a retirar algunos cachivaches de la decoración.

«Un programa menos», se dijo.

Se quitó los auriculares y buscó a Maxi con la mirada por todo el plató. ¿Dónde demonios estaba su ayudante?

—Creo que esto es lo que buscas —oyó que le decía una vocecilla a su espalda.

Al girarse, allí estaba la chica nueva, Stella, y le tendía una botella helada de su bebida isotónica preferida.

—Gracias. Estoy deshidratado —respondió antes de proceder a beberse casi medio litro de líquido blanquecino de un solo trago.

Una vez saciada la sed, la miró con curiosidad. Se fijó en que se había cambiado la camisa manchada por una dos tallas mayor que alguien le habría prestado del armario de la tele; llevaba el walkie-talkie colgado del cinturón como si fuera una pistola y se había recogido la melena color negro en una coleta alta que dejaba al descubierto el cuello largo y suave, y unos rasgos dulces, aunque bien definidos, en los que apenas se había fijado hasta entonces. Ahora ya sabía que sus ojos eran de color miel, y que cuando sonreía —lo cual parecía hacer muy a menudo—, se le marcaban unos graciosos hoyuelos en las mejillas.

«Vaya, vaya», pensó. Pero dijo:

—Veo que Maxi no ha tardado mucho en soltarte lastre...

La sonrisa radiante con la que le obsequió su nuevo fichaje no tenía desperdicio.

—Oh, sí. Ya me ha asignado algunas tareas y, en cuanto termine, debo buscarla para que me dé más. —Le ofreció un par de servilletas que llevaba en la mano—. Creo que no he conocido a una persona capaz de repartir órdenes a diestro y siniestro, escribir en la agenda y hablar por teléfono sin perder el hilo de la conversación, todo al mismo tiempo. ¡Es como si tuviera mil ojos y quinientas manos!

—Ajá. Esa es mi Maxi. Una diosa de la producción.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó ella, al tiempo que echaba un vistazo a

su agenda—. Tengo que ir a hacer la lista de la compra para las recetas de la próxima semana.

—No. En un cuarto de hora me meto en una reunión con mi productor ejecutivo. —Jack se encaminó a la salida sin dejar de hablar—: Dile a Maxi que me deje los datos de audiencia de hoy sobre la mesa. Los revisaré más tarde y, por cierto...

La puerta del plató se abrió y antes de que pudiera darse cuenta se halló frente a Lou, que lo observaba con una actitud modosita totalmente impropia de ella, y al impresionante escote que alzaba y enmarcaba sus pechos como si fueran una obra del arte del renacimiento.

—Como la montaña no viene a Mahoma.... He venido a verte —dijo su novia con un mohín de pena que en seguida transformó en una dulce sonrisa de disculpa—: Ha sido un programa magnífico, Jack.

—Gracias —respondió, escueto.

Después de la escenita de la noche anterior, esperaba algo más que un poco de coba profesional. Se volvió hacia Stella para terminar la conversación que tenían a medias:

—¡Ah! y recuérdale a Maxi que mire las reservas de estudios libres para esta tarde.

Los ojos de Lou se desviaron como dos misiles en dirección a Stella, que había abierto la agenda y se afanaba en apuntar sus palabras con expresión aplicada.

—Ah, la fregona. —Lou repasó su aspecto y se detuvo en la nueva camisa—. Veo que le has debido de dar pena a alguien del equipo de vestuario... Que no se te olvide devolverla al terminar el día. No son gratis.

—Louise... —la reconvino Jack.

Pero Stella lo interrumpió y replicó sin inmutarse lo más mínimo:

—Tranquila, es un regalo personal de esa mujer tan simpática, ¿cómo se llama...? —Se tomó unos segundos en hacer memoria hasta que le vino el nombre a la cabeza—. ¡Ah! ¡Sonya Kelly! Me ha dicho que ya no la usaba y que tiene otras dos más en su camerino.

—¿Sonya? ¿La presentadora de América a las tres? —soltó Lou con voz estrangulada.

Jack no pudo evitar sonreír con disimulo al notar cómo la nueva había conseguido metérsela doblada a su novia, que presumía de ser colega de todos los pesos pesados de la cadena. Sin embargo, al ver la expresión de furia contenida en los ojos de Lou, decidió que sería mejor cortar esa conversación antes de que se lanzara a por el segundo *round*.

Jack carraspeó.

—Es todo por el momento, Stella —dijo antes de darse media vuelta y posar una mano al final de la espalda de su novia, en un gesto con el que la invitaba a salir delante de él.

—¡Ah, Jack! —le llamó Stella a su espalda—. Y sobre lo de los estudios libres... Maxi ya lo ha mirado. Me ha dicho que te diga que están disponible el cinco y el nueve. Dice que si lo necesitas, ella se encarga de reservarte uno.

—No hace falta. Dile que ya me ocupo yo mismo —respondió, fingiendo no

darle mayor importancia. Se quedó allí unos segundos de más con la mirada prendida en el espectacular trasero de la chica mientras se alejaba por el pasillo. Antes de que desapareciera de su vista, agregó—: Nos vemos luego en la reunión de equipo.

Bien. Ahora solo tenía que apañárselas para que Stella se quedara un rato más tras la reunión con alguna excusa creíble y encerrarse con ella en uno de esos estudios sin que nadie se diera cuenta.



—Ben. —Jack se dirigió a su guionista, a quien había pillado más de una vez mirando de reojo a Stella que estaba enfrente—. En cuanto Maxi confirme la hora de la conexión en directo con el diseñador de ropa de mascotas, encárgate de elaborar las preguntas de la entrevista e incluirlo en el minutado de mañana.

—Hecho, jefe —respondió, moviendo los dedos a una velocidad supersónica sobre la pantalla del móvil.

—Lo llevo persiguiendo todo el día —bufó Maxi—. Su secretaria me ha dicho que lo llame en diez minutos, que ya estará libre. Al parecer lleva cinco horas «secuestrado» —entrecomilló la palabra con los dedos— por alguna de esas estrellas de Hollywood que lo ha contratado para que diseñe el traje que su perrito llevará a la gala de los Óscar.

—Bien, pues eso es todo por hoy —concluyó Jack. Miró a los miembros de su equipo sentados alrededor de la mesa de reuniones y añadió—: ¡Buen trabajo, chicos! Mañana nos comeremos el mundo otra vez.

Simuló revisar sus notas mientras esperaba a que todos se hubieran levantado de la mesa para marcharse. Cuando vio que la chica nueva se disponía a salir, la llamó:

—Hum... ¡Stella! ¿Te importaría esperar un momento, por favor? Quería comentarte un asunto...

Ella se volvió y lo miró con ojos precavidos.

—¿He hecho algo mal?

—No, no. Se trata de otra cuestión. —Le hizo una seña para que volviera a tomar asiento en su sitio—. Verás... necesito comprobar cómo suena un guion que he redactado. He pensado que me podrías ayudar y hacer una prueba ante la cámara.

—Que yo ¿quéee? ¿Estás de broma? —Se puso en pie de golpe y miró a todos los lados de la sala, como si buscara una cámara oculta. Luego clavó los ojos en él y agregó con voz atropellada—: Esto forma parte de la novatada del primer día o algo así, ¿verdad? ¿Me va a doler? ¿Me va a dejar secuelas? Que sepas que aguanto pocas tonterías y mi sentido del humor no está, precisamente, en su mejor momento. Bromas, las justas.

Jack se recostó contra el respaldo de su asiento basculante sin dejar de observarla con curiosidad.

—No es una broma. Es solo un ensayo informal para saber si mi guion funciona en cámara y no quiero que nadie de mi equipo lo sepa todavía.

—¿Por qué? —le espetó con el ceño fruncido.

—Porque... —«Piensa, piensa, Jack». Lo más fácil era contar la verdad... a

medias—: Porque forma parte del nuevo proyecto que estoy preparando para la próxima temporada y cuanto menos gente lo conozca por el momento, mejor.

—Sí, pero ¿por qué yo? ¡Soy la novata!

—Eso es lo bueno —replicó rápido—. Al ser nueva, no tendrás ideas ni poses preconcebidas sobre el texto que te daré a leer.

Stella lo miró suspicaz y se pellizcó el labio inferior, pensativa.

—Está bien.

—Pues vamos.

—¿Ahora? —graznó, asustada.

—En este mismo momento. Acompáñame.

—Pero... ¡no estoy preparada! Tengo que hacerme a la idea, concienciarme, visualizarlo...

—Olvídate, que no eres Meryl Streep. Cuanto más espontánea, mejor.

La cogió del codo, asomó la cabeza antes de salir para comprobar que todo su equipo había desaparecido de su vista y la arrastró fuera de la sala.

—¡Eh! ¡Que sé andar yo solita! —se quejó ella intentando zafarse de su garra.

Pero él no la soltó, al revés, aceleró el paso. Cuando antes llegaran, menos probabilidades tenían de que los pillara alguien por el camino. Atravesaron casi corriendo el corredor que conducía a los estudios y abrió la puerta del primero, el número cinco. Estaba vacío. Encendió las luces, y entonces sí, aflojó la mano con la que le agarraba el codo. Stella recuperó su brazo con un gesto de rabia.

—Si así es como tratas a la gente que te hace un favor..., ¿cómo tratas a tus amigos?

Jack se dirigió hacia la zona de grabación sin hacerle ni caso. Quitó la funda a una de las cámaras montadas frente al plató y la encendió. Luego revisó las luces, se acercó al escritorio, se sentó en el cómodo sillón y buscó la figura de Stella en la penumbra detrás la cámara.

—Ven, siéntate aquí —ordenó mientras desplegaba sobre la mesa un folio que traía doblado en el bolsillo del pantalón.

Stella se acercó despacio, tomó asiento en el mismo sillón del que él acababa de levantarse y echó un vistazo al papel que le puso delante.

—Vete leyéndolo en voz baja mientras yo me preparo.

Jack ajustó la altura de la cámara en el trípode y miró a través del objetivo. La imagen se veía borrosa. Enfocó.

Ahora sí.

Stella se había soltado la coleta y el pelo le caía brillante sobre los hombros. Observó su cara concentrada en el texto, los labios gruesos, rosados y perfectamente definidos, que repetían las frases que leía como si fuera una niña aplicada ante su profesor.

De pronto, ella alzó la vista y esbozó una preciosa sonrisa que llenó la pantalla por completo, como si no existiera nada más alrededor. Deslumbrado, apartó los ojos del objetivo un segundo y volvió a mirar.

—¿Quieres que empiece a leer, o qué? —preguntó ella.

Él no respondió. Se limitó a contemplar a través del objetivo ese rostro

perfecto y precioso que la cámara parecía adorar, y comenzó a grabar su voz, que sonaba como una caricia en los oídos. Rebobinó lo poco que tenía grabado en la cámara y pulsó el botón de *play*. Los ojos dorados parecían irradiar luz y su sola presencia devoraba todo el plano hasta el punto de no poder apartar la vista de ella.

«Hay que joderse...», murmuró para sí.

—Hum... sí —carraspeó él—. Cuento hasta tres y empiezas.

Stella comenzó a repetir el horrible texto que había redactado poco antes de la reunión, un par de párrafos sin pies ni cabeza y, aun así, ¡qué bien lo hacía!

—¿De verdad quieres que diga que «un informe del instituto de Hawai dice que existen pruebas de que la mente femenina tiene comportamientos paranormales»?

—La expresión del rostro femenino reflejó lo absurda que le parecía la frase.

—Sí, lo que sea —respondió él sin prestar apenas atención.

—¿Paranormales? —insistió sin hacerle caso—. Eso no hay quien se lo crea. Puede ser que las mujeres tengamos un sexto sentido, más intuición, más sentido común, que pensemos menos con el pito y más con el corazón, pero... ¿paranormales? ¡Anda ya!

Lo miró con sorna.

—Stella, esto es solo un ensayo, una prueba —respondió Jack, haciendo gala de mucha paciencia—. No importa lo que diga el dichoso informe. ¡Continúa!

—No puedo. —Stella meneó la cabeza de un lado a otro, con convicción—. Es que no me lo creo, Jack. Y si no me lo creo, no puedo leerlo. Es una cuestión de principios. Y eso en la tele, se nota. Yo lo noto, vamos. En cuanto un vendedor de la teletienda me la quiere colar, lo cazo al vuelo. ¿Quién te va a comprar unos guantes que te masajean las manos mientras pelas patatas si ni siquiera sabes pelar unas tristes patatas delante de la cámara? —inquirió con esos ojos color miel que parecían lanzarle rayos. Apenas estaba procesando la pregunta cuando se respondió a sí misma —: Pues eso: nadie.

Jack se apartó de la cámara, alucinado. Tenía ante los ojos un diamante en bruto de la televisión.

—Está bien, dilo como te dé la gana —concedió acercándose al sitio donde ella estaba sentada. Se puso a su lado y ordenó—: Mírame. —Ella se giró un poco y alzó el rostro hacia él.

«¡Hay que joderse! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Es que estoy ciego, tonto, imbécil perdido? Madre mía. Madre mía».

Antes de que todo eso que se le estaba pasando por la cabeza se reflejara en su cara como si fuera un libro abierto, tomó a Stella de la barbilla suavemente y le ordenó con el tono más neutro que pudo:

—Levanta la barbilla. Cuadra los hombros, pero no estés rígida, al contrario: erguida, pero natural.

Stella alzó el cuello, estiró la espalda ligeramente y lo miró inquisitiva.

—Bien. Mira siempre a cámara, no desvíes la vista. Piensa en alguien que te importe mucho y dirígete a esa persona a través del objetivo. Vamos a probar de nuevo —dijo, regresando detrás de la cámara.

Ella asintió en silencio. Después se removió inquieta en el sitio y releyó en bajito el papel otra vez antes de adoptar la postura que le había indicado Jack. Sonrió

con esa sonrisa que iba a cautivar a toda América y comenzó a hablar como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¡Corta, corta! —gritó Jack de pronto.

—¿Está mal?

—¡Estás increíble, Stella! Ahora vas a intentar que la expresión de tu cara y el tono de tu voz acompañen el sentido del texto que estás leyendo. Si es un texto irónico, deberás ponerle un toque irónico; y si es un prestigioso informe de la universidad de Bob Esponja, ponte seria. ¿Entendido?

—¿Y si es una mierda de texto escrito por tu jefe? —Lo miró con aire burlón—. ¿Pongo cara de asco o vomito encima del escritorio directamente?

Jack se la quedó mirando unos segundos de más. Era perfecta. Tenía presencia, desparpajo, descarado. La pequeña camarera de ojos dorados iba a ser la estrella de su nuevo programa y de toda América. La gente la iba a adorar. Él iba a triunfar. La cadena no le podría negar nada.

—Si es una mierda de texto escrito por tu jefe, lo estrujas en una bola, se lo tiras a la cara y punto. Él pillará la indirecta.

La bola de papel le dio directamente en el ojo y ella se echó a reír con una carcajada limpia y cristalina que le sonó a música celestial. Era perfecta, perfecta.

—Está bien, ¿sabes qué? —Jack avanzó hasta el escritorio y miró su reloj. Eran las ocho de la noche, buena hora para terminar—. Creo que con lo que he grabado tengo suficiente. Has estado alucinante, Stella. ¿Qué te parece si vamos al bar de la esquina y lo celebramos con una cerveza?

A ella se le borró la sonrisa de golpe.

—¿Te refieres a que nos tomemos una cerveza... tú y yo?

—Sí, yo te invito. Te lo mereces, joder.

—Eso de tomarse una cerveza con tu jefe no será nada ilegal en esta empresa ¿verdad? —preguntó, suspicaz.

Esta vez fue él quien se rio con la ocurrencia.

—No hay nada malo ni ilegal en tomarse algo con un colega del trabajo, Stella. Te lo aseguro.



Sin embargo, fue algo más que una cerveza. Debieron de ser tres cervezas y dos chupitos de tequila... por lo menos. O tal vez fueran cuatro tequilas, no estaba seguro. Hubo un momento en el que perdió la cuenta.

De pronto estaban los dos meados de risa sobre la barra del bar sin saber muy bien por qué. Stella tenía un montón de anécdotas absurdas de su antiguo trabajo en The Fat Duck y de su antiguo jefe, Duck, un impresentable. Y a él solo se le ocurrió contarle algunas de sus peripecias con las chicas que lo perseguían que igual no debería haber contado, pero que, al parecer, también debían de tener su gracia porque a Stella le lloraban los ojos de la risa. Y es que se sentía tan ridículamente feliz, tan ridículamente exultante, tan ridículamente ganador... que lo soltó:

—Te voy a convertir en la mayor estrella del firmamento, Stella —gritó con

voz pastosa, alzando el penúltimo chupito de tequila con mano poco firme—. ¡Stella, la estrella! ¡Stella de las Galaxias!

Ella se tronchaba de escucharle.

—¿Y podré ponerme un nombre artístico? Me gustaría llamarme... ¡Stella Hayworth!, en honor a la actriz preferida de mi madre. O mejor aún: ¡Stella Halley, como el cometa! ¿Suena bien?

Jack alineó con dificultad los vasitos vacíos y cuando lo consiguió, se volvió a ella y le respondió con la gravedad de un borracho:

—Stella Martin es perfecto, no necesitas un nombre artístico. Contigo en mi programa... que se prepare Tony Anderson y el resto de los lameculos de la cadena.

—¿Qué programa? ¿El de las marujas? Si me dejaras un día, sé cocinar unas fajitas de rechupete.

Jack meneó la cabeza de un lado a otro varias veces, hasta casi marearse.

—Mi nuevo proyecto para la próxima temporada —dijo por fin. Y señalándola con el dedo índice, enfatizó—: Tú y yo, Stella, nos vamos a merendar a esa panda de mediocres que llenan el *prime time*. Nos los merendamos con patatas y luego nos echamos una siestecita. ¿Qué te parece? Hacemos un buen equipo... yo te enseñaré todo lo que sé y juntos, tú y yo, derrotaremos a «Tony—yo soy tu padre—Vader» y ¡nos haremos con el Imperio!

Ella asintió sin dejar de reírse.

—¿Puedo invitar a mis compañeras de piso a esa merienda?

Jack se incorporó de golpe, puso su dedo en la boca y le dijo:

—¡Ssshh! ¡Esto es un secreto muy grande! ¡No lo puede saber nadie!

—¿Nadie? —Ella lo miró con los ojos como platos. Sus labios eran carnosos, rosados y estaba húmedos.

—Na-die —confirmó él y, según lo dijo, se fue inclinando poco a poco sin darse cuenta hasta estampar la boca contra la de Stella, en un beso que no comenzó demasiado bien, para qué nos vamos a engañar. Ella se quedó totalmente inmóvil un segundo, pero en seguida su boca se abrió a la suya y le respondió con entusiasmo, o eso le pareció a él. ¡Tenía unos labios tan jugosos! ¡Y tan suaves! Le daban ganas de besarlos una y otra vez, sin parar. De pronto, la sintió temblar entre sus brazos y se apartó de ella, sorprendido. ¿Qué ocurría? ¿Le había hecho daño? ¿Le tenía miedo? Pero entonces, se dio cuenta de que Stella estaba conteniendo la risa y cuando se miraron, estalló en una carcajada monumental que él no tardó en secundar. Jack la miró anonadado: nunca había conocido a una chica tan dulce, divertida y natural como ella. Tan pequeña y tan bien hecha. Y con ese culo...

«Joder, ¿dónde demonios ha estado escondida toda su vida?»

Cuando por fin consiguieron calmarse, Jack tuvo un momento de lucidez y dijo:

—Creo que después de esto, señorita Martin —Jack deslizó despacio el dedo por la línea de su naricilla y aterrizó en sus labios entreabiertos—, ha llegado la hora de marcharse a casa con dignidad. Hay que dormir bien porque ¡mañana empieza todo!

Descolgó del perchero el abrigo de ella y la bufanda de colores, que le enroscó despacio alrededor del cuello. Ella se dejaba hacer, sin apartar de él los ojos

dorados llenos de lucecitas.

—¿Qué empieza mañana?

—¡Tu ascenso a las estrellas! —gritó él al salir del bar, en plena calle.
Dios, se sentía pletórico.

Capítulo 5

«Stella Halley», Stella paladeó el nombre en su cabeza mientras daba vuelta a la llave en la cerradura y paladeó también el beso que Jack y ella habían intercambiado. Aún le parecía sentir el calor de esos labios, firmes y delicados a la vez, sobre los suyos.

Entró en el piso y, como de costumbre, se encontró a Hannah tirada en el sillón con el portátil sobre los muslos.

—¿Qué tal el nuevo empleo?

Stella puso ambos pulgares hacia arriba con una sonrisa antes de seguir desabrochándose el abrigo.

—¡Esto merece una celebración! —Hannah hizo el portátil a un lado y se levantó de un salto.

—¿He oído la palabra «celebración»?

Kim salió de su cuarto, se sentó en una de las sillas y cruzó las largas piernas con gesto sensual. Hannah y Stella resoplaron al verla. Nada de pijamas anchos de algodón con camiseta deformada para Kimberley Donson, no. Kim llevaba un salto de cama de satén con bata a juego que se ajustaba provocativamente a su cuerpo escultural. En definitiva, era un sueño erótico hecho realidad.

—¡Ni hablar! —dijo Stella con firmeza, al tiempo que se dejaba caer en el sillón—. Ya no celebro más cosas, que a este paso voy a acabar con cirrosis hepática.

Hannah se sentó a su lado y olisqueó el aire a su alrededor como un perro policía.

—Ya te digo. Apesta a alcohol.

—Acabo de tomarme una cerveza con mi jefe. Bueno, en realidad han sido varias cervezas y unos cuantos tragos de tequila. Me temo que mañana voy a seguir con resaca.

—Así que tu jefe y tú habéis ido solitos a tomar unas copas... —afirmó Kim en tono insinuante.

Stella apoyó la cabeza en el sillón y cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al instante porque todo empezó a darle vueltas.

—La verdad es que es un hombre muy interesante.

—Y está muy bueno. —Lo de Kim era más una afirmación que otra cosa.

—Y está muy bueno —reconoció Stella.

—¡Milagro! —chilló Hannah que disfrutaba siendo escandalosa—. ¡Nuestra Stella por fin se va a sacudir las telarañas de ahí abajo! ¿Cuánto ha pasado desde que lo dejaste con Roger? ¿Un año?, ¿tres?, ¿un par de siglos?

Stella lanzó una carcajada.

—Un año y unos ocho meses, aunque tienes razón, parece que fue hace un par de siglos. Pero no te hagas ilusiones —según lo decía se recordó a sí misma que ella tampoco debería hacérselas—, Jack tiene novia. Una de esas diosas perfectas que despiertan tus instintos asesinos.

—¿Como nuestra Kim? —preguntó Hannah con expresión de inocencia.

—Oye... —protestó la aludida.

Stella negó con la cabeza.

—Mil veces peor. Para empezar no es tan guapa. —Kim le agradeció las palabras con una especie de reverencia—. Y me han bastado dos minutos para saber que es una mala persona, pero de esas malas, malas de verdad.

—Pobre tu jefe. Deberías salvarlo de semejante arpía —dijo Hannah con cara de pena.

Stella se encogió de hombros y se puso en pie trabajosamente.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para las buenas acciones, estoy demasiado concentrada en labrarme un futuro profesional en el que no tenga que servir ni limpiar más mesas grasientas ni aguantar a más perversos. Y ahora os dejo, chicas. Necesito hacer un pis y dormir la mona —anunció y se dirigió con pasos un poco inseguros en dirección al cuarto de baño.



—Tu sandwich de carne braseada con mayonesa y sin lechuga, tu coca-cola grande y tu expresso.

Stella dejó el cargamento sobre la mesa de Maxi y salió del despacho para entregar el resto de los pedidos. Había dejado a Jack para el final y cuando llamó con los nudillos en la puerta de su despacho, entró sin esperar a que la invitaran.

Jack levantó los ojos de unos documentos que leía y preguntó con malas pulgas:

—¿Qué quieres?

Saltaba a la vista que Jack Woodson no estaba contento, al menos no con ella. A lo largo de toda la mañana había hecho como si no existiera y ni siquiera le había dado las gracias cuando le tendió la botella bien fría con su droga habitual al finalizar el programa. Stella se había sentido herida por esa gélida actitud tan inesperada. Sobre todo, después de cómo habían reído y bromeado la noche anterior. Además, había observado que no trataba igual al resto del equipo. Había estado un buen rato bromeando con Maxi y no había dejado de coquetear con la nueva becaria. Era solo cuando esos vivos ojos azules se posaban sobre ella, cuando se le torcía el gesto.

—Un «Club» con pan integral, una coca-cola grande y un café solo.

Apartó con cuidado unos papeles y lo dejó todo encima de la mesa.

—Solo has traído un sobre de azúcar. —Los seductores ojos de su jefe tenían una mirada acusadora.

Stella contó hasta diez mientras rebuscaba en el bolsillo de la sudadera y sacó dos sobres más que tiró sobre la mesa de cualquier manera.

Jack cogió uno de ellos, lo abrió con brusquedad y lo vació en el vaso del café.

—¿No te enseñó tu madre que las cosas se dan en la mano?

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Podía ignorarla si le daba la gana, pero Stella no estaba dispuesta a que ese estúpido engreído hablara así de su madre. Rabiosa, se puso en jarras y le plantó cara.

—Mi madre no estudió en una universidad pija como tú. En realidad, ni siquiera tenía el graduado escolar, pero te aseguro que en temas de buena educación te daba cien mil vueltas. —Stella no pudo impedir que se le llenaran los ojos de lágrimas al pensar en su madre, pero no estaba dispuesta a darle a ese tipejo la satisfacción de verla llorar, por lo que respiró hondo y siguió procurando que no le temblara la voz—: Si estás enfadado por algo, me lo dices. Si crees que he metido la pata, me lo dices. Si tienes alguna queja, me lo dices. No tengo una bola de cristal para adivinar tus estados de ánimo ni estoy dispuesta a aguantar tus caras de asco todo el santo día.

Hala. Ya estaba, ya se había quedado a gusto. Eso sí, a la porra el único trabajo bien pagado y medianamente interesante que había tenido en su vida.

En el despacho se hizo uno de esos silencios profundos que no auguran nada bueno. Al cabo de lo que a Stella le pareció una eternidad, Jack se levantó, rodeó la mesa para ponerse frente a ella y posó las palmas de las manos sobre sus hombros.

Stella apretó los dientes en espera de las palabras que la pondrían de patitas en la calle. Sin embargo, lo que oyó la dejó tan sorprendida que se quedó mirándolo boquiabierta.

—Perdona, Stella. Tienes toda la razón, he estado bastante desagradable contigo. Y siento el estúpido comentario que he hecho sobre tu madre.

Stella parpadeó, incapaz de decir una palabra; por suerte, no fue necesario porque Jack siguió hablando.

—Mira, Stella... —carraspeó, incómodo—. La verdad es que llevo toda la mañana dándole vueltas. Sé que no es culpa tuya, pero...

A Stella le estaba poniendo muy nerviosa que se anduviera con tantos rodeos, así que lo interrumpió impaciente.

—Pero ¿qué? ¿De qué narices estás hablando?

Lo escuchó inhalar profundamente y, por fin, lo soltó:

—Verás, Stella, lo de ayer no tenía que haber ocurrido. No quiero que pienses cosas que no son. Yo salgo con Lou y no...

A pesar de los rodeos, estaba claro lo que estaba tratando de decirle. Venía a ser algo así como: «Mira, guapa, siento que hayas pensado que el beso de ayer tuvo la menor importancia para mí. Estoy acostumbrado a que las chicas caigan desmayadas a mis pies y tú solo eres una más. Así que échale la culpa al alcohol o al *boogie* si prefieres, pero no te hagas ilusiones. Mi novia está a mil años luz de una humilde camarera como tú».

Y le dolió. Le dolió en el alma. Eso sí, no pensaba demostrarle a aquel estúpido hasta qué punto la había herido con su comentario.

—¿Lo de ayer? —Lo interrumpió con una mirada desafiante—. ¿Qué pasó ayer?

Jack frunció el ceño.

—¿No lo recuerdas?

«Eso te ha molestado, ¿eh, patético ser endiosado?».

Ella negó con la cabeza.

—Solo recuerdo que bebimos más de la cuenta. Y ya llovía sobre mojado, porque también había estado de celebración con mis amigas la noche anterior.

«Chúpate esa, mierdecilla vanidosa de tres al cuarto».

—Pues anoche nos besamos.

Ella abrió mucho los ojos, toda inocencia.

—¡No! ¿Tú y yo? Y... ¿pasó algo más?

—¿No crees que te acordarías si hubiera pasado algo más?

Su mal humor era evidente y Stella contuvo una sonrisa de satisfacción. Sin embargo, se encogió de hombros y dijo muy seria:

—Confieso que últimamente llevo unas noches muy locas. Pero muy mal amante tendrías que ser para haberme acostado contigo y no recordarlo. —Lanzó una risa burlona y lo vio apretar las fuertes mandíbulas.

«Toma, toma y toma. Te estoy machacando, guapito de cara». Stella tenía ganas de hacerse la ola a sí misma.

—No, no te preocupes. No nos acostamos —dijo él en tono seco—. Solo quería dejar claro que lo nuestro es una relación puramente profesional y que siento si en algún momento algo que haya dicho o hecho pudiera haber dado una impresión distinta.

—No, hombre, qué tontería. —Stella hizo un gesto con la mano, como si aquello fuera lo más ridículo que hubiera oído en mucho tiempo, y tuvo la deliciosa satisfacción de ver que él se cabreaba un poquito más—. Ni siquiera por un director de programa guaperas como tú me arriesgaría a que la bruja de tu novia me mordiera un ojo, ¿sabes? Podría contagiarme la rabia. Yo estoy a lo mío. No quiero líos en el trabajo, esas cosas casi nunca acaban bien.

Jack la miró con los labios apretados, se notaba que hacía un gran esfuerzo por dejar pasar su último comentario como si nada. A pesar de aquel pequeño triunfo, Stella se sentía fatal. Por mucho que no quisiera reconocerlo, el momento «cerveza» de la noche anterior había sido especial. No recordaba la última vez que se había sentido tan a gusto con un hombre; aún tenía agujetas en la tripa de tanto reírse. Jack era un seductor nato y ella, como una incauta más, también había caído bajo el encanto de esos ojos ardientes, de ese agudo ingenio que la había hecho reír hasta las lágrimas y de esa cálida personalidad que parecía abrazarte. Y aquel beso inesperado y algo torpe que apenas había durado unos segundos había despertado algo dentro de ella; una especie de revoloteo de mariposas en el estómago que hacía años que no sentía. Sabía que no debería haberse hecho ilusiones, pero...

Pero no tenía sentido seguir dándole vueltas. Jack acababa de dejárselo muy clarito. Él tenía novia y la única relación que jamás podría haber entre ambos era una estrictamente profesional. Y, en el fondo, ella quería lo mismo ¿no? Apretó los labios con fuerza mientras trataba de convencerse a sí misma que era del todo normal que, por unos instantes, la idea de pasar un buen rato con un hombre tan atractivo como Jack la hubiera tentado. Sobre todo, después de la prolongada sequía sexual de los últimos tiempos. Sin embargo, no debía perder de vista algo fundamental: se le había presentado una de esas oportunidades que solo surgen una vez en la vida y sería una

estúpida si la echaba a perder por media docena de polvos sin importancia.

—En fin, si no necesitas nada más, sigo con lo mío. Maxi me ha dicho que tengo que conseguir un burro de color blanco antes de las cuatro.

Jack la miró desconcertado.

—Joder. ¿Un burro blanco?

—Es para Esos seres entrañables, ya sabes, el programa estrella de la CWW en horario infantil.

Stella se dio media vuelta, pero Jack la detuvo antes de llegar a la puerta.

—Una última cosa.

Stella estaba deseando salir de allí, pero hizo un esfuerzo y se volvió despacio, con cuidado de no traicionar sus emociones.

—Dime.

—Te espero en el estudio de ayer a la misma hora.

—¿Necesitas que lea en alto otra mierda de texto escrito por mi jefe? —preguntó desafiante.

Esta vez, en vez de enfadarse con ella, Jack le lanzó una de esas sonrisas tan suyas, que tenían la virtud de freírle el cerebro. Puede que, por dentro, Jack Woodson no fuera la mejor persona del planeta, pero nadie podía negar que por fuera era de esos tíos que, solo con verlos, hacían que empezaras a babear.

—Eso mismo. Y recuerda: nadie debe saberlo.



Dos horas más tarde, una Stella desesperada trataba en vano de hacer avanzar por el pasillo a un burro blanco que no dejaba de lanzar ensordecedores rebuznos.

—¡Muévete, bicho asqueroso!

Le dio un nuevo tirón de las riendas, pero, por lo visto, el dichoso animal había decidido que se moviera su tía. El espectáculo había hecho salir de sus madrigueras a un montón de compañeros ociosos que se partían de risa ante sus apuros y no paraban de darle consejos.

—A los burros hay que darles mucho amor —dijo uno.

—Eso, dale un buen morreo, le va a encantar.

Stella les lanzó una mirada asesina a los graciosos de turno y se secó el sudor de la frente con la manga de la sudadera.

—Lo que os voy a dar a todos vosotros es una patada en el culo como no os calléis.

En ese momento, se abrió otra puerta y salió Lou hecha una furia.

—¿Qué mierdas es este follón?

«¡Oh, cielos! La que faltaba». A Stella le hubiera gustado que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara, y más cuando vio cómo cambiaba la expresión de aquella odiosa mujer al ver sus apuros.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Una cabrera recién llegada del pueblo?

—Podría ser, podría ser, si no fuera, claro está, porque cualquiera con un poco de cultura general sabría que esto es un burro y no una cabra —replicó Stella con

desdén.

—Perdona, pequeña pueblerina, no alcanzo tu sabiduría en estos menesteres.

El corrillo de pelotilleros que se había formado en torno a la diosa rubia le rio las gracias y, mientras Stella luchaba contra las ganas casi irresistibles de abalanzarse sobre aquella zorra mimada y arrancarle un buen mechón de pelo de un tirón, se abrió una de las pocas puertas que seguían cerradas y apareció Jack.

—¿Qué demonios pasa? Es imposible trabajar con este jaleo.

—El amiguito de tu protegida, la fregona, que por lo visto pasa de ella. Y no me extraña lo más mínimo, claro.

Las risas aduladoras resonaron en el pasillo una vez más.

Jack miró el rostro congestionado de Stella, que seguía tirando de las riendas como si estuviera poseída.

—A ver, déjame a mí.

Jack se acercó al burro y, sin hacer movimientos bruscos, le acarició el cuello. Luego sacó un sobre de azúcar del bolsillo, se la echó en la palma de la mano y dejó que el animal lamiera hasta el último grano. Después, alargó la mano no chupada hacia Stella quien, sin decir palabra, le tendió las riendas.

—Vamos, burro —dijo tan solo, y el muy hijo de burra empezó a caminar detrás de él sin dudarle.

Aquello terminó con la diversión y los mirones regresaron a sus puestos.

Stella reaccionó por fin y corrió por el pasillo para alcanzarlo.

—Tienes un don, ¿sabes?

—Sí, claro, me llaman Jack, el amigo de los burros. ¿Dónde hay que llevar a este colega?

—Al treinta y tres. Pero te lo digo en serio. Si no hubiera sido por ti, no habría conseguido mover al dichoso bicho.

Jack giró la cabeza para mirar al animal que lo miraba con ojos de enamorado y frunció el ceño.

—Este burro tiene algo raro.

Stella se encogió de hombros.

—No te preocupes, es solo que se está despintando.

Jack se detuvo en seco y se volvió a mirarla.

—¿Lo has pintado?

Stella le lanzó una sonrisa vacilante y rogó a los dioses que Jack no fuera uno de esos fanáticos defensores de los animales.

—Verás, ha sido imposible encontrar un burro blanco. Ya solo localizar una fundación cerca de Saranac Lake en la que acogen burros abandonados provenientes de lugares tan remotos como Italia, España o Portugal ha sido un milagro. Este es el más blanco que tenían, así que he ido al chino de la esquina a comprar una crema de zapatos y he tapado las manchas oscuras de la grupa como he podido.

Jack lanzó una explosiva carcajada y, dos segundos después, igual que había ocurrido la noche anterior, ambos lloraban de risa en mitad del pasillo.

—Joder, Maxi me debe una. —Jack se secó las lágrimas con la mano mientras miraba a Stella dar un último retoque a una de las manchas con el bote que se había sacado del bolsillo de la sudadera—. No habría podido encontrar una asistente de

ayudante de producción mejor que tú ni en mil años.

Stella se volvió a mirarlo con cara de felicidad.

—¿Lo crees de verdad?

Jack se llevó la mano al corazón.

—Palabra de *boy scout*.

Y la seductora sonrisa que acompañó a su mirada risueña la dejó sin aliento.

Capítulo 6

«—¡Plano picado! —se oyó gritar, sentado tras la cámara en lo alto de la grúa. Miró abajo y vio la cara de alarma de Maxi que movía los brazos como si estuviera dirigiendo un aterrizaje de emergencia. Eh, pero también estaba allí Tony, y le guiñaba un ojo con el dedo pulgar levantado como si todo fuera genial, ¡capullo! y, de pronto, miró a su derecha y Stella estaba sentada de copiloto, y le ofrecía una bandeja llena de bebidas espumosas y reconstituyentes, y entonces comenzó a sonar un extraño zumbido y la grúa caía, y caía, y caía....».

Se despertó aleteando, en busca de algo a lo que sujetarse y cuando encontró donde apoyar las manos, comenzó a calmarse, aunque el zumbido todavía seguía allí metido dentro de su cabeza como si le estuviera triturando los sesos a conciencia. Abrió los ojos y miró a su alrededor: ¿Dón-de-mo-nios-ta-ba? ¡Ah, sí! En el ridículo sofá de piel blanca de Lou en el que había dormido encogido como un cuatro y con la cabeza apoyada en esos reposabrazos duros como ladrillos que... ¡joder!

Al intentar incorporarse, un agudo pinchazo en la zona del trapecio, o en la nuca o en la clavícula o donde quiera que fuese, le paralizó. Con movimientos muy lentos, consiguió sentarse en el asiento sin forzar mucho la postura. El zumbido cesó de pronto. ¡Qué alivio!

Alzó la vista y tropezó con los ojos entrecerrados de Lou, que lo asesinaban desde el otro lado de la encimera que separaba la cocina y el salón mientras bebía un gran vaso de zumo de naranja recién exprimido.

Entonces comenzó a recordar la bronca que habían tenido la noche anterior mientras esperaban a que llegara la comida india que habían encargado por teléfono. ¿Y por qué? Ya ni se acordaba... por cualquier tontería. Porque siempre llevaba el depósito de la gasolina al límite o porque no había respondido a su último mensaje en el móvil o porque había reservado en no sé qué restaurante de lujo justo el miércoles, el día en que quedaba con Fred y Daniel. ¡Qué más daba! No había día que no discutieran por cualquier nimiedad y estaba empezando a hartarse de todo aquello.

—Me voy.

Lou pasó a su lado sin mirarlo, taconeando sobre el suelo de madera con fuerza. Iba maquillada como si fuera a los Óscar y a su paso lo atufó con ese perfume empalagoso que tanto parecía gustarle y que a él lo mareaba. La observó coger el bolso al vuelo, se puso el abrigo de cachemir y cuando estaba a punto de salir por la puerta, le soltó:

—Y, por favor, por una vez, intenta no dejar el baño hecho una pocilga después de ducharte.

Cerró la puerta antes de que él pudiera darle la respuesta que se merecía.

Jack miró la hora. ¡Las siete! Se dio una ducha rápida y ni se molestó en limpiar el charco de agua que dejó al salir. Se vistió, eligió una manzana del frutero y cuando iba a coger su mochila, se percató de que la cremallera estaba abierta. No tardó en darse cuenta de lo que le faltaba: el disco donde tenía grabado el programa piloto que debía presentarle a George esa misma tarde y las pruebas de cámara de Stella. Su secreto mejor guardado... hasta hoy.

«¡Louuuiseee! ¡Maldita seas!», respiró hondo. «Tranquilidad, Jack, tranquilidad. Todo se arreglará».



Pero resultó que nada quería arreglarse. Al revés. Buscó a Lou por toda la cadena sin encontrarla. La llamó más de veinte veces al móvil. Le mandó tropecientos mensajes a cual más indignado. Quería que le devolviera su disco. ¿Para qué demonios se lo había quitado? Le había asegurado por activa y por pasiva que en cuanto le hiciera la presentación a George, ella sería la primera persona a la que le mostraría el proyecto piloto.

«Tranquilidad, Jack, tranquilidad».

Un fuerte dolor de cabeza le presionaba las sienes como si alguien le hubiera colocado una corona de espinos. No podía mover el cuello sin sentir un latigazo en toda la espina dorsal y, para más inri, tenía el estómago revuelto después de beberse el tercer café en dos horas. Cuando pidió el cuarto —«esta vez lo quiero expresso y bien cargado, Stella»—, y ella se negó a traérselo, casi le prende fuego al plató.

—Perdona. Perdona. Tienes razón, no más café por hoy —se disculpó poco después, con gesto abatido—. Está siendo un mal día.

—¿Puedo hacer algo por ayudarte? —le preguntó ella con sonrisa precavida.

—Sí, por favor. La próxima vez que me convierta en Mr. Hyde tienes permiso para darme un sartenazo en la cabeza.

Ella soltó una de sus carcajadas cristalinas y le dijo que lo haría con mucho gusto, vaya si lo haría. Solo con verla reírse, Jack se relajó un poco y esbozó una sonrisa conciliadora.

—Pero antes, consígueme algo fuerte para el dolor de cabeza, el dolor muscular, el dolor de estómago... —Stella lo miraba con alarma creciente—. Tráeme lo que sea. Droga dura. Lo que sea.

Por supuesto, no encontró a Louise. Ella lo encontró a él. Entró en tromba en su despacho con el disco en la mano.

—¡Cariño! ¿Sabes lo que es esto?

Él contempló con alivio la cajita que contenía su programa piloto.

—¿Te refieres a mi disco, el que me has robado de mi mochila esta mañana?

—¿Robar?

Lou lo miró fingiendo extrañeza. Luego sonrió con gesto despreocupado y rodeó el escritorio hasta sentarse sobre la mesa en actitud deliberadamente sexi, muy cerca de él.

—No digas tonterías, cariño. Lo que no entiendo es ese secretismo en torno al asunto. Por eso llevas este tiempo tan nervioso ¿verdad? ¿Por qué no me lo has

contado? Mejor dicho, ¿por qué no me lo has querido enseñar? ¿Es que no confías en mí? —preguntó con tono tan seductor como lastimero.

—Claro que confío en ti, Lou. Pero es mi trabajo, mi proyecto, mi futuro y...

—Pues yo quiero formar parte de esto, Jack. —Movi6 el disco plateado frente a sus ojos—. ¡Este programa va a ser el gran éxito de la próxima temporada! Lo he sabido en cuanto lo he visionado. Lo tiene todo: es novedoso, ágil, con secciones muy actuales y buenas dosis de humor inteligente. A la gente le va a encantar y a los grandes jefes de la CWW, más todavía.

—¿En serio? —Estiró el brazo y, con un rápido movimiento, le arrancó el disco de los dedos—. Me alegro de que te haya gustado, Lou, es muy halagador...

—Quiero ser tu presentadora —lo interrumpió ella antes de que pudiera terminar la frase. Y a partir de ahí, su novia tomó carrerilla y soltó todo lo que había pensado en las últimas tres horas—. Necesito avanzar un paso más en mi carrera, Jack. Me siento estancada en ese «programita» de economía aburrido y sin futuro. Nunca voy a llegar a nada si sigo bajo la dirección de Peter Straw, la persona más insulsa del mundo.

—Peter Straw es el mejor analista económico de la cadena, Louise. Su programa lleva en antena más de cinco años. Pocos tienen el privilegio de trabajar con él.

—¿Privilegio? ¡Por-fa-vor! ¿A quién le importa la economía? ¿El petróleo? ¿Los precios de las materias primas? —Se incorporó de repente y comenzó a recorrer el despacho de un lado a otro, sin parar de hablar—. ¿Conoces a algún periodista que se haya hecho famoso hablando de carteras de inversión, *hedge funds* o interpretando gráficas de colorines?

—Puede que no sean famosos en el sentido estricto de la palabra, pero tienen gran prestigio y reconocimiento.

—¡Tonterías! —Volvió a colocarse a su lado y, sin que Jack pudiera evitarlo, le agarró una de las manos y entrelazó sus dedos entre los de ella. Luego, como si fuera un niño travieso, dijo articulando despacio las palabras—: Jack, Jack, Jack. Eres el director con más talento de la CWW y por fin te ha llegado el momento de demostrarlo. Por fin podremos demostrarlo ambos, tú y yo. ¡Es nuestra oportunidad! Ya lo veo: Jack y Louise, director y presentadora, ¡la pareja de oro de la CWW!

—Ya tengo una presentadora —cortó él con sequedad.

Ella torció el gesto.

—¿Te refieres a la pequeña fregona? —Se incorporó un poco y le soltó la mano—. Precisamente quería advertirte: esa chica es lo único que falla en tu programa piloto, Jack. No funciona: es demasiado expresiva, gesticula mucho, apenas entona, no controla su cuerpo, su lenguaje no verbal...

—Es perfecta para lo que pretendo —replicó él.

—Yo puedo hacerlo mucho mejor.

—Louise, tú eres una magnífica periodista, pero no eres lo que mi programa necesita.

—¿Me estás diciendo que prefieres a una perfecta desconocida, sin experiencia ni estudios, que a mí? ¿A tu novia? ¿Me estás rechazando, Jack?

Él la miró fijamente y respondió despacio y con aplomo:

—Ese puesto no ha estado vacante en ningún momento, Lou. No he abierto ningún proceso de selección de presentadoras, no hay opción, así que no te estoy rechazando. Es así de simple.

—¿Así de simple? Elige, Jack: o hacemos esto juntos o lo nuestro se acabó. No voy a consentir que me dejes atrás.

Jack se irguió en el sillón. Si había algo en el mundo que no soportaba eran los ultimátums. Le parecían un ataque en toda regla a su inteligencia y a su libertad. Y no estaba dispuesto a consentirlo, ni a Louise ni a nadie.

—Bien. Si eso es lo que quieres, puedes tirar mi cepillo de dientes a la basura cuando llegues a tu apartamento.

Ella se levantó de golpe y lo miró con odio.

—No puedes hacerlo.

—Ya lo he hecho. Se acabó, Louise.

—Ahora que has llegado a donde estás, ¿te quieres librar de mí? —Soltó una carcajada agria—. Ten en cuenta que he visto tu programa y que hay por ahí personas muy interesadas en saber qué estás preparando, Jack.

—Haz lo que quieras, Lou. —Jack se guardó el disco en el bolsillo de la camisa—. Tú sabrás lo que te conviene.

—Te aseguro que no te va a salir gratis. Ni a ti ni a esa fregona que recogiste de la calle.

—Si quieres ir contra mí, hazlo. Pero a ella déjala en paz. No tiene la culpa de nada. He sido yo quien la ha elegido, creo que se merece una oportunidad. Todos hemos tenido esa primera oportunidad, incluso tú: a ti también te dieron una cuando empezabas ¿lo recuerdas?

Louise abandonó el despacho con un tremendo portazo que hizo retumbar los paneles de todo el pasillo.

Capítulo 7

Jack soltó el aire poco a poco. Al menos había recuperado el disco, aunque ello le hubiera costado cortar con su novia. Lo guardó en el cajón de la mesa, que cerró con llave.

En el fondo, se sentía aliviado. Llevaba saliendo con Lou poco más de un año y, desde el principio, la relación había sido tormentosa. La verdad era que nunca se había sentido especialmente enamorado; fue Louise la que, desde el principio, le había perseguido sin el menor disimulo y no le había costado demasiado hacerle caer rendido ante sus evidentes encantos. Lou era guapa, lista y elegante, y el sexo entre ellos era bueno. Sin embargo, también era egoísta y sabía de sobra que ella nunca movía un dedo si no era en su propio beneficio. El que ninguno de sus amigos la soportara debería haberle servido de advertencia, pero imaginaba que, en el fondo, le había resultado más cómodo dejar las cosas como estaban que arriesgarse a tener una pelotera de las de gritos, insultos y portazos... exactamente como la que acababa de tener.

En fin, no podía seguir perdiendo el tiempo pensando en eso. Ahora que Lou sabía lo que se traía entre manos, lo primero era poner al día a todo el equipo cuanto antes. No sería buena idea que se enterasen por otro lado.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Tu café solo y tres sobres de azúcar. —Stella lo dejó todo sobre la mesa sin dejar de hablar—. Y tengo un notición: el payaso sordo que actúa cerca del lago de Central Park por fin ha accedido a que lo entrevistéis en el programa.

Esa inesperada noticia le hizo olvidarse a Jack de los problemas durante unos segundos.

—¿De verdad? —preguntó incrédulo—. ¿Qué le has ofrecido esta vez? Pensé que ya lo habíamos intentado todo.

—A Mike, uno de administración, le acaban de regalar un cachorro adorable, pero no puede ocuparse de él, así que se me ocurrió llevárselo y... fue amor a primera vista.

Los jugosos labios de Stella se fruncieron en una mueca complacida y Jack notó un ligero pinchazo cerca de la ingle.

«Tío, acabas de cortar con tu novia, ¿se puede saber qué coño haces poniéndote cachondo con la primera mujer que llama a tu puerta?».

Carraspeó incómodo y trató de disimular bromeando.

—Te felicito, Stella, esta hazaña pasará a los anales de la historia de la CWW.

Ella hizo una reverencia y ya se disponía a salir, cuando la voz de Jack la detuvo.

—Hazme un favor, deja lo que estés haciendo y reúne a todo el equipo en mi despacho, es urgente.

Stella se cuadró.

—A tus órdenes, jefe.

Pocos minutos después Maxi, Karen, Ben y la propia Stella se acomodaban como podían en su despacho.

—Chicos, quiero que veáis esto.

Las palabras de Jack, pronunciadas en un tono solemne, produjeron un silencio instantáneo. Su jefe dio la vuelta a la pantalla del ordenador y los presentes se inclinaron un poco más, tratando de ver mejor.

En cuanto se cerró la cortinilla del piloto con un fundido en negro todos salvo Stella quien, encogida en un rincón, trataba de pasar lo más desapercibida posible, empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Has nacido para esto, niña. —Karen fue hacia ella, la cogió de la barbilla y, entornando los párpados, empezó a moverle el rostro de izquierda a derecha—. Y, cuando *moi* te peine y te maquille, vas a tener a todos los hombres babeando a tus pies.

—Estás increíble, Stella. —Ben la cogió de la mano mientras la devoraba con los ojos, como si la viera por primera vez.

Al oír el comentario de Karen y observar la admiración que desbordaba el guionista, Jack frunció el ceño.

—Ben, tú puedes irte ya. Sé que estás muy liado con los últimos cambios del programa.

—Pero...

Se notaba de lejos que a Ben le hubiera gustado quedarse, pero Jack mantenía la puerta abierta en una clara invitación y la cerró con firmeza en cuanto el guionista salió.

—Vaya sorpresa. Qué calladito te lo tenías. Y dime... ¿cuándo pensabas decírmelo? —Saltaba a la vista que a Maxi no le había hecho demasiada gracia que la hubiera mantenido al margen, así que Jack se apresuró a calmar los ánimos.

—Quería asegurarme primero de que mi corazonada era buena. Stella, como habéis visto, es un diamante. —A Jack le pareció que el rostro de Stella se iluminaba al oír sus palabras, pero la luz se desvaneció en cuanto aclaró—: Un diamante en bruto, por supuesto, y os necesito a vosotras, pero en especial a ti, Maxi, para que me ayudéis a pulir sus facetas.

El modo en que Jack lo dijo consiguió apaciguar a la ayudante de producción.

—¿Qué estás pensando exactamente? —Maxi se remangó el jersey, un gesto que hacía siempre que se preparaba para la batalla.

—Fuera sudadera y zapatillas costosas. —Jack siguió hablando como si Stella no estuviera presente, sin hacer caso de la expresión indignada de esta—. Nada de trajes de chaqueta entallados para Stella. Quiero un vestuario fresco y juvenil, pero a la vez, con un toque chic, que la haga diferente. Quiero una chica joven, femenina y seductora, no un ente asexuado y sin forma.

—Oye, ¿no crees que te estás pasando bastante? —Los grandes ojos dorados lanzaban chispas.

Pero nadie le prestó atención. Maxi echó una ojeada a su reloj y, después de pensar unos segundos, dijo:

—Dame media hora. En treinta minutos nos vemos en el plató número cinco que hoy está vacío. Tú, Karen, coge tus trastos y ya sabes lo que tienes que hacer.

La maquilladora asintió y salió del despacho a toda prisa con Maxi pisándole los talones.

En cuanto se quedaron solos, Stella puso los brazos en jarras, se irguió en toda su pequeña estatura y lo miró desafiante.

—¿Puede saberse quién es un ente asexuado y sin forma?

A Jack le hizo gracia aquella pose amenazadora. Lo cierto era que en esa actitud, Stella provocaba más ternura que miedo. Sin embargo, respondió muy serio:

—No es más que una forma de hablar. Es para transmitir mejor la imagen que tengo en mente de la presentadora ideal.

—Ya, claro. —El tono de Stella era sarcástico—. Pues no sé por qué me ha dado la sensación de que hablabas de mí.

—No. Para nada. —Jack hizo un esfuerzo para aguantar las ganas de reír. Se acercó hasta quedar a unos centímetros de ella y la recorrió de arriba abajo con un destello travieso en los ojos azules—. Te prometo que me encanta tu sudadera de...

Lo cierto era que aquella prenda había dado tantas vueltas en la lavadora que las letras casi se habían borrado.

—Chanel —dijo Stella con firmeza.

Jack hizo un ruido extraño, pero siguió muy serio:

—Claro, de Chanel. Tendría que haberme dado cuenta por el corte, es inconfundible.

—¿Verdad? —Stella alzó una ceja, con la altivez de una princesa.

Jack le miró los pies, calzados con unas deportivas de color indefinido que se caían de viejas.

—Y me vuelven loco esas zapatillas de...

—Armani —dijo ella con la misma firmeza.

—¡Por supuesto! —Jack se golpeó la cabeza—. Estoy tonto. Unas zapatillas Armani superexclusivas.

—No son superexclusivas, sino supersuperexclusivas —afirmó Stella tajante.

—Supersuperexclusivas —asintió él, obediente.

Estaban tan cerca que Jack podía oler su colonia. Una mezcla de vainilla y canela que le hizo pensar en su pastelería favorita. Sin pensar, cogió entre sus dedos un mechón de pelo negro y brillante que se había escapado del moño despelucado y lo colocó detrás de su oreja con delicadeza. Los ojos dorados se abrieron un poco más. Aquel brillo de oro parecía llamarlo y, sin darse cuenta, se fue inclinando sobre ella, poco a poco, hasta que los labios jugosos, sin rastro de pintura, quedaron a pocos centímetros de los suyos.

La oyó inspirar con fuerza y, al expulsar el aire, el cálido aliento le llegó como una caricia. Estaba a punto de besarla, cuando Stella dio un paso atrás y se alejó de él.

—Entonces, en media hora en el cinco, ¿no?

La voz femenina sonaba un poco temblorosa.

Jack se pasó una mano por los negros cabellos, se aclaró la garganta y asintió con la cabeza.

—Correcto —dijo al fin en una voz que tampoco era la suya de siempre.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

Stella salió del despacho y cerró la puerta con suavidad.

«Joder, joder, joder. Tío, estás enfermo», se regañó muy disgustado por su falta de control.



Una hora y media más tarde, Stella estaba agotada de probarse prendas y pasearse arriba y abajo del plató encaramada a unos tacones que le producían vértigo mientras Maxi, Jack y Karen subían o bajaban el pulgar después de pasar cada modelo, como si estuvieran en un circo romano, y le daban consejos nada considerados sobre el modo de caminar o moverse.

Primero, la maquilladora le había hecho varios peinados y recogidos mientras Maxi y Jack daban su parecer, hasta que decidieron que lo mejor sería cortarle un poco las puntas y desfilarlo por delante. También decidieron sobre la gama de colores del maquillaje y la barra de labios, y sobre el tipo de joyas que debía llevar. Hasta eligieron un par de conjuntos de exquisita ropa interior que Maxi había hecho aparecer como por arte de magia. Por supuesto, nadie se había molestado en pedirle a ella su opinión al respecto en ningún momento.

Stella estaba llegando al límite de la resistencia y tenía ganas de gritar. Sobre todo, porque aún se preguntaba qué habría pasado en el despacho de Jack si ella no se hubiera apartado en el último momento.

«Tonta, más que tonta. Jack tiene novia, y que sea la tía más borde de la Tierra no cambia las cosas».

No tenía sentido seguir pensando en ello. Quería irse a casa ya, estaba a punto de explotar. Algo en su expresión debió de delatarla, porque Jack alzó la mano en ese momento y anunció:

—Está bien, chicas, eso es todo por hoy.

Con un suspiro de alivio, Stella se bajó de los altísimos *stiletto*s que llevaba en ese momento.

—Mañana en cuanto llegues, te pasas por el camerino y te corto el pelo. Adiós a todos. —Karen cogió el maletín de maquillaje y desapareció por la puerta.

—Llévate todo esto y empieza a usarlo. —Maxi señaló el montón de ropa que estaba tirado sobre el sofá—. Tienes que sentirte cómoda con tu nuevo vestuario.

—Ensayá también con los tacones. A ver si conseguimos que dejes de parecer una cigüeña borracha.

El comentario de Jack fue la puntilla y Stella tuvo que reprimir el impulso de enseñarle los dientes.

Sin embargo, su gesto habría sido en vano porque, después de ladrarle sus órdenes, tanto Jack como Maxi se habían marchado sin ni siquiera despedirse de ella.

Furiosa, le sacó la lengua a la puerta antes de empezar a recogerlo todo y meter las prendas, que a partir de ahora se iban a convertir en su nuevo *look*, en un par de bolsas que encontró por ahí.

Capítulo 8

Levantarse con las gallinas era maravilloso, salir a la calle recién duchada, con el pelo mojado y descubrir que solo hacía cuatro grados era maravilloso, tener resaca después de una cena con las amigas era maravilloso. Mirarse en el espejo y ver que, a pesar de todo, el nuevo peinado le favorecía incluso recién levantada y con ojeras, no dejaba de sorprenderla. Stella extendió sobre la cama las prendas que sellaban su nuevo estilo: pitillos negros hiperajustados, top lencero y blusa negra transparente estampada con pequeñas flores rosa pálido. Vestida con ese modelo parecía una de esas jóvenes profesionales neoyorquinas tan *chics* que veía pasear por las calles más *cool* de la ciudad. Lo único que le dolía con solo mirarlos eran los zapatos abotinados con tacón de ocho centímetros que Karen le había obligado a llevar para «acostumbrarse a caminar como una modelo». Jack era súper hiper maravilloso.

Stella empujó la puerta de cristal de la CWW con el culo porque tenía las manos ocupadas con sendos cafés calientes, sacó la lengua a la mustia de la telefonista aprovechando que no la miraba y entró en el corredor de los despachos como si estuviera en su propia casa. Ya había puesto en su silla el cojín de motivos mexicanos que le bordó su madre cuando tenía seis años. Sí, aquel sitio era maravilloso y aquel trabajo más todavía.

Eso pensaba hasta que entró en el despacho de Maxi y en vez de encontrarse a su jefa se la encontró a ella.

—Hola —le dijo como si la conociera de algo.

—¿Nos conocemos? —le respondió Stella a la vez que dejaba los dos vasos calientes sobre la mesa.

—¿Tú eres nueva aquí, verdad?

—Yo he preguntado antes. ¿Qué quieres? Maxi no ha llegado, yo soy su asistente.

Stella se sentó detrás del escritorio para dejar patente que ese era su lugar.

—Solo me pasaba a saludar. Ahora estoy con Tony, acaba de ficharme para su equipo. Antes trabajaba con Jack, ¿sabes? Estuve seis meses de becaria. Soy Allison.

—OK. Vale. Le diré a Maxi que has venido.

—Y a Jack. Dáselos a Jack, los saludos, dáselos de mi parte. —Lo dijo de una manera que daba a entender que su comentario encerraba algo más de lo que parecía a simple vista. Algo que compartían ellos dos. Y eso no le gustó nada a Stella.

—Perfecto. Se los daré a todos. Gracias. Adiós —zanjó la conversación mientras encendía el ordenador.

—Bueno, de todos modos ya los veré por ahí. Ahora que estoy con Tony

trabajaremos juntos.

—No creo. Cada uno tiene su trabajo, sus horas y su espacio. No solemos coincidir: ni en los platos ni en los pasillos ni en la cafetería ni en el baño. Si has trabajado con ellos como dices, ya lo sabrás ¿no? Y ahora si no te importa...

Stella sacó del primer cajón el cuaderno de topes de colores, lo abrió por la última hoja anotada y descolgó el teléfono.

—Veo que Jack se ha buscado una becaria eficiente.

—No soy una... —Stella la miró desafiante, aunque dejó la aclaración para... nunca, decidió. Estaba de buen humor y no iba a dejar que le agriaran el día—. Necesito ponerme a trabajar.

—Imagino que Jack te habrá prometido el oro y el moro. Te habrá contado que haría una estrella de ti, que eres la mejor, que estás hecha para estar delante de una cámara, que la pantalla te quiere, que...

Stella se levantó de un salto.

—Mira, bonita, lo que me hayan dicho o dejado de decir no es cosa tuya. Así que vete de aquí —señaló la puerta conteniendo la rabia— y saludas tú a Jack cuando lo veas por ahí.

Pero la chica, en vez de asustarse, comenzó a reírse.

—Así que es eso. Te lo ha dicho. ¿Y te ha hablado de las condiciones?

—Sé todo lo que tengo que saber. Lárgate.

—Seguro que no. Jack no es así. Él es de los divertidos, de los que prometen las cosas casi sin querer, de los que te sujetan por el borde de la blusa como quien no quiere la cosa y la van subiendo poco a poco y, cuando te das cuenta e intentas ponerle freno, te empuja con violencia, te arrastra hasta el baño y te la mete, aunque tú no quieras. Me pasó a mí y te pasará a ti, ya lo verás.

Fue como si la golpearan con un bate de béisbol en el estómago. Stella se quedó sin aliento.

—¿Me estás diciendo que te violó?

—Seguro que si se lo preguntamos a él, dirá que no fue así. Pero el caso es que yo no quería.

Una risa al otro lado de la puerta sacó a Stella de su estupor. Por el cristal translúcido entrevió las figuras de Jack y Maxi. No le dio tiempo ni a pensar en cómo se enfrentaría a él después de la declaración de aquella mujer. La puerta se abrió de repente y pasó lo peor que podía pasar: entró Jack. Solo, ni rastro de Maxi.

—¿Qué haces aquí, Allison?

—Pasaba a saludar ahora que estoy con Tony. —Jack apretó los dientes, pero no dijo nada—. Bueno, ya me iba, nos veremos por aquí a menudo. Adiós.

Y se marchó tan contenta.

—Lo que me faltaba —masculló Jack.

Sin embargo, se repuso enseguida de la sorpresa de ver a su exbecaria. Mucho antes que Stella del impacto de la bomba que aquella chica acababa de lanzar.

—Repasaremos el minutaje del programa de hoy. —Jack cogió una de las sillas de las visitas y rodeó la mesa para ponerse a su lado—. ¡Stella! ¡El minutaje!

Stella cogió el cuaderno de Maxi con manos temblorosas, incapaz de reaccionar.

—Aquí... está.

—¿Te sucede algo? —preguntó él mientras le tocaba el brazo con gesto de preocupación.

Stella lo apartó de un empujón.

—¡No!

Los ojos de Jack cambiaron a un tono más profundo.

—Ha sido ella. ¿Verdad? ¿Qué te ha contado de mí?

Stella se esforzó por respirar profundamente. Él se acercó de nuevo, pero ella lo detuvo con un gesto.

—No, por favor, no me toques. Necesito... espacio... y unos minutos.

—¡Maldita zorra! —gruñó—. Puedo imaginarme el tipo de cotilleo, fue precisamente por eso por lo que me vi obligado a echarla. Esto lo arreglo yo en un segundo.

La cogió por los codos y la obligó a levantarse. Después, entrelazó su mano con la de Stella, la sujetó con fuerza y la arrastró fuera. Recorrieron los pasillos a toda velocidad tropezando con potros de vestuario llenos de ropa, asistentes atareados, presentadores con rulos en el pelo y el guion en las manos, y técnicos de sonido, de imagen o de lo que fueran. Pasaron delante del plató cinco, del siete y del nueve. Todos tenían la luz roja encendida.

Jack la metió en el primero que encontró con ella apagada. La dejó en medio del estudio y encendió las luces. Aquel local era como el doble de cualquiera donde hubiera estado Stella.

—Respira hondo. —Ella le hizo caso. Jack esperó hasta que se le regularizó la respiración—. ¿Mejor? —preguntó.

Stella asintió.

—Mucho mejor. ¿Qué es este lugar? —intentó recuperar una conversación ligera.

—El plató de La tarde de la CWW.

—¿El programa de Tony Anderson?

—El mismo

—Será mejor que nos marchemos antes de que nos pillen aquí.

Jack, en lugar de acercarse hasta ella, se sentó en el suelo y lo palmeó para invitarla a hacer lo mismo. Lo imitó.

—Cuéntamelo —le pidió con serenidad.

A Stella le costó empezar, pero de alguna manera le pareció que debía darle una oportunidad, tal y como él había hecho con ella.

—Ella me ha dicho que tú... me ha dicho que la forzaste —soltó de pronto.

Jack cerró los ojos como si lo hubiera golpeado. Luego, esbozó una amarga sonrisa.

—Así que era eso.

—Exactamente eso.

—Y tú la crees. —Parecía defraudado con ella.

—No sé si la creo, pero estoy alterada. Además, una persona no va acusando a nadie de algo tan grave como eso si no fuera cierto.

—Stella Martin. ¿Dónde has estado viviendo hasta ahora?

—No en este mundo, desde luego.

—Estamos en la televisión que es lo mismo que decir en medio de la guerra. La gente hace cualquier cosa, ¿entiendes?, cualquier cosa —recalcó— con tal de llegar a lo más alto. Allison es una arribista. No es la única que encontrarás en este mundo, ni la peor.

—Entonces, ¿no es cierto?

—¿Que la violé? ¡No, por favor! —El rostro de Jack se iluminó y le salió aquella sonrisa picarona, y tan sexy, que le aparecía entre cerveza y cerveza—. ¿Por quién me tomas? ¿Por qué obligar a una mujer cuando otras se ofrecen de buena gana? Sin ser un presuntuoso, te aseguro que no lo necesito. Además, no soy de esos tipos que necesitan ejercer de superiores en una relación.

Igual no debía hacerlo, sin embargo, Stella le creyó. El Jack que aquella chica había pintado no encajaba con el de los ratos pasados con ella. Maxi confiaba en él, ella se divertía con él, él la había contratado.

—Asegúrame que nunca me pedirás nada a cambio de este trabajo.

—Solo que trabajes. —Levantó la mano derecha—. Lo prometo sobre la botella de tequila que nos bebimos la otra noche.

Ambos rieron y, después, se quedaron en silencio, mirándose a los ojos.

—¿Me crees?

Había algo de fragilidad en su expresión; era como si su felicidad dependiera de la respuesta.

—Te creo.

Jack aceptó la contestación y se tumbó en el suelo con las manos bajo la cabeza, relajado.

—Desde que estás aquí he hecho cosas muy raras.

Stella se sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón vaquero y se recostó también. Se acodó de costado, mirándolo mientras le hablaba.

—¿Cómo cuáles?

—Pasear a un burro pintado, por ejemplo.

—Eso estuvo bien.

—Muy bien —sonrió Jack.

—¿Y qué más?

—Guardar tus secretos ante Maxi. Con eso me he buscado un problema como se entere.

—Seguro que sales de esa si dejas escapar tu atractivo.

Jack elevó una ceja al darse cuenta de su comentario.

Mierda, había hablado de más, pero la actitud sincera de Jack la alteraba de tal manera que se le escapaban las palabras.

—Olvídate de lo que acabo de decir.

—De eso nada. Tenía que haberlo grabado y subido a las redes sociales. No debería haberseme escapado un halago de Stella Martin.

—Estábamos hablando de locuras. ¿Qué más locuras has hecho estos días?

—Dejar de tomar el café de la mañana cuando te olvidas de traérmelo.

Stella se tapó la boca con fingido arrepentimiento, aunque los dos sabían que no se lo llevaba no porque se le olvidara sino porque pensaba que ya había tomado la

suficiente cafeína.

—¿Algo más?

—También he cortado con mi novia.

¿Cómo? ¿Qué era lo que acababa de decir? ¿Qué lo había dejado con Lou? Notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Lo has dejado?

—O ella a mí, no lo tengo muy claro. —Jack esbozó otra de sus irresistibles sonrisas—. Me dio a elegir: o la cogía a ella de presentadora para Hoy es hoy o lo nuestro terminaba ahí.

—¿Y? —Aunque sabía la respuesta, Stella quería oírlo de sus labios.

—Desde el principio he sabido que tú eras perfecta para mi nuevo proyecto y tengo claro que jamás cederé en mis convicciones ante un ultimátum.

Las mariposas, esas que desde que trabajaba con Jack se habían quedado a vivir en su estómago, volvieron a aletear con alegría.

—¿Y alguna locura más que debiera saber? —susurró Stella, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Solo que ya no gruño tan a menudo como antes y... —Jack continuó también en un susurro—, que me divierte muchísimo con una mujer que no deja que los días pasen en blanco. Estás hecha de colores, Stella Halley.

Ella se rio llena de felicidad y le dio un golpe cariñoso en el pecho. Y sucedió lo que no tenía que pasar: Jack le cogió la mano y tiró de ella. Stella se cayó encima de él.

«Mierda», pensó mientras Jack la taladraba con sus ojos azules.

«Mierda», pensó mientras aplastaba sus labios contra los labios masculinos.

«Mierda» fue la última palabra que pensó.

No fue como el beso del bar, no tuvo nada que ver con aquello. En realidad, resultó muy distinto porque, esta vez, fue ella quien se lanzó. Lo besó como una posesa. Le mordió los labios y metió la lengua en su boca. Jack lo estaba esperando y deseando porque no la rechazó sino todo lo contrario.

Rodaron por el suelo y Jack terminó tendido sobre ella sin dejar de besarla. Stella posó la mano en su nuca y entremetió los dedos por el pelo ondulado. Sintió sus labios recorrerle la cara, los párpados, las sienes y descender por la fina piel del cuello. Stella se derritió por dentro al sentir su aliento en el oído. Esa zona de su cuerpo era especialmente sensible.

Mierda, estaba perdida. Dejó de ser Stella, la chica latina, para convertirse en la loba de Nueva York. Con un movimiento rápido, giró hasta colocarse sobre él. Era su turno. Le sacó la camisa del pantalón y se la subió.

—Vaya tableta de chocolate —dijo antes de comérsela a besos.

Jack gimió sin dejar de acariciarle la cabeza. Stella notó la erección creciendo dentro la bragueta del pantalón y eso la excitó mucho más. Jack estaba como una moto, igual que ella.

Volvieron a rodar y, esta vez, fue Jack quien acabó encima. Le sacó la camiseta por la cabeza de un tirón y enterró la cara entre sus senos. Ella se arqueó de placer.

—Jack... —gimió.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto.

—Y yo de que lo hicieras —soltó ella sin pensarlo.

De pronto, Jack se quedó rígido y le tapó la boca con la mano, inmovilizándola contra el suelo. Ella se resistió hecha una furia.

—¡No vas a violarme!

—¿Pero qué dices? —susurró—. ¡Habla más bajo! Hay alguien fuera a punto de entrar y van a pillarnos.

En cuanto Jack se apartó, Stella se levantó de un salto, buscó la camiseta y el móvil y se vistió a todo correr.

—Detrás del sofá —le indicó a Jack en voz baja.

Se escondieron justo cuando la puerta del plató se abrió.

—¿Ves como no había nadie? Algún idiota se ha dejado las luces encendidas.

Era Tony Anderson. Faltaban horas para la emisión de su programa, ¿qué hacía allí?

Tony y la otra persona con la que hablaba se alejaron de la puerta y se acercaron a ellos. Poco después, los oyeron sentarse en el sofá. Con solo mirar por encima del hombro los descubrirían. Stella y Jack se encogieron todavía más.

—Ya he hecho lo que acordamos.

—¿Te ha visto?

—Jack se ha quedado de piedra. Está claro que no me esperaba.

La mujer con la que hablaba Tony ¡era Allison! Stella miró a Jack y él asintió. También los había reconocido.

Entonces tuvo una inspiración. Encendió el móvil, buscó el grupo de Whatsapp que tenía con Kim y Hannah y pulsó la tecla de grabación.

—¿Cómo iba a esperarte? ¿Qué le has dicho?

—Lo que habíamos quedado: que me has contratado para tu programa y que me iba a ver muy a menudo por aquí.

—Él acaba de meter a una ayudante, yo no voy a ser menos que él. He presionado al jefe todo lo que he podido hasta conseguir que vinieras.

—La he visto. Una latina baja y morena. Es guapa, me imagino que no tardará en sucumbir a los encantos de Jack.

Stella se mordió los labios.

—Si es como dices, Jack no la aguantará mucho tiempo. Todo el mundo sabe que se cansa enseguida de sus conquistas. Me ha dicho un pajarito que acaba de cortar con la Duprée.

—Él no la aguantará mucho y ella aún menos. Me extrañaría que no se largara hoy mismo después de enterarse de la clase de monstruo que tiene por jefe.

—¿Qué has hecho?

—Le he dicho que Jack me violó.

Tony lanzó una carcajada llena de malicia.

—¿Y es cierto?

—No, que va a ser. En la fiesta de Navidad del año pasado nos morreamos un poco. Estaba borracho y ni se acordaba después de lo sucedido.

—Y la chica, ¿se lo ha creído?

—La he dejado sin palabras. Seguro que sí. Además, ya sabes como son las

latinas, de las que llegan castas y puras al matrimonio. Esa no se arriesga. En menos de una semana la tendrás fuera de la cadena y a Jack con el equipo bajo mínimos.

Stella decidió que ya habían oído —y grabado— bastante y salió del escondite.

—Yo creo que no tienes ni idea de cómo son las latinas.

Tony y Allison se levantaron de un salto. Jack salió también.

—¡Sorpresa!

—¿Qué hacéis aquí?

Jack se metió los bajos de la camisa por el pantalón.

—Parece que cosas mucho menos interesantes que vosotros. ¿Que, conspirando contra mí?

—Os hemos pillado. Lo hemos grabado todo. —Stella les mostró el teléfono.

Allison se había quedado sin palabras, pero Tony dio un paso hacia ella, amenazador.

—¡Dame ese teléfono!

Jack se interpuso entre ellos al instante.

—No pienso dártelo. —Stella se sentía segura detrás de la ancha espalda de Jack—. Además, sería inútil porque ya lo he enviado a más gente. No vas a poder borrar las pruebas del crimen así como así.

—No hay por qué hacer un drama. No era más que una broma —intervino Allison. Se notaba que estaba muerta de miedo.

—Así que Jack te violó, ¿eh, guapa? —Agitó el teléfono móvil delante de sus narices— Aquí está la prueba de que eres una zorra mentirosa.

Jack la tomó de la cintura y se enfrentó a los otros dos.

—Y de que Tony no juega limpio. —Se volvió hacia Allison, que estaba cada vez más pálida y le advirtió—: Quiero que sepas que ante la más mínima sospecha de que vas difamándome por ahí, te empapelo, y te aseguro que no vas a pisar una televisión como no sea para ganarte la vida con una fregona en la mano. En cuanto a ti, Tony, otra como esta y se te acaban los días de gloria y empiezan los del infierno. Yo mismo me encargaré de borrar tu nombre de esta cadena.

Cogió a Stella de la mano y la sacó de allí sin que a esta le diera tiempo a decir nada más.

Una vez fuera, se miraron, sonrieron y estallaron en carcajadas.

Capítulo 9

—Dame tres minutos. Hay un problema de sonido en la grabación. Voy a intentar resolverlo —le dijo Jack en mitad del ensayo de la tarde.

Stella asintió con cierto alivio. Estaba cansada. Y un poco aburrida. Tenía hambre y se moría por beber una cerveza fresquita en el bar de la esquina, como solían hacer cuando salían tarde. Llevaban allí encerrados en el estudio más de dos horas y las últimas dos pruebas habían salido perfectas. No había cometido ni un solo fallo.

Llevaba poco más de dos meses en su nuevo empleo y tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde su última noche en el bar de Duck. ¿Quién le iba a decir entonces que sería asistente de la ayudante de producción en una de las cadenas más importantes del país y que, además, su jefe se quedaría a ensayar con ella cada tarde, empeñado en que se convirtiera en la presentadora de su programa? A ella le gustaba aprender, claro que sí, pero sobre todo le gustaba Jack. Le encantaba su actitud reconcentrada al observarla mientras leía el guion; el modo en que parecía diseccionarla ante la cámara, y no dejaba de sorprenderle el interés con que la escuchaba cuando soltaba alguna de sus locas ideas en mitad de una de sus frases, y... ¡Ay, Dios! Sus ojos brillaban tanto cuando reía, que echaban chispitas azules. Desde aquel día en que se liaron en el estudio, habían vuelto a quedar alguna vez, aunque por alguna razón que desconocía, Jack se resistía a dar un paso más. Siempre que la cosa comenzaba a subir de temperatura hasta el punto de entrar en ebullición, echaba mano de alguna excusa para marcharse antes de que ella pudiera invitarlo a tomar la última copa en su casa. No lo comprendía, no señor. Se gustaban, se llevaban bien, se entendían a la perfección y lo mejor de todo era que se divertían muchísimo juntos. ¿Qué era lo que le ocurría? En el fondo, temía que Jack nunca dejara de verla como la camarera de The Fat Duck a la que había ayudado, una chica mona y eficiente que le gustaba, pero no lo suficiente como para tener con ella algo más serio.

Y a pesar de eso, se sentía absurdamente feliz cada vez que la felicitaba por los avances que realizaba. ¡Estaba tan orgulloso! ¡Se le notaba tan satisfecho! No cesaba de repetir que tenía madera de estrella.

«¡Vas a ser la presentadora más popular de la CWW! ¡Prepárate, pequeña! El país entero te va a adorar, te van a abrir sus hogares de par en par», decía.

Stella no sabía si reír o llorar. Nunca, jamás en su vida había soñado con convertirse en presentadora de televisión. ¿Ella? ¿La pequeña Stella? ¿La que prefería cargar con el peso de los trabajos de grupo en clase, pero delegaba en otros el presentarlos en público? Si Jack estaba convencido de que podría hacerlo, lo haría. Haría cualquier cosa por él.

Y sin embargo... A Stella lo que verdaderamente le llenaba era su empleo como asistente de producción. Tenía por jefa a la mejor maestra del mundo en lo suyo y, en ese tiempo, había aprendido más sobre sí misma que en los últimos tres años sirviendo copas. Se le daba bien negociar con la gente, conseguir cosas, resolver problemas.

«Creo que podrías llegar a ser tan buena como yo, Stella», le había dicho Maxi cuando consiguió media docena de huevos azules de gallinas araucanas de Perú. Una exquisitez que solo algunos grandes chefs de Nueva York utilizaban en su cocina. Y ella se hinchó de gusto como una... pava.

—¿Stella? —La voz de Jack la arrancó de sus divagaciones—. Lo vamos a dejar por hoy. Había olvidado que tengo una cita esta noche y debo marcharme corriendo.

Sacó el móvil del bolsillo y lo consultó durante un largo minuto. Luego la miró con un poco de preocupación:

—¿Te importa?

Pues un poco sí, la verdad. Esa noche tenía previsto invitarle a una cerveza y una hamburguesa en agradecimiento a todo lo que estaba haciendo por ella.

—No, claro que no... De hecho, estoy un poco cansada.

—¿En serio? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Habríamos parado.

—Oh, no es para tanto. —Stella se encogió de hombros con una leve sonrisa.

—Está bien. Debo salir pitando. ¿Podrías encargarte tú de cerrar? —Recogió su cazadora de cuero de la percha y cuando estaba a punto de salir, agregó—: Hoy has estado fantástica, Stella. Es increíble cómo has progresado en la modulación de la voz. ¡Sigue así! ¡Lo conseguiremos!

Esto último se lo oyó gritar desde el pasillo, cuando ya había desaparecido de su vista.

—Claro. Gracias —dijo para sí misma.

Estaba sola en el estudio. Se quitó la original chaqueta de Calvin Klein que había cogido prestada del set de vestuario y la colgó con esmero en una percha. Luego, se recogió el pelo en un moño descuidado, descolgó su propio abrigo de tres temporadas atrás y apagó las luces del set antes de cerrar la puerta del estudio.

Estaba a punto de abandonar el edificio cuando oyó una voz familiar a la espalda.

—¿Stella! ¿Qué haces todavía por aquí?

Se volvió y descubrió a Ben, el guionista del equipo. Un chico de pelo casi pelirrojo y aspecto desgarbado que poseía uno de esos rostros que inspiraba confianza. Cada vez que coincidían en las reuniones de equipo, Ben siempre tenía un gesto amable con ella.

—Oh, nada. Tenía un par de asuntos pendientes, pero ya me marchó a casa. ¿Y tú?

—Yo también. Acabo de terminar la sesión de guion para una nueva serie de ciencia ficción que está preparando la cadena.

—¿Una serie? —Stella lo miró con asombro—. ¿También escribes guiones para series?

—Para series, para programas, para cortos... para todo lo que me pidan.

—¿Como cuáles? ¿Alguno que yo conozca?

Él soltó una carcajada divertida.

—Es posible. Te lo cuento si dejas que te acompañe a casa.

Stella dudó.

—En realidad, pensaba entrar en el primer deli que encuentre para comprar un sandwich y un refresco. ¡Estoy hambrienta!

—¿Y si te invito a cenar?

—¿A cenar? —Ella se detuvo en mitad de la acera y lo miró con desconcierto.

—Sí, nada formal, no te preocupes.... —respondió él como si temiera asustarla—. Conozco un pequeño restaurante en esta misma calle, un poco más adelante. Comida italiana, rica y a muy buen precio.

Sonaba bien. Y Ben era muy buen tío. Un chico de fiar, amable, trabajador... buena gente. Y precisamente por eso, no quería darle falsas esperanzas.

—Acepto siempre que paguemos a medias.

—Como quieras.



El restaurante se llamaba Mamma Farinelli y a través de las ventanas, vestidas con coquetas cortinas de cuadros, el ambiente cálido, iluminado por lamparitas de luces amarillentas, invitaba a entrar. En la puerta los recibió una señora mayor de expresión afable que olía a harina y albahaca, como una auténtica *mamma* italiana.

—¿Mesa para dos? —La *mamma* les indicó una mesa cercana a la puerta de salida—. Esta es la única que me queda libre.

—Sí, aquí está bien —dijo Stella con una sonrisa.

Fue una cena agradable. Ben le contó cómo había llegado a Nueva York y a la CWW desde un pueblecito perdido de Arkansas donde todavía residía su familia y al que solo había regresado una vez en los últimos tres años. ¡Tres años sin ver a su familia! A Stella le pareció muy triste. Después Ben le hizo un repaso de todas las series y programas en los que había intervenido como guionista.

En ese instante, una chica pasó al lado de su mesa en dirección a la salida.

—Ben, ¡qué casualidad! —En cuanto Stella oyó aquella voz conocida quiso hundirse en su asiento hasta deslizarse debajo de la mesa—. Y...Stella. Qué sorpresa.

Ella alzó los ojos hasta el rostro sorprendido de Jack y lo saludó con un gesto tímido.

—¡Jack! —Ben se incorporó de su silla tan sorprendido como su jefe, pero los ojos azules estaban fijos en el semblante ruborizado de Stella—. Stella y yo nos hemos encontrado a la salida de la CWW y como estábamos cansados y hambrientos, ¿qué mejor sitio que Mamma Farinelli para cenar bien? —Por alguna razón, su compañero se había vuelto extrañamente locuaz.

—Claro, claro. Muy buena elección —respondió Jack con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Es un lugar muy apropiado... para una chica especial.

—Eso mismo pensé yo. Stella es una chica muy especial. ¿Te puedes creer que nunca había comido en un restaurante italiano? ¡Es la primera vez! —Ben la miró con expresión tierna y Stella notó que su jefe apretaba las mandíbulas.

—¡Eh! Pero soy la reina de los locales de comida rápida. —Se defendió Stella, medio en broma medio en serio, en un intento de relajar el ambiente que, no sabía por qué, de pronto, se había vuelto un poco tirante—. Los conozco todos. Le he dicho a Ben que un día lo voy a invitar a comer las mejores fajitas de todo Nueva York.

—Las hace ella, en su casa —le advirtió Ben a Jack en voz baja, como si fuera un secreto.

Los ojos azules de su jefe se habían oscurecido de pronto y saltaban de uno a otro con una expresión insondable.

—Entonces, ¿te ha gustado la comida de Mamma Farinelli? —le preguntó Jack con voz contenida y esa mirada reconcentrada con la que solía observarla mientras ensayaban.

Stella suspiró con gusto y sonrió.

—Es el mejor plato de pasta que he comido en mi vida. Esa salsa de tomate... —Se relamió solo de recordarlo—. Estaba deliciosa.

Su jefe se había quedado inmóvil, observándola con gesto demudado.

—Jack, ¿nos vamos?

Stella se fijó por primera vez en la chica que esperaba unos pasos adelante. Era una morena guapísima de grandes ojos azules y pelo castaño y, de pronto, Stella fue consciente de que la suya era la misma ropa que había llevado durante todo el día y de que, aunque formaba parte de su nuevo *look*, estaba arrugada y tenía una mancha en el puño de la camisa. También cayó en la cuenta de que no se había repasado la ligera capa de maquillaje que llevaba desde que salió de casa por la mañana. Lo cierto era que, al lado de aquella belleza, se sintió muy poca cosa.

Su jefe pareció volver de pronto de algún lugar lejano y esbozó una leve sonrisa sardónica.

—Sí, por supuesto. Vámonos. —Los miró a los dos alternativamente y agarrando a la morena del brazo, añadió—: Nos vemos mañana. No lleguéis tarde y... ¡sed buenos!

«¿Sed buenos? ¿Qué había querido decir con eso?», se preguntó Stella.



Jack se puso la chaqueta de vestir, cogió su carpeta de piel negra y se encaminó hacia el despacho de George. Había llegado el gran día, el de la presentación del programa piloto de Hoy es hoy ante su productor ejecutivo y un pequeño grupo de mandamases de la cadena. Según avanzaba por el pasillo, se le ocurrió que tenía pendiente una conversación con Stella.

«Debo hacerlo, por su bien», se dijo.

No era que la CWW tuviera una política contra las relaciones íntimas entre colegas, pero no le parecía bien que su... pupila —por así decirlo—, se distrajera en esos momentos con alguien como Ben. «¿Qué demonios hacía con él?», esa era la pregunta que se repetía una y otra vez en su cabeza desde que los había visto la noche anterior. Sí, Ben era un buen tipo, de lo más decente que se podía encontrar en la empresa, pero a Stella no le convenía. Como mentor suyo, era su deber advertirle. Era

importante que en esos momentos estuviera centrada en el trabajo de producción y en su futuro cercano como presentadora. No siempre se tenía una oportunidad así en la vida, y cualquier distracción, por pequeña que fuera, podía alejarla de sus objetivos.

«Y yo soy el responsable de ella, de hacer realidad sus sueños. Yo fui quien la sacó de aquel antro y quien asumió el reto de enseñarla y pulirla para convertirla en la mejor versión de sí misma», se dijo segundos antes de llamar a la puerta de la sala donde le esperaban George y el resto de ejecutivos de la cadena alrededor de una enorme mesa ovalada.

George apretó el mando de la televisión en cuanto finalizó la cortinilla de cierre del programa.

—Esto es muy bueno, Jack —dijo entusiasmado—. La mejor propuesta de *talk show* que hemos visto hasta ahora. Original, novedoso, interesante...

—Esa chica, la presentadora... se come la pantalla —afirmó otro de los ejecutivos allí presentes—. ¿Quién es? ¿Es de «la casa»?

—Se llama Stella Martin —respondió Jack—. Sí, forma parte del equipo de mi programa matinal. Es nueva, pero tiene mucho potencial.

—Estoy convencido de ello —replicó George—. Es joven, guapa, tiene una sonrisa cautivadora y se desenvuelve muy bien ante las cámaras, aunque le falta... cómo explicarlo... ¿fondo? ¿sofisticación?

—Sí, es posible —concedió Jack a regañadientes—. Todavía debo trabajar con ella varios aspectos, pero tiene un punto de ingenuidad y naturalidad que encaja a la perfección con este proyecto.

El resto de los presentes estuvieron de acuerdo con él. Cuando todos menos George, el productor ejecutivo, hubieron abandonado la sala, este le dijo a Jack:

—En los próximos días se reunirá el consejo para tomar la decisión. Por lo que he visto hoy aquí, casi te puedo asegurar que apostaremos por tu programa. El de Tony Anderson no nos terminó de convencer. Ese tipo ha perdido el tren de los nuevos tiempos.

Jack sonrió para sí, evitando expresar demasiada alegría. Ya lo celebraría con el equipo cuando se lo contara. Y también lo celebraría con Stella. Se lo merecía.



Unos días después era un secreto a voces dentro de la CWW que los gerifaltes habían elegido la propuesta de programa de Jack Woodson para el *prime time* de la noche de la siguiente temporada. No se anunció a bombo y platillo, pero alguien vio a Tony Anderson salir hecho un energúmeno del despacho del vicepresidente de programación, despotricando contra Jack Woodson y todos esos «aspirantes a Oprah» sin experiencia ni consideración, que pretendían tomar al asalto los puestos de los profesionales de toda la vida.

A pesar de las envidias y rencores soterrados que circulaban por los pasillos de platós, *backstages* y despachos, Jack se convirtió durante unos días en la persona más buscada y popular de la cadena. No había colega o compañero de profesión que no se hubiera acercado a felicitarlo y, de paso, aprovechado para ofrecer sus

servicios. Stella se alegró sinceramente por él. Se lo merecía. Al margen de las regañinas y los silencios reconcentrados, Jack era muy generoso, tenía muchísimo talento y, sobre todo, trataba muy bien a su equipo. De eso podía dar fe. Sin embargo, no lograba olvidar a la imponente morena que lo acompañaba la otra noche; ahora entendía por qué Jack no quería dar un paso adelante en su relación. Estaba claro que ya había encontrado en la beldad del restaurante a la sustituta de Lou.

—Stella, necesito que vayas al estudio nueve y le pidas a Harry que nos devuelva los cestos de mimbre que se llevaron la semana pasada. Los necesitamos para mañana —le pidió Maxi esa tarde, poco antes de marcharse a casa.

Stella se dirigió hacia allí nada más terminar su turno. A esas horas, la mayoría de los estudios estaban vacíos, como atestiguaba la lucecita verde sobre cada puerta, también la del estudio nueve. De todas formas, llamó con suavidad y al no recibir respuesta, abrió despacio.

El estudio estaba vacío, aunque había un par de luces encendidas. Oyó un ruido procedente de la cabina de control y avanzó hacia allí.

—¿Harry? ¿Estás ahí? —El ruido cesó de pronto—. ¿Harry?

Pero no fue Harry quien apareció de pronto en el umbral de la cabina sino Tony. Tony Anderson.

—Oh, perdona. Buscaba a Harry Smith. Pensé que estaría aquí.

—No, pero si te puedo ayudar en algo... —dijo en un tono amable, muy distinto al que había utilizado el día que lo pilló conspirando con Allison.

—No, creo que no.

Stella miró alrededor por si veía las cestas que Maxi le había pedido y apenas se fijó en que Tony se acercaba a ella.

—Ahora eres la chica de Jack ¿verdad? La camarera que ha insistido en colar en su programa y, según dice Louise, también en su cama ahora que ella lo ha dejado plantado.

A Stella no le gustó nada su comentario, pero trató de responder con calma.

—¿La chica de Jack? No, yo soy asistente de producción en el programa matinal.

Pero él no pareció escucharla.

—Debes de ser muy buena moviendo ese culito prieto que tienes. —Él ya estaba a su lado y la miraba con una expresión extraña—. ¿Qué le has hecho? ¿Se la mamas cada vez que te lo pide?

—¿Co... cómo? —balbuceó Stella.

—No pongas esa carita de inocente, que todos sabemos bien cómo funcionan las cosas por aquí. Tú también lo debes de saber ya, ¿verdad? —Tony alargó la mano y acarició con el dorso la mejilla de Stella, que retrocedió, sorprendida.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Entonces él la cogió por el brazo, tiró con fuerza de Stella y la volteó y, sin soltarla, le pegó el cuerpo a la espalda.

—¡Suéltame!

Stella quiso apartarse cuando sintió la boca húmeda y pegajosa en el cuello, pero el hombre era demasiado grande y fuerte para alguien tan pequeño como ella.

—¿Te gusta así? No me extraña que este culito tenga loco a Jack.

Stella sollozó y se retorció al notar cómo le aprisionaba el pecho con la mano

y empujaba su erección contra su trasero en un movimiento lascivo que le asqueó. Entonces empezó a gritar y a revolverse, impotente, dominada por un ataque de pánico.

—¡Cabrón! ¡Suéltala ahora mismo!

El grito enfurecido de Jack le llegó de algún lugar a su espalda.

Tony la soltó en el acto y la empujó a un lado con fuerza. Stella cayó al suelo, aturdida y temblorosa. Cuando alzó la vista, vio a Jack golpear el rostro de su asaltante con una furia tal que pensó que sería capaz de matarlo. Tony intentó defenderse, pero los puñetazos de Jack no le daban opción. Entonces, se dobló sobre sí mismo y se quedó de cuclillas, protegiéndose la cabeza con los brazos mientras le gritaba a Jack que parara, que no le golpeará en la cara, que le dejara marcharse.

—Jack, por favor... —lo llamó Stella. Jack la miró con los ojos todavía fuera de las órbitas, como si no la viera—. Ayúdame, quiero salir de aquí.

Stella le tendió la mano para que la ayudara a levantarse y Jack corrió a su lado. La abrazó y juntos salieron despacio del estudio, en silencio. Jack la condujo hacia un camerino vacío y cerró la puerta tras de sí. Ella se dejó caer en la butaca, apoyó los codos en las rodillas y escondió el rostro lloroso entre las manos.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

La voz de Jack sonaba alarmada, apremiante.

—No, no. Estoy bien, de verdad. Ha sido solo... —Notaba las lágrimas caerle a borbotones por las mejillas, pero no sentía estar llorando.

—No estás bien, Stella. Déjame verte —susurró él, al tiempo que le retiraba las manos de la cara.

Ella lo miró con los ojos enturbiados por el velo acuoso de las lágrimas.

—Estaré bien en seguida. Soy una chica dura —intentó bromear, pero le temblaban los labios.

—No tienes que ser una chica dura, Stella. No tienes que ocultar nada, no tienes que demostrar nada. Ven aquí. —Y entonces, Jack la atrajo hacia su pecho y la abrazó con mucho, mucho cuidado al tiempo que murmuraba—. Lo siento, lo siento, lo siento. Esto no tenía que haberte ocurrido jamás. Yo me encargaré de que ese cabrón no vuelva a pisar estos estudios en su puta vida.

Capítulo 10

Stella estaba asustada y muy impresionada, Tony Madson había estado a punto de violarla. Si no hubiera sido por Jack... Se estremeció y él la abrazó con más fuerza. Ella se acurrucó contra su cuerpo y aspiró el aroma a hierba fresca de su colonia; le recordaba el olor de las pequeñas plantas aromáticas que su madre cultivaba junto a la ventana, perejil, cilantro, hierbabuena... Stella se incorporó de golpe.

—Perdona, no deberíamos estar así.

—Así... ¿cómo?

—Así de juntos —murmuró antes de apartarse ligeramente—. Quiero irme a casa.

Jack no rechistó. Se levantó con cuidado y la ayudó a incorporarse. Colocó su chaqueta sobre los hombros aún temblorosos de Stella y la sacó del estudio estrechándola contra sí, como si quisiera protegerla de la vista de los demás.

—Te llevo a tu casa.

—No hace falta, de verdad.

—No discutas con tu jefe. Además, no puedes ir sola a Queens en este estado.

Jack la condujo hasta el coche y, una vez dentro, la arrojó con una pequeña manta escocesa de viaje que guardaba en el maletero. Stella se arrellanó en el asiento del pasajero bajo el calor de la manta y se adormiló un rato. Cuando abrió los ojos, el coche se había detenido frente a la puerta de su edificio y Jack la contemplaba en silencio, con la cabeza apoyada sobre las manos al volante.

—Estabas tan bonita...

Stella se desperezó con lentitud y su boca se abrió en un enorme bostezo.

—No sé cómo me he podido quedar dormida.

Se volvió hacia la ventanilla y alzó la vista hacia su piso, el cuarto. Las luces estaban encendidas, seguro que Hannah estaba despierta. Retiró la manta, cogió el bolso e hizo ademán de salir del vehículo, pero antes recordó algo:

—Muchísimas gracias por todo lo que has hecho por mí, Jack. Lo de defenderme, y quedarte conmigo después, y traerme a casa, y lo de confiar en mí desde el principio. Muchísimas gracias por todo.

—¡Qué cosas dices! No he hecho nada especial, Stella. —Otra vez esa sonrisa encantadora con la que podía conseguir de ella todo lo que le pidiera. Absolutamente todo—. Además, cualquiera que te conozca, habría hecho lo mismo.

—Pero eres tú el que lo ha hecho, Jack Woodson.

Jack no respondió. Simplemente, se bajó del coche y lo rodeó aprisa para llegar a la portezuela de Stella, que abrió al tiempo que le tendía la mano. Ella se rio

bajito y se agarró a él para tomar impulso y salir de la forma más digna de la que era capaz.

—Y lo haría una y mil veces más, Stella Martin —le dijo con los ojos clavados en ella.

Ella bajó la vista al suelo sin saber por qué

—Buenas noches, Jack.

—Hasta mañana, Stella.



Jack observó a Stella, que en ese momento hablaba con alguien por teléfono, mientras fingía estudiar unos documentos sentado en la mesa de Maxi. Habían pasado varios días desde el intento de violación. A Tony Madson le habían despedido de la CWW de manera fulminante en cuanto el cuadro directivo supo lo ocurrido, pero Stella se había negado a denunciarlo, por mucho que él había insistido; según ella, lo único que quería era olvidarse de todo aquello cuanto antes.

Durante ese tiempo, había notado que ella lo rehuía. Ya no le sonreía con el entusiasmo con el que lo hacía antes y cuando le traía la comida, no se quedaba un rato charlando como solía. Había tratado de tener paciencia, al fin y al cabo, cualquier mujer estaría traumatizada después de sufrir una experiencia semejante y no quería asustarla, pero no soportaba que estuviera tan distante con él. En ese momento, llamaron a la puerta y entró Ben.

Al ver la cálida sonrisa que le dedicó Stella al guionista, Jack notó un pinchazo doloroso en un lugar cercano al corazón.

—¿Qué tal si hacemos un descanso y nos vamos a tomar un café? —preguntó el pelirrojo.

Pero, antes de que Stella pudiera contestar, Jack decidió intervenir:

—Lo siento, Ben, pero tengo que hablar con Stella de unos temas importantes.

Ella lo miró sorprendida, sin embargo, no dijo nada.

—Bueno, otra vez será —dijo Ben con buen talante y, de nuevo, la sonrisa con la que ella lo despidió se clavó en el corazón de Jack.

Stella esperó a que el guionista cerrara la puerta para preguntar:

—¿Cuáles son esos temas tan importantes de los que quieres hablar conmigo? —dijo sin rastro de la sonrisa anterior.

Jack se levantó de la mesa y dijo con aparente indiferencia:

—Será mejor que vayamos a hablar a un lugar más tranquilo, Maxi puede regresar en cualquier momento y no quiero que nos interrumpen.

Stella dejó la libreta sobre la mesa y se levantó a su vez.

Jack apoyó una mano en su cintura para guiarla por el pasillo, pero ella se apartó al instante para evitar el contacto. La sola idea de que Stella pudiera pensar que alguna de las acusaciones de Allison era cierta le hizo apretar los puños con rabia. Pero los escondió en los bolsillos de sus vaqueros y caminaron en silencio hasta llegar a uno de los platós que en ese momento estaban libres.

En cuanto cerró la puerta, fue directo al grano:

—Me parece que pasas demasiado tiempo con Ben. No creo que sea buena idea que te involucres con alguien en estos momentos.

—¿Qué quieres decir? Ben es solo un amigo.

—¿Seguro? Últimamente os veo siempre juntos.

Stella se encogió de hombros y aquel gesto indiferente le molestó.

—No estoy con Ben, pero si lo estuviera no sé qué problema habría.

—El nuevo programa está a punto de echar a rodar. En este momento, no convienen las distracciones.

De pronto, los ojos dorados empezaron a echar chispas.

—Y tú, como director del programa, ¿sí tienes derecho a distraerte?

Jack arrugó la frente, desconcertado.

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a esa morena con la que te vi el otro día en el restaurante italiano. No me parece justo que tú puedas tener tus amoríos y yo no.

—¿Amoríos? —preguntó Jack como si no hubiera oído nunca la palabra.

—Sí, amoríos.

Jack lanzó una carcajada divertida, pero al ver que ella parecía cada vez más enfadada, se apresuró a aclarar una cuestión importante.

—La chica que viste en el restaurante es mi hermana Carla. Vino a Nueva York a pasar el fin de semana e insistió en que la invitara a cenar.

De pronto, Jack tuvo la sensación de que una sombra gigantesca daba paso al sol.

—¿Tu hermana? —La sonrisa que se dibujó en los labios carnosos resultaba irresistible.

—Mi hermana —afirmó, tajante, antes de añadir—: Y dime, ¿soy yo o estamos discutiendo?

—Creo que estamos discutiendo. —Stella apretó los labios para contener una sonrisa, pero los hoyuelos de sus mejillas la delataron.

—Pues yo no quiero discutir contigo. —Jack sonrió sin ningún disimulo y dio un paso hacia ella.

—Yo tampoco —susurró ella como si, de pronto, algo en los ojos azules la hubiera intimidado.

—Quería preguntarte... —Se puso muy serio y colocó las manos a ambos lados de su rostro para mirarla a los ojos—. ¿Estás bien?

La vio asentir con la cabeza. Tenía un aspecto tan vulnerable que no fue capaz de resistirse; alargó los brazos y la atrajo contra su pecho.



Stella notaba los duros pectorales de Jack subiendo y bajando debajo de su mejilla, el cálido aliento contra su pelo. El otro día también la había estrechado entre sus brazos, pero fue distinto. Ella estaba asustada y él le ofreció consuelo; esta vez era muy diferente. De pronto, le cosquillearon las puntas de los dedos y no pudo contenerse; fue una necesidad imperiosa; el deseo palpitando en su interior. La mano

de Stella resbaló por la espalda masculina hacia abajo, poco a poco.

Se dio cuenta del preciso instante en que el abrazo de amigo de Jack se convirtió en algo distinto. El estómago, y lo que estaba por debajo de este, se endurecieron y se apretaron contra su cuerpo. Esta vez, la mano de Stella se coló por debajo de su ropa y recorrió las vértebras de su columna una a una.

Pero Jack parecía decidido a jugar al héroe caballeroso y la separó de él de repente.

—Sé que aún estás traumatizada por lo que ocurrió. No pienses que yo pretendía...

—Eso es lo que quiero: no pensar en nada. Cállate y bésame —masculló mientras le ofrecía sus jugosos y húmedos labios.

Un segundo escaso pasó entre la orden y el asalto porque después de un breve parpadeo, Jack hizo exactamente lo que ella deseaba.

Le tomó la boca al asalto. La besó, la mordió, le metió la lengua en la boca, caliente, ansiosa, devastadora hasta dejarla sin aliento. Jadeó excitada al notar sus manos por debajo del sujetador. Los pezones se le pusieron duros cuando se los pellizcó con fuerza. Quiso gemir de placer, pero él ya estaba de nuevo dentro de su boca. Stella lo abrazó y lo apretó con fuerza contra sí, necesitaba sentir su piel caliente pegada a la suya.

«Por Dios, ¿por qué hay tanta ropa?», gimió por dentro.

Jack debió de tener el mismo pensamiento porque dio un tirón a su camiseta y se la sacó por la cabeza. Stella forcejeó para desabrocharle los botones de la camisa, pero Jack tenía prisa, mucha prisa y se la sacó de la misma manera que había hecho con ella.

El sujetador sufrió la misma suerte. Stella apenas lo oyó chocar contra el suelo y Jack ya le estaba mordiendo los pezones. Ella se arqueó de placer y para dejarle acceso libre. El ímpetu de Jack estuvo a punto de hacerlos caer al suelo.

—A la mesa —le consiguió balbucir al oído.

Retrocedieron juntos hasta que Stella se apoyó en el borde del tablero. Abrió las piernas y Jack se colocó entre ellas.

—No sabes cuánto he esperado este momento desde el día que nos interrumpieron Tony y Allison. Fue en este mismo sitio —dijo él al tiempo que le mordía el lóbulo de la oreja.

A Stella no le importaba donde había sido; lo único que podía pensar era en que hacía demasiado tiempo de aquello. Metió una mano por la parte trasera de su pantalón. Frustrada descubrió que Jack vestía demasiado ceñido para la maniobra que pretendía hacer. Comenzó a desabrocharle el cinturón. Cuando le tocó el turno al botón del pantalón, él hacía el mismo trabajo con el de ella. Primero salieron los vaqueros de ella, Jack se deshizo de toda su ropa de una vez. Stella pudo comprobar que lo que Jack decía era cierto. Él estaba muy excitado. Cuando levantó la vista y lo miró a la cara, le brillaban los ojos y tenía una sonrisa en los labios. La braguita de Stella no le duró nada. El frescor del estudio se mezcló con la humedad de su sexo y no pudo contenerse. Abarcó las nalgas de Jack con las dos manos y lo atrajo hacia ella. Pero él no tenía idea de penetrarla todavía a pesar de que ella necesitaba sentirlo dentro.

Stella apenas fue consciente de que él rasgaba el plástico de un preservativo y se lo ponía. Tenía todos los sentidos fijos en cómo se chupaba los labios con la punta de la lengua, muy despacio. Luego, comenzó a agacharse, poco a poco, sin dejar de mirarla a los ojos, sin dejar de sonreír y sin dejar de descender. Le abrió las piernas un poco más. A Stella le recorrieron cien mil hormigas por la piel anticipando lo que él iba a hacer con ella. El sexo le comenzó a palpitar. Apoyó las manos en la mesa y echó la cabeza hacia atrás.

Cuando él le lamió en el centro de su ser, se le licuó la sangre y se derritió por dentro. Por un instante, y después por otro, y por otro más. Jadeó una y otra vez; una por cada vez que él pasaba la lengua. La excitación crecía y crecía, más todavía al notar que él regresaba a sus pechos y se los pellizcaba.

—No quiero... no... sin ti... Te quiero dentro de mí —consiguió murmurar mientras tiraba de él hacia arriba.

Y Jack lo estaba deseando también porque en ese mismo instante tiró de sus piernas y la penetró. Stella se aferró a su cuello y se unió a sus envites. Cabalgaron juntos como potros desbocados; unidos por el deseo y la pasión, hasta que sus cuerpos se estremecieron de placer uno contra el otro.

Cuando unos instantes después salió del sopor provocado por los aleteos del placer compartido, Stella fue consciente de que acababa de liarse con su jefe. Se le hizo un nudo en el estómago y mantuvo los ojos cerrados hasta haber decidido cómo reaccionar. Pero todos sus temores se desvanecieron en un segundo, cuando Jack la besó en los labios con mucha ternura.

—Ha sido maravilloso —dijo mientras aflojaba la presión que ejercía sobre ella. Pero como Stella seguía sin palabras, preguntó—: ¿No te ha gustado?

¿Que si le había gustado? Stella le guiñó un ojo y señaló el plástico del condón que yacía a los pies de la mesa.

—¿Tienes otro de esos?

Las carcajadas debieron de llegar hasta el estudio número tres.



—¿Que te marchas?! ¿Adónde?!

—Ya sé, ya sé que es una sorpresa —se disculpó Maxi—, pero es una oferta que no puedo rechazar. La WNBC me ofrece ser la productora de News 4 New York. Es por lo que siempre he luchado. Me ofrecen vía libre para modificar el formato y un sueldo de infarto. Es la oportunidad de mi vida.

—¿Lo sabe Jack?

Maxi hizo un gesto de preocupación.

—Todavía no. Te pido que no se entere de que te lo he contado antes que a él. Hoy sin falta se lo digo.

—Pero ¿la decisión es definitiva? No me gustaría perderte, Maxi —confesó.

Maxi dejó el café que sostenía sobre la mesa, se inclinó hacia ella y le dio un abrazo cariñoso.

—Yo tampoco quiero perderte. Te diría que me acompañaras, pero no sería justo para ti, ahora que tu carrera como presentadora está a punto de despegar.

Triunfarás, ya lo verás.

—Me iría de mil amores contigo si...

Su jefa se separó de ella.

—Termina lo que ibas a decir. No pienses que no me entero de lo que pasa a mi alrededor. Que me haga la ciega no quiere decir que lo esté en realidad. Jack y tú sois mucho más que compañeros de trabajo, ¿no es cierto?

Stella se hundió en el asiento.

—Si no estuviera él, me marcharía contigo.

—¿Y tirar por la borda todo tu futuro profesional? De eso nada, no lo permitiría.

—¿De verdad estáis tan seguros de que voy a poder hacerlo?

—Una chica que consigue un burro en América y lo pinta de blanco para mí puede con todo. ¡Por supuesto que podrás! Con eso y con lo que te echen por delante. Vas a encantarles, ya lo verás. Eres joven, moderna, divertida, alocada, pero sería cuando hay que serlo, simpática, animada y guapa. Sabes hablar y sabes escuchar. Eres buena oradora, sabes sonreír y generas un clima de complicidad imprescindible en la televisión. Te los meterás en el bolsillo.

—En cuanto se pregunten de dónde he sacado esta melena negra y descubran que mi madre nació en algún lugar por debajo de la frontera de Texas me lloverán las críticas de todos los lados.

—¿Y a ti qué te importa esa gente? A los que tienes que atender es a esos otros que se quedarán embobados mirando la pantalla cuando aparezcas en antena. Ese es tu público. No te voy a mentir, tendrás presiones. La CWW comprobará el *share* de tu primer programa y como no llegue a los novecientos mil televidentes, te dejará en la estacada. Y Louise, que tiene mano en las altas esferas, te hará picadillo.

—Con Allison detrás —farfulló Stella.

—¿Allison? ¿La que fue becaria de Jack? —preguntó Maxi, extrañada, puesto que no sabía nada de lo sucedido entre Stella y ella.

—Ya te lo contaré un día de estos.

—Si eso pasa y te ves fuera de esto, estaré encantada de recibir una llamada tuya y de ponerte una silla a mi lado.

—No esperes que lo haga.

Maxi se sobresaltó con la respuesta.

—¿Tan mala jefa he sido para ti que no quieres trabajar conmigo?

Stella la tranquilizó.

—No es por eso. No te llamaría porque ya tengo edad para salir adelante sin pedir ayuda a los amigos.

—¡Ah! No pienses ni por un instante que te daría un trabajo por lástima. ¿Por quién me tomas, por una estúpida sin cabeza?

—No me malinterpretes.

—Ni tú me malinterpretes a mí. Una productora eficaz lo es no solo por saber tocar esta o aquella tecla, sino porque tiene el mejor equipo y tú eres la mejor asistente de producción que me he echado a la cara en los últimos... en los muchísimos años que llevo de profesión.

Stella rio por cómo había salido del paso sin decir su verdadera edad.

—Está bien, acepto. Cuando el programa sea un fracaso, me echen de aquí y esté con una mano delante y otra detrás, prometo llamarte —concedió con voz solemne y cara de bromista.

Pero a Maxi no le hizo mucha gracia la broma y frunció el ceño.

—Hablas del fracaso del programa como si desearas que sucediera.

Stella se puso seria. Hinchó los carrillos y soltó el aire despacio. Se frotó los ojos antes de contestar.

—Hay días que me acuesto eufórica, deseando que llegue el momento de mi éxito, y me levanto deprimida y convencida de que voy a ser el hazmerreir de toda la ciudad. Otros, en cambio, me pasa al revés: me duermo convencida de que ser presentadora no es lo mío y me despierto deseando colarme en las casas de la gente. Estoy en un tiovivo de emociones que me cuesta controlar.

—Ya.

—¿No vas a decir nada más? ¿Algún consejo de cómo soportar esta espera?

—¿Los días que te duermes pensando en ti como la mejor presentadora de este país no serán los mismos que te tiras a Jack?

—¡Maxi! —exclamó Stella, sorprendida de la expresión de Maxi.

—No pienses que me importa con quién se acueste él o si tú te llevas a la cama solo a uno o a medio canal. —Se acercó a Stella con aire de conspiradora—. Por cierto, un día de estos te invito a unas cervezas bien cargaditas y me cuentas cómo cumple. Con esos brazos, esa espalda, ese torso y ese culo, tiene pinta de saber lo que se hace —dijo mientras le guiñaba un ojo.

—¡Maxi! Acabas de decir que no te importaban las habladurías.

—Bueno, bueno, todo el mundo puede tener una vena cotilla, ¿no? —bromeó, pero pronto recuperó la seriedad. —De todas maneras y a pesar de creer que tienes que seguir adelante y demostrar a todos esos de ahí afuera que eres una mujer que los tiene muy bien puestos, también quiero que te quede claro una cosa: ser la cabeza visible de un programa en *prime time* conlleva muchas críticas y malos ratos, insultos incluidos. La motivación para seguir una vez que empieces tiene que estar dentro de ti; tienes que disfrutar haciéndolo. Si lo haces solo para contentar a otro, no funcionará.

Stella supo al momento lo que Maxi insinuaba y, sin embargo, necesitaba oírse lo decir.

—¿Qué quieres decir?

—Está bien, pongamos las cosas claras ahora que sé oficialmente que Jack y tú estáis juntos. Si te acobardas y no te pones delante de las cámaras, te pasarás toda la vida preguntándote qué hubiera sucedido. Y eso, te lo aseguro, es muy jodido de llevar y será peor cuantos más años pasen. Pero si lo haces solo porque estás colgada de Jack y quieres verlo feliz, acabarás amargándote tú y tu relación con él. Así que piensa bien qué tienes con Mister Jack y cómo influirán los polvos que echáis en tu futuro.

Cuando Maxi se marchó una semana después de aquella conversación, Stella ya estaba convencida de que lo bien que lo pasaban ella y Jack en la cama no tenía nada que ver con su decisión de querer ser presentadora. Por eso no entendía por qué Kim y Hannah se reían cada vez que lo comentaba.



Stella apagó el grifo de la ducha y escurrió su melena morena antes de coger la toalla. Mientras se secaba, vio su cepillo de dientes junto al de Jack y sonrió. Jack le había confesado la noche anterior que era la primera mujer que amanecía con él en su apartamento de soltero. Habían pasado todo el día en la cama y lo único que habían comido había sido un cuenco con cereales. Así que Stella había insistido en preparar la cena.

Jack hablaba por teléfono cuando ella salió del cuarto de baño con la toalla enrollada alrededor del cuerpo.

—Joder, tíos, que no, que no puedo ir hoy. Vale, venga, la cancha de baloncesto no se va a mover de sitio. La semana que viene saco un rato para el partido y las cervezas de después.

Stella cruzó el salón haciendo malabarismos para mantener la toalla en su lugar a pesar del empeño de Jack por sacársela a tirones. Le dio un manotazo en el último momento mientras se escabullía riéndose de él en silencio.

Stella se coló detrás de la península que separaba la cocina del salón mientras Jack terminaba de hablar con Fred. Recolocó la docena de rosas que habían comprado a una florista callejera cuando habían ido a hacer la compra. Luego cogió la botella de vino que Jack había abierto mientras ella se duchaba y llenó las dos copas.

—Las rondas del miércoles van a mi costa. *Ciao* —lo oyó despedirse.

Se acercó a ella, la abrazó por la espalda y le dio un beso en la nuca, despejada ahora gracias al recogido que se había hecho. Ella le pasó la copa con el Chianti.

—A ver qué te parece.

Él la besó de nuevo.

—Maravillosa, como siempre —suspiró junto a su cuello.

Stella rio.

—Tonto. No te lo decía por mí, sino por el vino.

—Lo mejor del día: amenizar la espera junto a una mujer hermosa.

—Y cenar unos buenos nachos con guacamole y unos tamales.

—Elaboración de Stella Martin.

Ella se dio la vuelta para estar frente a él, bebió de su copa y lo besó en la boca. Jack la atrajo hacia él.

—Y receta especial de la señorita Martin que es una cocinera muy creativa —rio ella.

Se apretó contra ella. Stella abrió mucho los ojos al notar su dureza a través de la toalla.

—Agradecidísimo a la señorita Martin por satisfacer mi apetito, que no solo mi estómago, con sus elaboraciones —murmuró mientras le desenrollaba la toalla poco a poco y la dejaba caer a sus pies.

—Deberíamos cenar antes de que se enfríen los tamales. —Stella se centró en la palabra «enfriar» para contener el calor que le subía por el cuerpo a pesar de estar

desnuda.

Jack le pasó un brazo por los hombros y el otro por detrás de las piernas y la alzó en el aire. Stella echó la cabeza atrás y se sintió flotar entre sus brazos. Al pasar junto a las rosas, aspiró y se embriagó con el delicioso aroma. Le dio tiempo a coger una de las copas antes de que él la alejara de la cocina.

—Te pones muy sexy hablando de comida. Repite otra vez cómo se llama eso que cocinas tan bien.

Stella rio. Jack rio. Y antes de traspasar la puerta del dormitorio, pensó que no había nada mejor que las noches de vino y rosas.

Capítulo 11

Desde el estreno, hacía apenas una semana, Stella vivía en una nube. No solo porque el primer programa salió perfecto pese a los nervios de última hora —a Jack le había brotado una calentura en el labio y se resistía a besarla—, pese al retraso con el que apareció uno de los invitados —eso a Maxi jamás le hubiese ocurrido— y pese al daño que le hacían esos zapatos —¿quién era capaz de pronunciar un *speech* coherente desde lo alto de unas agujas de ocho centímetros?—, sino porque ahora no podía dar ni medio paso dentro del edificio de la CWW o en la calle sin que se acercara alguien a pedirle un autógrafo y darle la enhorabuena. ¡Era de locos!

¡Hasta Maxi la llamó por teléfono para felicitarla! Por supuesto, había visto el programa y le había entusiasmado. No, no se arrepentía de haberse marchado a la competencia, pero de verdad que le había gustado y añadió:

«Estás estupenda, Stella. Pero créeme si te digo que como productora no te ganaría nadie». En el fondo del corazón, ella también lo pensaba.

De la noche a la mañana, se había convertido en una persona famosa.

La reconocían los taxistas, la reconoció la cajera china del supermercado de su barrio que jamás la había mirado antes a los ojos, la reconoció la pandilla de chavales que se pasaban la vida fumando marihuana en el banco frente a su edificio y que ahora le silbaban y la perseguían nada más verla aparecer.

—El primer día tiene gracia; el segundo te sorprende; el tercero te molesta y ahora... ¡Socorro! ¡Quiero recuperar mi anonimato! —se quejó a Kim y Hannah la primera noche en que coincidieron las tres a cenar en el apartamento.

—Sin todo ese maquillaje, una peluca rubia y tus viejas sudaderas, creo que podrías conseguirlo —dijo Hannah sin levantar los ojos del cuenco de fideos chinos.

—¡Tonterías! ¡Pronto te acostumbrarás! —Kim hizo un gesto despectivo con la mano y cogió el teléfono móvil de la mesa al tiempo que decía—: Por cierto, ¿has pensado en contratar una representante? ¡Necesitas a alguien que te asesore y cuide tu imagen pública! Alguien que te diga: Stella, esta mueca que haces con los labios no te favorece en absoluto —y le mostró la pantalla del móvil con su cara congelada en un gesto horrible durante el minuto trece del programa—. Pronto te lloverán las propuestas de publicidad y serás la nueva chica «porque yo lo valgo».

Madre mía. ¿Y vería su cara en todos los carteles publicitarios de la ciudad?

Jack, sin embargo, estaba feliz. Histérico y feliz. Porque los datos de audiencia del estreno habían sido muy buenos y cada día eran mejores, y porque los jefazos le habían llamado para darle la enhorabuena por el programa y por ese fichaje, Stella.

«Apúntate un tanto, Woodson, es todo un descubrimiento», le habían dicho.

—Y esto no es nada, Stella. Pronto no podrás ni salir a la calle sola. ¡Tendré que ser tu sombra! —se rio Jack alzándola del suelo entre los brazos—. Por cierto, me ha confirmado George que Alexander Greenstein va a venir a la fiesta de celebración de nuestro estreno. ¡El mismísimo presidente de la CWW, en persona!

—¿Y tenemos que asistir a esa fiesta?

Jack soltó una gran carcajada.

—Pues claro, amor. Después de todos estos meses de trabajo duro, nos lo merecemos, ¿no crees? Puedes invitar a tus amigas. Fred y Daniel también estarán allí para celebrarlo con nosotros.

Kim y Hannah le habían asegurado que asistirían. A Kim no había tenido que convencerla.

«¿Una fiesta de la CWW en el Top Roof, el restaurante más exclusivo de la ciudad? ¡No me lo perdería por nada del mundo!».

Hannah, sin embargo, no hacía más que refunfuñar cada vez que se lo recordaba. No tenía un vestido apropiado. No le gustaba salir por las noches —«tampoco por el día», pensó Stella— y tenía vértigo a las alturas.

—¡Pero si es una terraza vallada con un seto! —replicó Stella.

—Da igual. Estaremos a trescientos veinte metros más cerca de las estrellas y, solo de pensarlo, ya se me revuelve el estómago.

—Por favor, Hannah. No sé cómo hubiera podido salir adelante sin vosotras en los malos momentos. Y ahora quiero compartir los buenos con Kim y contigo.

Hannah la miró con esos ojos grises asombrados que parecían ver el mundo como si acabara de descubrirlo por primera vez.

—De acuerdo. Pero subiré por las escaleras.

—Son cincuenta pisos.

—Eso significa unos... —Hannah frunció el ceño, movió los labios como si calculara algo y, por fin, dijo—: Dos mil quinientos treinta y tres escalones. No hay problema.

Stella sabía que era inútil intentar disuadirla.

Y allí estaban por fin, recién llegados a la fiesta, haciendo cola para posar delante del *photocall* con la imagen del programa y el logo de la CWW a tamaño gigante.

Jack las había recogido a las tres en una limusina alquilada para la ocasión que atrajo la atención de todo el barrio. Hubo vecinos que incluso se sentaron en la escalera de incendios, móvil en mano, esperando a ver quién se subía a ese lujoso vehículo. Y no los defraudaron: las tres amigas descendieron los escalones del portal a la calle como si fueran auténticas estrellas de Hollywood enfundadas en sugerentes vestidos de seda o lentejuelas con escotes más que generosos.

Kim parecía una auténtica modelo de pasarela con esas curvas de circuito de Fórmula 1 y las piernas interminables sobre unos tacones de aguja con los que, más que andar, parecía marcar su territorio. Hannah prefirió calzarse unas manoletinias plateadas —«con apliques galácticos de princesa estelar», en sus propias palabras— a juego con un vestido negro, y Stella optó por ser práctica: tacones sí, pero cómodos, que la noche iba a ser muy larga. Suficiente preocupación tenía ya con moverse sin parecer una muñeca mecánica dentro del vestido hiperajustado y con demasiadas

transparencias de Tom Ford que le habían prestado en la cadena. Sin embargo, le bastó con la mirada de admiración y deseo que le dedicó Jack para perdonar al vestido todas las incomodidades que tendría que soportar esa noche por su culpa.

—Estás preciosa, Stella —susurró él. La cogió suavemente de la mano y la alejó un poco para contemplarla mejor—. No sé qué me has hecho, pero desde que te conocí es como si tuviera una buena estrella a mi lado; una estrella particular, solo para mí.

Y ella se había derretido por dentro al escucharlo.



—¡Aquí, aquí, Stella! —gritaban los periodistas mientras disparaban las cámaras.

Estaba tan nerviosa al subir a la tarima del *photocall*, que se habría caído si Jack no hubiera reaccionado a tiempo. Le pasó el brazo alrededor de la cintura con toda naturalidad, la sujetó con firmeza y, desde ese instante, ya no la soltó en ningún momento. Notaba el calor de su mano apoyada en la cintura y no dejaba de susurrarle tonterías y ternuras al oído para que se relajara ante las cámaras.

—¡Stella! ¡Sonríe! —le reclamó un fotógrafo a su derecha. Y luego fueron otros, y ahora aquí, y así y asá. Todos los buscaban—. ¡Otra vez! ¡Jack, aquí! ¡Ahora los dos! ¡Aquí, aquí! ¡Juntos!

Eso fue solo el principio. Kim y Hannah —que había tardado casi media hora en subir los dos mil quinientos treinta y tres escalones— se alejaron hacia la zona de bar con la excusa de ir a beber algo mientras ellos se dedicaban a las «relaciones públicas». A partir de ahí, Jack la cogió de la mano y comenzaron los saludos a compañeros y colegas de la cadena, así como a personas que no había visto en su vida, aunque ellos sí parecían conocerla a ella.

«A George ya lo conoces, ¿verdad?», preguntó Jack.

Y George fue quien les presentó al señor Greenstein, el presidente, un hombre de aspecto elegante y maneras desenvueltas que parecía radiografiar a las personas como si tomara nota mental de cada uno. También de ella. La observó unos segundos con los ojos entrecerrados y a continuación le preguntó:

—He oído que empezó como asistente de producción en el programa matinal.

—Sí, señor. Me encanta ese trabajo —respondió ella con más efusión de la que era consciente.

—Woodson —el presidente se dirigió a Jack—, ¿cómo se le ocurrió la idea de probar a Stella como presentadora? ¿Cómo diantres se dio cuenta de que la chica tenía semejante potencial?

—Esto... pues no sé... supongo que fue una corazonada —balbuceó Jack como si no supiera qué contestar—. Tengo buen ojo para detectar talentos ocultos. Y en Stella eran muy evidentes.

Ella le apretó la mano, emocionada.

—Ya lo creo —corroboró George con una risotada—. Es usted un lince, Woodson. Cuando tenga otra corazonada, dígamelo de inmediato.

Uno tras otro, fueron presentándole al resto de jefazos de la empresa. Todos la

observaban con mirada intrigada, le repetían las mismas felicitaciones, le decían que era muy afortunada por trabajar con un director del talento de Jack y que aprovechara la oportunidad. Ella se lo agradecía de veras y contestaba a todo que sí sin dejar de sonreír.

—¿Cansada? —preguntó Jack. Stella asintió—. Ven, vamos a buscar a Fred y a Daniel.

La condujo a través de las decenas de invitados y cuando los divisaron en una de las esquinas de la terraza, semiocultos tras una enorme planta de bambú, Stella se detuvo.

—Adelántate tú. Yo voy a la barra a buscar a Kim y Hannah, y de paso, me pediré una copa. Estoy sedienta. ¿Quieres que te traiga algo?

—Sería fantástico, gracias. —Le dio un beso rápido en los labios—. Un ron con cola, por favor.

Stella se dirigió hacia el lugar donde había creído ver a sus amigas un rato antes. Allí seguían, sentadas en sendos taburetes mientras dos tipos babeantes las rondaban sin decidirse a abordarlas. ¡Pobres!

—Chicas, ya estoy aquí.

—¿Ya te han soltado? Kim y yo dudábamos de que te volviéramos a ver el pelo.

—«Compromisos profesionales ineludibles», lo llama Jack.

—¿Y dónde te has dejado al «chico mimado» de la CWW?

—¿Por qué dices eso?

—Oh, eso es lo más suave que dice de él una rubia muy estirada que anda por ahí. También decía que ha llegado donde está gracias a ella, que solo se mueve por su propio interés, que se apropia de las ideas de los demás y que siempre apuesta en su favor. Una joyita, vamos.

—Creo que acabáis de conocer a Louise, la ex de Jack. —Stella le hizo una señal al camarero y le pidió la bebida de Jack y una copa de vino para ella—. No le hagáis ni caso. Todavía no ha superado la ruptura.

—Pues le hacía muchas carantoñas a un tipo cuya cara me sonaba mucho.

—Es el nuevo hombre del tiempo —dijo Hannah. Al ver que sus amigas la miraban con extrañeza, se encogió de hombros y aclaró—. Ha hecho algunos anuncios publicitarios para una de las empresas de seguros para las que trabajo. Ya sabéis: «Lo único que no podemos asegurar es que el mundo se acabe mañana».

Stella y Kim estallaron en risas.

—Está bien, chicas —dijo Stella cuando el camarero regresó con las bebidas—. Venid conmigo y os presentaré a los dos hombres más interesantes de toda la fiesta: los amigos de Jack.

Atravesaron la terraza rebosante de gente en dirección a la esquina en la que Stella había dejado a Jack con sus amigos. Cuando estaban a apenas un metro de distancia, Stella oyó mencionar su nombre a través de las afiladas hojas del bambú y, haciendo un gesto de silencio a sus amigas, se detuvieron a escuchar:

—Sabía que podía hacerlo. Ha sido Stella como podía haber sido cualquier otra elegida al azar —oyó decir a Jack.

—No me creo que haya sido tan fácil —replicó Fred—. Algo especial debe de

tener ella.

—Te aseguro que nada. No es más que un rostro bonito y una sonrisa radiante. Y fotogenia, mucha fotogenia. Eso es todo. Lo demás, me lo he currado yo, ensayando día tras día con ella. ¿Os lo dije o no os lo dije? ¡Cualquiera puede ser una estrella con un poco de ayuda! —Fred y Daniel se miraron con gesto escéptico—. He ganado esta apuesta limpiamente.

—Pues yo la he visto en la tele y me resulta muy natural y espontánea. Muy ella misma —dijo Daniel.

—¿Espontaneidad? ¡Venga ya, tío! —exclamó Jack con una risa fanfarrona—. En la televisión no existe la espontaneidad, está todo calculado al milímetro. Y a Stella he sido yo quien le ha enseñado todo lo necesario para que pueda ponerse delante de la cámara y comportarse como una profesional. ¿Me quieres quitar el mérito o es que no queréis pagar?

—No te pongas así, hombre. ¿Cuándo he dejado yo de pagar mis apuestas? Pero reconoce que en esta ocasión parece que te lo hemos puesto demasiado fácil.

—Fácil habría sido si fuera una estudiante de artes visuales, pero Stella era una simple camarera, tíos. Eso sí: ha sido una estupenda alumna.

En ese instante, algo se rompió dentro de Stella. Con lágrimas en los ojos, salió de detrás de la maceta tras la que se ocultaban y se enfrentó a Jack que la miró como si acabara de ver una aparición.

—Eso es lo que soy, y a mucha honra, Jack Woodson: una simple camarera que ha trabajado siempre muy duro por ganarse la vida dignamente. ¡No como tú y tus amigotes que os permitís el lujo de jugar con la vida de los demás, como si no os importara una mierda!

—Stella, déjame que te explique... —intentó justificarse él.

—Lo he entendido perfectamente —le cortó ella—. Querías demostrar que eres el más listo de todos: pues ya lo has conseguido. ¿De cuánto era la apuesta? —se dirigió a Fred, que apenas se atrevía a mirarla a la cara—. Tal vez me interese pagarla, en justa compensación.

—No tienes ninguna deuda conmigo —se apresuró a negar él.

—¡Oh, claro que sí! —exclamó, sarcástica— ¡Una deuda que no sabía cómo devolvarte! Por eso acepté quedarme a ensayar todas esas tardes después de mi horario laboral para que tú pudieras tener a la presentadora que veías en mí. Yo jamás quise ese puesto, ¡lo odio! ¡Odio estar delante de la cámara! ¡Odio los chistes estúpidos y las bromas acerca de mis medidas corporales! ¡Si lo hice, fue por ti! Porque eras un buen tío, porque te habías preocupado por mí y creí que merecías la pena. Pero ¿sabes qué? Que eres una estafa. Louise tiene razón: la única persona que le importa a Jack Woodson es Jack Woodson.

—No es cierto, Stella. Tú me importas más que nada.

Ella soltó una carcajada, dolida.

—¿Cómo puedes decir eso ahora? ¿A quién quieres seguir engañando? A mí ya no, ahora lo veo claro: necesitabas una presentadora y ahí tenías a la ingenua de Stella. Necesitabas compañía y Stella siempre decía que sí. Necesitabas un revolcón y ¿para qué buscar más lejos? —exclamó para que lo oyera todo el mundo—: ¡Ahí delante estaba la tonta de Stella!

—Eso no es cierto y lo sabes —respondió él entre dientes—. Jamás te he menospreciado ni te he engañado sobre mis sentimientos.

—Te has engañado a ti mismo todo este tiempo, Jack.

—Lo hablaremos más tarde con tranquilidad, amor... Ahora está todo el mundo mirándonos y no nos interesa llamar la atención: eres la estrella de la noche.

—¡Dimito como estrella! ¡Y dimito de todo lo que tenga que ver contigo! A partir de mañana, ¡búscate a otra alumna para tus lecciones magistrales de mierda! — Y según lo decía, le arrojó el vino a la cara con una mano y le derramó la bebida, con hielos y todo, que traía para él en la otra sobre su pelo encrespado.

Después de eso, se dio media vuelta y abandonó el lugar escoltada por Kim y por Hannah, que petrificó a Jack en el sitio con una simple mirada de sus ojos gélidos.

Capítulo 12

Stella se secó las mejillas con la mano y sorbió con fuerza mientras terminaba de aclarar en el fregadero la taza que acababa de usar.

—¿Otra vez llorando? Caramba, Stella, ya ha pasado más de un mes.

Kim, que como todos los viernes se hacía la pedicura en el sofá, la miró con reproche. No podía entender que una mujer tardara más de una semana en recuperarse de un desengaño amoroso. En realidad, ni siquiera podía comprender que nadie llorara por un tío. A ella, desde luego, jamás le había pasado.

—No, si ya he olvidado a Jack —mintió sin la menor convicción—. No sé por qué lloro. En realidad, lloro por llorar. Dicen que es bueno para el cutis.

Hannah que estaba también en el sillón con el portátil sobre los muslos puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

Ya habían pasado un mes, una semana y tres días desde la espantosa escena en la fiesta del estreno y en todo este tiempo no había dejado de llorar. En general prefería hacerlo antes de dormir, para no tener público, pero los ataques de llanto la asaltaban en los lugares más insospechados. El otro día, sin ir más lejos, se había puesto a gimotear mientras esperaba su turno en la fila de la cafetería de al lado de su nuevo trabajo. Al final la habían colado, y el pobre camarero hasta le había regalado una cookie con pepitas de chocolate a escondidas de su jefe. Y es que, aunque la vida fuera una mierda, seguía habiendo bellísimas personas en el mundo. Aquel pensamiento le provocó un nuevo ataque de llanto y, aunque trató de disimular, no se le escaparon los resoplidos impacientes que lanzaron sus amigas.

Sí, la verdad era que se había vuelto una aburrida insoportable, triste y patética. Pero por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en Jack. Desde luego, la había engañado bien. Nunca habría pensado que se hubiera tomado tantas molestias —incluso se había esforzado por conquistarla aunque, para ser sincera, no le había costado demasiado— solo para ganar una estúpida apuesta. Todos los momentos que habían compartido no habían sido nada más que una mentira. Su paciencia al enseñarle a moverse y a hablar frente a la cámara, mentira; sus besos apasionados, mentira; la forma generosa que tenía de hacerle el amor que hacía que se olvidara hasta de su nombre, mentira; las palabras afectuosas que había susurrado en su oído después de hacerlo, mentira. Jack Woodson no era más que una mentira gigantesca.

Por eso no había contestado a sus llamadas ni respondido a sus correos. Tampoco había abierto la puerta cuando él había ido a buscarla al piso. Ya lo decía su madre: «De los buenos mentirosos mejor alejarse lo más posible, te engañan y te engañan y, si les dejas, te vuelven a engañar». Sí, su madre era sabia y había

aprendido aquellas verdades a base de palos.

Pero sus amigas tenían razón, ya era hora de que se olvidara de Jack. En el fondo no podía quejarse, en cuanto se enteró de lo ocurrido en la fiesta, Maxi la había llamado y le había repetido el ofrecimiento de trabajar con ella.

Así que el lunes, después del peor fin de semana de su vida, se había presentado en la WNBC con la sudadera más vieja, las zapatillas más desgastadas, el moño más despelucado que nunca y unas ojeras que le llegaban hasta los pies y había empezado a trabajar de ayudante de la nueva productora de News 4 New York.

Maxi se había portado como una madre y gracias a ella podía seguir ganándose la vida con un trabajo bien pagado y que le encantaba. Prefería mil veces hacer quinientas llamadas para conseguir antes de veinticuatro horas sesenta y cinco tutús de color rosa para las alumnas de una escuela infantil de un barrio humilde que ponerse delante de una pantalla para que cualquiera pudiera alabarla o criticarla como si la conocieran de toda la vida.

Lo malo era que, a pesar del camuflaje, siempre había alguien que le soltaba un: «Oye, ¿no te han dicho nunca que te pareces un montón a la anterior presentadora de Hoy es hoy?». A lo que ella siempre respondía con un: «Muchas gracias, más quisiera yo» y una risita desganada, aunque maldita la gracia que le hacía.

«Jack, Jack, ¿por qué?». Era la pregunta que se hacía una y otra vez. No podía entender que alguien pudiera ser tan falso, que la hubiera podido engañar de ese modo. Encima había vuelto con Lou, si no ¿por qué le había ofrecido a su ex presentar el programa? Verla de presentadora en Hoy es hoy había sido la puntilla. Antes de conocerlo había pasado por otras relaciones, la mayor parte de las cuales terminaron sin pena ni gloria. En varias ocasiones había pensado que le habían roto el corazón, pero lo cierto era que nunca antes había sentido un dolor parecido.

Se miró las manos y se dio cuenta de que llevaba más de diez minutos secando la taza con un paño y aquel desperdicio inútil de energía hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas una vez más.

—¡Ya está bien! —La voz furiosa de Kim le pegó tal susto que estuvo a punto de dejar caer al suelo la dichosa taza—. Deja eso de una vez.

Su compañera le quitó la taza y la dejó sobre la encimera con brusquedad.

—¡Estoy harta, me oyes!

Stella no estaba para gritos y sus labios empezaron a temblar.

—¡Alto! —El dedo de Kim, a menos de un centímetro de su nariz, detuvo en seco su llanto—. Se acabó el llorar por las esquinas, se acabó el ir otra vez vestida de adefesio, se acabó el pasarte encerrada todo el fin de semana en este cuchitril.

—No sé qué tiene eso último de malo —intervino Hannah, que asistía al espectáculo de gritos y pucheros muy entretenida—. Yo lo paso muy bien.

—¿Ves lo que te digo, Stella? ¿Quieres acabar como la rara esta?

—Oye... —protestó Hannah, pero la otra no le dejó terminar.

—No, ¿verdad? Pues, hala, arréglate que nos vamos de marcha —ordenó Kim.

Stella la miró boquiabierta, pero consiguió decir:

—¿De marcha? ¿Tú y yo?

—Tú, yo y esta —señaló a Hannah con un dedo.

—¿Yo? —Hannah se clavó el pulgar en el pecho antes de negar con la cabeza —. Creo que tanto esmalte de uñas se te ha subido a la cabeza, Kim, bonita. Siempre he sospechado que tiene efectos alucinógenos.

Kim se volvió hacia ella hecha una furia.

—¡Pues claro que tú también! Esto es una emergencia. Nuestra mejor amiga parece un zombi llorón y no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras se deshidrata del todo.

—Pero... —se atrevió a decir Stella con voz débil—. ¿No tenías una cita con el tío de compras?

Kim se encogió de hombros.

—Los hombres abundan, pero las amigas son un bien escaso.

—¡Qué bonito! —aplaudió Hannah, que era superfan de las frases rimbombantes—. Me la apunto.

—No hay tiempo. —Cuando Kim cogía el mando del pelotón era como un terremoto—. ¡Stella, ve a lavarte la cabeza, no quiero ver ese moño desgredado en una buena temporada! ¡Hannah, mueve el culo y ve a ponerte una ropa interior que no parezca la de tu tía abuela la monja! ¡Ah, y también unas lentillas! Yo, mientras tanto, voy a elegir lo que os pondréis esta noche.

Hora y media más tarde, las tres, vestidas para matar y maquilladas con esmero, con las melenas brillantes sueltas sobre los hombros —salvo Hannah que llevaba los mechones caoba más en pie de guerra que de costumbre—, brindaban con tequila en el salón.

—Por las tres diosas que están a punto de quemar la noche de Nueva York —dijo Kim alzando el vaso.

—Por las tres diosas que van a cegar a los hombres con su belleza —la imitó Hannah.

—Por... por que no se nos haga demasiado tarde, que mañana quería ir a la lavandería temprana...

Al ver el modo en que la miraron sus amigas, Stella se detuvo en seco y se vio obligada a reformular su brindis.

—Por...

Los ojos de Kim y Hannah brillaban amenazadores, así que inspiró hondo, alzó el vaso y chilló:

—¡Por las tres diosas que van a hacer que todos los tíos con los que se crucen esta noche se arrastren ante ellas como los gusanos asquerosos que son!

—¡Síiiii! —respondieron las otras dos con entusiasmo.

Entonces, entrechocaron los vasos y se bebieron el contenido de un trago.



Jack se llevó el vaso a los labios y dio un largo sorbo sin apartar la vista de la pantalla. Ya tenía todo lo necesario para pasar el fin de semana: una botella casi entera de whisky, una bolsa enorme de patatas fritas y el DVD con los cuatro programas de Hoy es hoy metido en la tele. Había perdido la cuenta de las veces que los había visto.

Stella le sonrió desde la pantalla y, al instante, notó un dolor agudo en el lado izquierdo del pecho. Cómo la echaba de menos. Llevaba más de un mes sin ver su rostro adorable, sin escuchar sus comentarios irónicos, sin experimentar el cálido afecto que desprendían esos ojos dorados que no sabían mentir, sin poder besar su boca provocativa, sin sentir sobre su cuerpo la curiosidad atrevida de las pequeñas manos. ¡Dios, no podía soportarlo! Se tapó el rostro unos segundos, pero enseguida volvió la atención a la pantalla, como un drogadicto incapaz de renunciar a su chute.

«¿Por qué lo hice?». Si no se había hecho aquella pregunta un millar de veces no se la había hecho ninguna.

A cuento de qué había venido eso de decir que era «una simple camarera» como si hubiera algo vergonzoso en el hecho de ganarse la vida honradamente. Y luego, presumir como un gilipollas de que había sido él quien le había enseñado todo, como si el esfuerzo de Stella no tuviera ningún mérito, como si su increíble talento fuera también obra suya. Incluso en el momento cuando aquellas palabras abandonaron sus labios, sabía que estaba siendo injusto.

Había querido poner en valor su propio trabajo delante de sus amigos, como si aún fueran esos adolescentes de los tiempos del instituto que competían por todo. Quería seguir siendo Jack, el chico listo y lleno de recursos que siempre conseguía lo que se proponía, pero, sobre todo, no quería que nadie se diera cuenta de que no podía soportar la admiración que Stella despertaba en el pecho de otros hombres. Sonaba horrible, lo sabía. En algún rincón de su cerebro reptiliano algo le hacía comportarse como un hombre primitivo, aunque solo con ella. Nunca antes se había mostrado posesivo con una mujer. Jamás le habían importado lo más mínimo los coqueteos de Lou y, para ser justo, Stella ni siquiera coqueteaba. No lo necesitaba. Su personalidad era tan atrayente como un imán de tres metros de alto.

Sin embargo, lo peor de todo fue enterarse de que Stella ni siquiera era feliz. Cuando fantaseaba con la idea de convertirla en una estrella no había pensado en lo que eso supondría para ella: renunciar al privilegio de hacer una vida normal, tener que estar continuamente bajo la lupa implacable de un montón de desconocidos... A Lou, a la que había tenido que recurrir en el último segundo para que el programa no se fuera a la mierda, eso no le importaba lo más mínimo. Todo lo contrario, Louise Duprée disfrutaba siendo el centro de atención. Pero Stella no era así, ahora lo sabía, y esa no era la vida que había soñado. Solo la había aceptado porque le había echado una mano cuando más lo necesitaba y se sentía en deuda con él. Y el resto, ¿también había sido porque se sentía en deuda con él?

Se le escapó una maldición y volvió a llevarse el vaso a la boca. No, se negaba a creerlo. Lo ocurrido entre ellos había sido real. Tan real que lo único que quería era emborracharse para ahogar el dolor sordo de su corazón y tratar de olvidarla. Sin embargo, por más que lo había intentado a lo largo de los últimos días, lo único que había conseguido era tener un dolor de cabeza monumental y permanente.

El timbre del portero automático interrumpió sus pensamientos. Se levantó del sillón con esfuerzo, como si fuera un anciano. ¿Quién sería? No quería ver a nadie. Solo a Stella, claro, pero eso, por desgracia, era imposible. La había bombardeado con correos y llamadas, pero no había respondido a ninguno. Incluso había ido a su

casa varias veces, pero por más que llamaba y llamaba, nadie le abría. La última vez, su amiga Hannah, aquella extravagante mediopelirroja, con la que hasta entonces había hecho muy buenas migas, se había asomado a la ventana y había amenazado con dejar caer sobre su cabeza, con maceta y todo, el geranio que sobrevivía a duras penas en el alféizar como siguiera tocando el timbre.

Abrió la puerta con un gruñido poco amigable y Dan y Fred, el último con una caja de pizza descomunal en la mano, se colaron en el piso.

—Tío, das asco —fue el amable saludo de Dan.

Jack se pasó la mano por la barbilla rasposa y recordó que llevaba más de una semana sin afeitarse. Además, aunque era un hombre bastante ordenado, en los últimos tiempos no tenía ganas de nada y su apartamento parecía una pocilga.

—Joder, Jack, no puedes seguir así. —Fred dejó la pizza sobre la mesa de la cocina y empezó a buscar algún plato limpio por los armarios—. No has venido un solo miércoles a jugar al basket, has dicho que no a todos los planes que te hemos propuesto...

—Y el de la fiesta de mi compañero de despacho prometía —lo interrumpió Dan—. Según él, todas sus amigas están operadas de las tetas.

Puso cara de guarro y dibujó en el aire unas curvas desproporcionadas con las manos.

—Tú sí que das asco, Dan —dijo Fred, que chocaba a menudo con el bocazas de su amigo—. Pero, en fin, Daniel y yo lo hemos hablado y estamos de acuerdo: esta noche no vamos a permitir que te quedes aquí encerrado, lamiéndote las heridas.

Dan, que acababa de coger un triángulo de pizza, asintió con la boca llena.

—Eso, no lo permitiremos.

—Que conste que a mí Stella siempre me ha caído muy bien. De hecho, es la única de tus novias que no me ha parecido estúpida perdida. —Fred se inclinó sobre la caja y, con cuidado de no pringarse demasiado, cogió una porción—. Es guapa, inteligente y simpática, pero si ella pasa de ti tendrás que aceptarlo de una vez y empezar a hacer tu vida.

—Pero yo la quiero, Fred. —Había tanto dolor en los ojos azules de Jack que su amigo tuvo que desviar la mirada.

—Ya sé que la quieres, Jack, y no estoy diciendo que te tires a la primera tía que nos encontremos por ahí.

—Y ¿por qué no? Yo lo intento siempre; otra cosa es que lo consiga.

Ninguno de los otros le prestó la menor atención, por lo que Dan se encogió de hombros y cogió otro pedazo de pizza.

—Solo digo que salgamos esta noche y que tratemos de pasarlo lo mejor posible —siguió Fred en ese tono suyo de abogado razonable, capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

Jack se dijo que tenía razón. Sus amigos se habían portado muy bien y él llevaba demasiado tiempo evitándolos. No tenía ningunas ganas de salir y, menos aún, de conocer a una mujer. Solo había una mujer en el mundo para él y esa era Stella. Sin embargo, tendría que hacer un esfuerzo, se lo debía a ellos.

—Está bien. Hoy será noche de chicos. Os prometo que trataré de estar a la altura.

—¡Por las noches de chicos! —brindó Dan con una lata de cerveza.

—¡Por las noches de chicos! —lo imitaron sus dos amigos, aunque Jack prefirió brindar con agua.

El olor de la pizza resultaba tentador. Si no se daba prisa, Dan iba a terminar con ella en un *pis pas*, así que Jack se inclinó para coger un triángulo y, en cuanto empezó a masticar la masa caliente, se sintió más animado.

Capítulo 13

Dan abrió la puerta del pub de una patada.

—Ya te vale, tío —gruñó Fred—. Tú no conoces la palabra delicadeza, ¿verdad?

—Te has pasado, Dan —gruñó Jack también, al pasar a su lado y entrar en el bar.

Se acercaron a la barra de madera. El rincón donde siempre se instalaban después del partido de baloncesto de los miércoles estaba libre y esperándolos.

—Os habéis convertido en unas nenazas. Me alegro de que Jack haya recobrado la cordura ahora que se ha librado de su última novia.

—¡Cállate, Dan! —salió en su defensa Fred.

Jack se alegró de que el dueño del lugar no gastara demasiado en luces y que el gesto de dolor que se le había escapado les hubiera pasado desapercibido a sus amigos.

—Vale, vale, era una broma. ¡Tres por aquí! —vociferó al camarero que servía a una pareja al fondo de la barra.

Una vez que Fred controló las salidas de tono de Dan, Jack se alegró de estar de vuelta en el Finn's Corner. Pero después de saludar a media docena de amigos, incondicionales del pub como ellos, y de que estos bromearan sobre «qué le habrás hecho a aquella morenaza de la tele para que saliera corriendo» y él no tuviera más remedio que poner cara de imbécil y salir del paso con un «ya ves, es que no pueden resistirse a mis encantos», estaba a punto de estallar.

—Yo me largo de aquí. Tenía que haberme quedado en casa —dijo al tiempo que se bajaba del taburete y llamaba a Finn para que le cobrara las tres cervezas que llevaban.

—De eso nada. ¿Por qué no nos vamos al fondo? Los tíos de los billares están a lo suyo y ni se enterarán de que estamos allí.

—Como no haya sitio, me largo de aquí —advirtió Jack.

—El que me voy a largar soy yo, parecéis dos muermos. «Mamaíta y su niña» os voy a llamar. Las momias de Egipto son mejor compañía que vosotros.

Fred tenía razón: el rincón de los billares estaba extrañamente vacío. Normalmente, había que esperar un rato hasta que algún grupo de jugadores terminaba una partida y se liberaba una de las tres mesas de billar. Aquella noche, sin embargo, dos de las mesas estaban libres.

—Hoy juegan los Yankees —justificó Fred la escasez de clientela.

—Ahí teníamos que haber llevado a este. A ver si se animaba de una vez. — Dan se frotó las manos—. ¿Aprovechamos para una partidita?

—Os voy a dar la paliza del siglo —se animó Jack, cogiendo uno de los tacos de la pared.

—Ni lo sueñes —dijo Fred haciéndose con otro.

—Si gano yo, entramos a las pibas de al lado —se rio Dan.

Jack ni se había dado cuenta de que había dos chicas jugando junto a ellos.

—Paso de mujeres —masculló sin mirarlas siquiera.

Se inclinó sobre la mesa y golpeó la bola azul. Esperó a que esta chocara contra la banda del fondo y regresara. Cuando se detuvo, se dirigió a Dan:

—Tu turno.

La bola amarilla pegó a la banda con fuerza y retrocedió. Al chocar con la de Jack sonó como golpeada con una piedra.

—¡Bestia! —exclamó Fred, que se dispuso a hacer uso de su turno.

—¿No tenéis otro lugar para perderos?

Jack reconoció la voz en el acto. Increíblemente, se dio la vuelta poco a poco y se encontró con la mirada cabreada de Kim. La otra chica era Hannah.

—Mierda —farfulló Fred—. ¿Estáis solas?

Kim bajó el taco hasta el suelo y se apoyó en él con las manos cruzadas. Hannah dio un paso atrás. A Stella no se la veía por ninguna parte.

—¿Preguntas por Stella porque te interesa a ti o es que haces de criado de tu amigo? —preguntó Kim en tono desafiante.

—No estamos siguiéndola si es eso lo que te preocupa —dijo Fred con su calma habitual.

—Pues sí, mira por donde, me preocupa y mucho. Me preocupa que una de mis mejores amigas se deje la piel por un «capullo» y este la trate como a una colilla. Si quiere fumar que se vaya a Cuba, que se meta en una fábrica de puros y se ahogue con el humo.

—Él no ha hecho nada que...

—Nooooo —alargó la sílaba en plan de burla—. «Él» es el mejor de los hombres. Encuentra a un bombón en su peor momento, le ofrece trabajo, la engatusa, la exprime como a un pomelo y saca de ella hasta el tuétano, se mete en su cama con las artimañas más sucias y ¿todo para qué? ¿Qué pasa? ¿Os habéis quedado mudos? —Kim se acercó a Fred con aspecto amenazante y lo golpeó en el pecho con la mano abierta—. Yo te lo diré, guapo: para que ella sacara su carrera del barro y, de paso, para que le calentara la cama.

—¡Kim! —reprendió Hannah a su amiga. Sus ojos se desviaron nerviosos hacia el hueco del arco que comunicaba esa zona con el resto del bar.

Jack miró hacia allí y vio a Stella, lívida, con tres jarras de cerveza en las manos.

—Voy a pedir otra ronda —se escabulló Dan al ver que las cosas iban a complicarse.

—Será mejor que nos vayamos —musitó Hannah.

—De eso nada. Ahora que tengo a ese... —Kim señaló a Jack— a ese cabronazo delante voy a decirle lo que opino de él.

Dio unos pasos hacia Jack, pero Fred se interpuso entre ambos. Hannah aprovechó para quitarle las jarras a Stella, que se había quedado petrificada en el

sitio, y dejarlas sobre una mesa cercana.

—Creo que lo mejor sería que Jack y Stella hablaran a solas. —Fred se dirigió a Kim sin hacer caso de su mirada asesina—. Jack ha intentado explicarle a tu amiga lo que sucedió en realidad, pero ella...

—¡Por encima de mi cadáver! Stella no volverá a tratar con ese cerdo manipulador. No pienso dejar que mi amiga derrame una lágrima más ni que gaste un segundo más de su vida pensando en él. ¡Hannah, llévatela de aquí!

—¿Y tú quién eres para tomar decisiones por otro? —Se notaba que Fred estaba empezando a enfadarse—. ¿Por qué no dejas que hable ella? ¿Stella, tú que dices?

Jack vio como Stella salía de su estupor y daba un paso adelante. A Jack se le aceleró el corazón.

—¡No! —la detuvo Kim.

Jack estuvo a punto de rodear a Fred, al que todavía tenía delante de él, y apartar a la amiga «metomentodo» de un empujón.

—Voy a hablar con él, Kim —dijo Stella con voz firme—. Creo que es lo mejor para arrancarme esta espina de una vez. No te preocupes, no sucederá nada.

Que lo calificara de «espina» le dolió a Jack en lo más hondo cuando esa palabra se le clavó en el centro del corazón. En eso se había convertido. Él podía ser una espina para ella, pero ella era sin duda la rosa más perfecta. Se le hizo un nudo en la garganta solo de pensar que la había perdido. Pero no era el momento de regodearse en la infelicidad. Ya iba siendo hora de que dejara de esconderse detrás de Fred y tomara cartas en el asunto.

Jack esquivó las barreras que lo separaban de ella, pero Stella dio un paso atrás en cuanto lo vio acercarse. Se detuvo para no asustarla.

—Podemos ir adonde quieras.

—Ahí estará bien —señaló ella el lugar donde Hannah había posado las jarras de cerveza.

Se sentaron en silencio, Stella de cara a las mesas de billar, él de espaldas a los amigos de ambos, buscando un poco de intimidad.

—No hay manera de disculparme por lo que he hecho.

—No, no la hay.

—Ya sé que piensas que soy un cabrón y que crees que merezco que me tiren al río Hudson con un bloque de cemento en los pies.

—Yo no he dicho nada de eso.

—No hace falta, Kim lo ha dejado muy claro hace un momento.

—Kim solo quiere protegerme porque me quiere.

—Yo también te quiero y por eso...

—Tú no me quieres, Jack.

El tono frío y desapasionado con que dijo aquella frase le provocó un estremecimiento. La perdía. Intentó cogerle las manos, pero Stella las apartó de él.

—Te quiero, Stella Halley.

—¡No me llames así! ¿Lo ves? Ese es tu problema, que juegas a los magos con las personas. Buscas una piedra, la tiras al cielo y la golpeas sin cesar hasta que salta una chispa. Entonces, engañas al mundo diciendo que es una estrella luminosa,

lo repites tantas veces que todo el mundo, hasta la propia piedra, se lo cree. Y mientras brilla, aprovechas la luz que emana y te calientas con ella, pero tú sabes que no es más que una piedra y que un día esa chispa dejará de brillar.

—¡No! Tú no eres una piedra; eres una estrella, Stella, créetelo porque es así. Y yo no he encendido nada, eres tú la que brillas con luz propia. Todo el mundo lo vio. Pregúntales a los televidentes a los que dejaste pegados en los asientos.

—Me da igual. Esa luz que tú dices que tenía se apagó a base de traiciones.

Las lágrimas le comenzaron a caer por las mejillas. Jack quiso enjuagárselas a besos, pero ella no permitió que la tocara.

—Nada fue mentira, Stella. No lo fue cuando dije que eras perfecta para el trabajo y no lo fue cuando te decía que te quería. Te confieso que al principio sí, cuando te conocimos en The Fat Duck, tenías muy mala cara. —Se encogió de hombros—. Habías pillado un resfriado, estabas enfadada, tenías los pelos enmarañados y aposté con los chicos que haría de ti una estrella.

—Todo fue mentira, Jack, el resto también. Yo misma oí cómo te burlabas y te reías de mí.

—Fui un bocazas y un soberbio. Ellos sacaron el tema en la fiesta y me pudo la arrogancia. Tenía ganas de decir que estaba loco por tus huesos, pero me dio miedo que pensarán que soy un blando, que me tildaran de merengue, así que dije la primera burrada que se me pasó por la cabeza.

—«Una simple camarera». «Una buena alumna» —repitió con rabia las palabras de Jack el día de la fiesta.

—No las repitas más, por favor —susurró Jack.

—Duele, ¿sabes? —Los ojos de color miel se llenaron de lágrimas—. Saber que lo que ofreciste con tanto amor es arrojado a la basura duele mucho.

—Quiero consolarte, pero tengo miedo a que me rechaces de nuevo —confesó él entre murmullos—. Déjame abrazarte, amor.

Por encima del hombro, Jack notó movimiento. Se giró un poco y vio a Hannah a su espalda, alerta por lo que pudiera suceder entre ellos. Un poco más atrás, Fred y Kim estaban también pendientes de la conversación. Stella hizo un gesto de tranquilidad a Hannah y luego clavó la mirada en él. Jack tendió la mano por encima de las molestas jarras de cerveza e intentó acariciarla, pero en cuanto ella adivinó el gesto enterró la cara entre las manos y se rompió en un sollozo.

A Jack ni le dio tiempo a reaccionar y ya tenía toda la infantería encima: Hannah arrodillada en el suelo y consolando a Stella y Kim lanzando un obús contra él.

—¡Lárgate de una vez de aquí y déjala en paz! ¡Stella no necesita hombres como tú! Ella vale mil veces más que cualquiera de nosotros.

—¡La que te tienes que largar eres tú! —lo defendió Fred. —¡Dices que eres su amiga y no eres más que una arpía androfóbica! ¡Si la quisieras tanto como dices, le desearías lo mejor! ¡Y lo mejor es Jack!

Jack, furioso, miraba a uno y a otro gritarse como enemigos acérrimos. La vena del cuello le empezó a palpar. ¿Qué mierda de discusión era aquella? Fred estaba fuera de sí y Kim, también. Se enfrentó a ellos.

—¡Largo de aquí!

—¡Ni hablar! —chilló Kim.

—¡Ni hablar! —gritó Fred.

Dan apareció por el pasillo con una jarra de cerveza en la mano y solo de pensar que viniera a sumarse a la pelea, Jack... Jack se convirtió en Godzilla.

Empujó la mesa y se levantó de un salto. Las jarras de cerveza se volcaron, la bebida corrió por la mesa y cayó en forma de cascada al suelo.

—¡Fuera de aquí todo el mundo, malditos entrometidos!

Jack sintió entonces un empujón y, cuando recobró el equilibrio, vio a Stella que se dirigía corriendo como loca hacia la salida.

Corrió detrás de ella y cruzó el bar, pero Stella ya había desaparecido. Abrió la puerta como una exhalación y salió a la calle. Por suerte, sus ojos se acostumbraron enseguida a la noche. Miró a uno y otro lado de la acera. Ni rastro de ella. En ese momento, un desagradable chirrido de frenos lo hizo fijarse en la carretera. Entonces la vio. Estaba en mitad de la calzada, en medio de los coches que circulaban por la avenida. Vio a una limusina dar un volantazo para esquivarla, entre un estruendo de bocinazos, gritos y pitidos, y a Stella saltar hacia adelante justo a tiempo.

—¡Stella! —gritó aterrorizado al pensar en perderla.

Su grito se perdió entre el ruido ensordecedor de las bocinas de los indignados conductores.

—¡Stella!

Ella se volvió. El resto sucedió como a cámara lenta. Ella lo miró con una tristeza infinita y extendió el brazo hacia él. El ruido de una motocicleta penetró en los oídos de Jack. Stella desvió la mirada hacia el vehículo que iba derecho hacia ella.

Jack gritó, gritó, gritó.

—¡Stella! ¡Stella! ¡Stella! ¡Stella!

El chirrido de las ruedas derrapando sobre el asfalto le produjo un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral. Al otro lado de la calle un coche chocó contra otro, y otro más. En medio del ruido de chapa y cristales rotos, Jack intentó localizarla, distinguir su cabeza entre las luces de los coches accidentados, pero Stella había desaparecido.

Saltó por encima de los capós de una furgoneta y de un Mustang y casi se cae al pisar el tubo de escape de la motocicleta accidentada. Un grupo de personas se arremolinaban en torno a una figura tirada en el suelo.

—¡Stella! —gritó mientras se hacía hueco a empujones.

El conductor de la moto parecía estar bien y trataba de levantarse, a pesar de que la gente le aconsejaba que esperara a que llegaran los sanitarios.

Jack salió del círculo de personas.

—¡Stella! —gritó de nuevo.

La vio sentada en el borde de la acera, cabizbaja, sola. Se acercó a todo correr y la abrazó. Por primera vez en toda la tarde, ella no lo rechazó sino que se acurrucó contra él. Temblaba como un pajarito herido. Jack le besó el pelo sin dejar de susurrar:

—¿Estás bien? —Stella asintió con la cabeza—. ¿Seguro que estás bien?

Ella afirmó de nuevo.

Milagrosamente, no le había sucedido nada. Entonces, Jack la cogió por los

hombros y la obligó a mirarlo.

—Nunca, ¿me oyes? Nunca más vuelvas a darme un susto como este.

Sus amigos llegaron en ese momento.

—¿Qué ha sucedido? ¿Os ha pasado algo? —preguntaron los cuatro a la vez, preocupados.

—Nada, no nos ha pasado nada —los tranquilizó Jack. —Estamos bien. Id a enteraros de si el hombre de la moto tiene algo grave.

Fue Hannah la encargada de hacerlo. Regresó enseguida.

—Un par de abollones y un retrovisor roto. Nada que no pueda solucionar una llamada al seguro. El motorista está bien. Ya se ha levantado y dice no tener nada —aseguró Hannah.

Stella respiró aliviada.

—Vale, pues ahora os vais a dar la vuelta y os vais a marchar a vuestras casas —les pidió Jack.

—¿Stella? —la interrogó Kim.

—No os preocupéis por mí. Estoy bien. Podéis iros. Luego os llamo —prometió.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que los vieron alejarse. Jack esperó a que las sirenas del coche de policía, que acaba de llegar, se apagaran.

—Calla, no digas nada. Esta vez, déjame hablar a mí —le ordenó Jack al ver que ella abría la boca—. Casi me muero cuando he pensado que estabas debajo de las ruedas de esa moto. No quiero perderte, no voy a perderte. Soy un imbécil. He cometido muchos errores contigo, pero quererte no es uno de ellos. —La besó apasionadamente—. Te quiero, te quiero todo lo que se puede querer a una persona. Quiero estar contigo siempre. Si te convirtieras en cometa, te seguiría por el firmamento, pero como eres una estrella, subiré al cielo y me quedaré colgado allí arriba si te consigo de ese modo. Sé que tú me amas y que yo no te merezco porque eres mucho mejor persona que yo, pero me da igual. Y lo sé porque te entiendo, porque eres la mujer más franca que conozco, sin dobleces ni engaños. Eres auténtica y auténtica te quiero. Aunque ahora pienses lo contrario, soy un buen tío y te lo voy a demostrar. Acabaré convenciéndote de ello, ya lo verás. Te quiero, Stella. Te amo como nunca he amado a nadie. Dejaría mi trabajo, mi casa y mis amigos por ti. Me convertiría en el hombre del tiempo si tú me lo pidieras.

Stella sonrió por primera vez aquella noche.

—¿De verdad lo harías?

A Jack se le ensanchó el corazón de ver cómo la coraza de ella se resquebrajaba.

—Por ti, sí.

Y antes de que se diera cuenta, Stella lo besó.

—Me gustaría ver eso —murmuró contra sus labios.

—Por ti lo que quieras, amor, lo que quieras —le prometió Jack mientras la besaba de nuevo.

En algún momento, llegó una ambulancia y se marchó vacía y escoltada por el coche de la policía. Las sirenas volvieron a sonar, pero ni Jack ni Stella las oyeron, atrapados en los ojos del otro, atrapados en la boca del otro.

Epílogo

El cuarteto interpretaba una versión de un vals de Strauss en el quiosco de música plantado en mitad del enorme jardín de la mansión familiar de los Woodson, en los Hamptons, decorado expresamente para la boda de Jack y Stella. Junto a la piscina de aguas turquesas, media docena de parejas bailaban con elegancia al ritmo de la música bajo la atenta mirada de algunos invitados dispersos por las mesas.

—Disculpe, caballero... es mi turno de bailar con la novia. —Jack le dio un par de toquitos en el hombro al corpulento señor que llevaba casi en volandas a su flamante esposa.

—¿Estás de broma? ¡Todavía no ha terminado la canción! —gruñó el hombre, sin mirarlo.

—¡Papá!

—¡Hijo! —El señor Woodson se detuvo en mitad de la pista y soltó a Stella, que no sabía cómo contener la carcajada. Adoraba al padre de Jack. Habían conectado desde el primer momento en que Jack los presentó. Pese a su aspecto imponente, Steven Woodson era un hombre afable, cariñoso, con un gran sentido del humor y, sobre todo, muy familiar. Y Stella anhelaba formar parte de una familia otra vez—. Todo lo que no baile hoy con esta señorita, no lo volveré a bailar jamás.

—Allí tienes a tu hija menor. —Jack señaló a su hermana Carla que era el centro de un grupo de jóvenes situados a escasos pasos de la mesa de la bebida, bajo una de las carpas instaladas para la boda—. Soltera, preciosa y sin compromiso. Y es una bailarina excepcional.

—Carla no deja de regañarme en cuanto me coge por banda. Me controla el marisco, no me deja comer dulce, me quita mi copa de vino cada vez que se acerca con la excusa de que tiene sed y, además, está empeñada en presentarme a la madre de una amiga suya, recién llegada de la costa Oeste. ¿Te imaginas? ¿Yo con una de esas maduritas joviales, teñidas y requemadas por el sol californiano? Si tu madre levantara la cabeza, me perseguiría hasta el fin de los tiempos con sus zapatos de tacón de aguja.

—Papá, Carla solo se preocupa por ti, igual que todos nosotros. No te cuidas nada y estás muy solo.

—Stella me comprende, ¿verdad, hija? —El entrañable señor Woodson le dedicó una mirada de complicidad con esos ojos de un azul idéntico al del Jack.

—Claro que sí, Steven —le dijo sonriente. Luego miró a Jack que bufaba impaciente a su lado—. Cariño, tu padre solo desea disfrutar de la boda de su hijo como haría cualquier otro padre. No le presiones.

—¡Solo quiero bailar con mi mujer!

—¡Pero si has bailado con ella más que nadie! —protestó el señor Woodson.

—¡Porque soy el novio! ¡El-no-vio!

Su padre movió la cabeza como si estuviera asistiendo al lamentable espectáculo de la pataleta de un crío.

—Has heredado el mismo carácter impaciente de tu madre, que en paz descanse. En fin, si te pones así... —Con un profundo suspiro, Steven Woodson se

echó a un lado y extendió la mano como si le autorizara el paso—. Aquí tienes a tu esposa.

—Gracias papá —masculló Jack, al tiempo que agarraba a Stella de la mano.

—De nada, hijo. Relájate o esta noche no podrás bailar como es debido. —Su padre le guiñó el ojo y lo despidió con un par de palmaditas en la espalda.

Stella estalló en una enorme carcajada en cuanto se hubieron alejado unos pasos. Los tacones se le clavaban en el césped del jardín y apenas podía seguir el ritmo de Jack, que avanzaba a grandes zancadas entre los invitados.

—No sé por qué te pones así... ¡es tan divertido! Solo le gusta provocarte un poco, ya sabes.

—Sí, ya sé, ya sé. Siempre le ha gustado tomarme el pelo. A mí más que a ninguno de mis hermanos.

—Eso es porque sois muy parecidos.

—¡Por Dios, Stella! ¿Lo dices en serio?

Jack se detuvo en seco y clavó en ella sus ojos azules que echaban chispas. Sin mediar palabra, la cogió de la mano, rodeó la piscina, atravesó la pérgola cubierta de flores bajo la cual se había oficiado la ceremonia religiosa, cruzó el seto de arizónicas que dividía el jardín y la condujo detrás de una caseta de madera ubicada en un rincón alejado, donde nadie pudiera verlos. La colocó contra la pared de la caseta y la inmovilizó entre los brazos.

—Esto... ¿he dicho algo malo? —balbuceó Stella sin entender nada. ¡Pero si todo el mundo decía que Jack era la viva imagen de su padre con treinta años menos! ¡Y ya podía él dar gracias a la genética, que el señor Woodson no estaba nada mal para su edad!

De pronto, el rostro de Jack se iluminó con una sonrisa maravillosa y la tomó por la barbilla para inclinarse a besarla dulcemente en los labios.

—¿Vamos a seguir hablando de mi padre o prefieres un aperitivo de lo que ocurrirá esta noche?

Stella emitió una breve risa seductora.

—Creo que elegiré el aperitivo, Jack Woodson. Estoy hambrienta.

Se alzó sobre la punta de los tacones, rodeó con los brazos el cuello de Jack y tiró de él para unir sus labios en un beso apasionado. Jack pegó su cuerpo firme al suyo y la abrazó por la cintura mientras sus lenguas se entrelazaban y se paladeaban en un sensual baile húmedo.

La mano de Jack ascendió por su espalda, a lo largo de la hilera de diminutos botones forrados de seda, y lo oyó gruñir contra su boca.

—Este vestido de novia es una tortura, amor. ¿Hay alguna forma de meterte mano sin tener que arrancártelo?

Ella se rio en su boca y negó con la cabeza.

—Ni se te ocurra tocar mi vestido. Tendrás que aguantarte hasta esta noche, vaquero.

—De eso nada...

Jack le mordió el lóbulo de la oreja y luego se deslizó por el delicado cuello de Stella hasta llegar al escote, que recorrió a besos en dirección a los pechos. Ella gimió al sentir cómo el cosquilleo de su vientre descendía hasta su sexo, que

empezaba a reclamar también atención.

Y las manos de Jack no dejaban de amasar el trasero a través de la seda del vestido de una manera escandalosa. Por Dios, qué suplicio.

Lo único que se le ocurrió a Stella para encontrar alivio fue subirse la falda del vestido hasta la cintura y apretarse contra la erección que sobresalía por los pantalones de Jack.

—¿Y así pretendes que me aguante? ¡Estás loca!

Pero Stella entonces desabrochó el pantalón de Jack con destreza, y él, sin dudar ni un instante, la alzó con sus brazos a pulso, hizo que sus piernas le rodearan la cintura mientras ella apartaba el encaje de sus braguitas antes de que él la penetrara de una estocada. Ambos se acompañaron de inmediato al movimiento rítmico de sus cuerpos. Un cosquilleo ascendió por el vientre de Stella y se expandió por cada poro de su piel hasta que ya no pudo más y estalló en un largo orgasmo liberador. Unos segundos después, fue Jack quien soltó un gemido ronco de placer antes de dejarse ir.

Permanecieron en esa postura unos segundos más, hasta que Stella se dio cuenta de que Jack todavía la sostenía en volandas.

—Creo que deberías bajarme ya. Despacito, por favor.

Él obedeció con una sonrisa traviesa.

—Ahora sí podré aguantar hasta esta noche.

—Deberíamos atender a nuestros invitados —sugirió Stella mientras maniobraba para colocarse en su sitio la ropa interior. Luego dejó caer la tela de la falda que había quedado hecha un rodillo alrededor de la cintura y trató de plancharla con las palmas de las manos—. Nos estarán buscando por todos los sitios.

—¿Te refieres a tus damas de honor y a mis testigos?

—A esos, exactamente. ¿Crees que hoy habrán congeniado un poco mejor? —le preguntó Stella, dubitativa.

Lo averiguaron en seguida, en cuanto divisaron los vaporosos vestidos en color lila de Hannah y Kim, sus damas de honor, tirando de uno de los extremos de una liana trenzada de tela, y a Fred y Daniel, en mangas de camisa y sin el menor rastro de la elegancia con la que habían llegado a la boda, tirando del otro.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Jack nada más llegar.

Los cuatro los contemplaron con cara de asombro sin perder las posiciones. Stella apareció detrás de Jack y se plantó en jarras frente a ellos.

—¡Kim! ¡Hannah! ¿Se puede saber qué hacéis?

El tono con el que se dirigió a ellas lo decía todo, así que las dos amigas soltaron la liana a la vez provocando que los dos testigos cayeran de culo en el césped.

—¡Eso ha sido trampa! —exclamó Daniel desde el suelo con voz pastosa. Tenía el pelo alborotado, el nudo de la corbata medio deshecho y los faldones de la camisa sobresalían del pantalón.

—¡Yo ya no podía más! —confesó Fred, que se dejó caer de espaldas en el césped, agotado—. ¿Qué os dieron de comer de pequeñas? ¿Espinacas como a Popeye?

—En realidad, es un mito que las espinacas tengan tanto hierro. Hay otros alimentos con el triple de hierro como el hígado o los frutos secos o... —dijo Hannah.

—Déjalo, Hannah. Por lo que se ve, en Harvard no es oro todo lo que reluce.

—¿Y eso qué quiere decir? —Fred la observó con el ceño fruncido.

—Que se os va la fuerza por la boca, chico listo, sobre todo a vosotros, los picapleitos —respondió Kim que le dedicó una mirada despectiva de arriba abajo. Luego le dio la espalda y murmuró—: ¡Mamón!

—Perdona, ¿qué has dicho? —Fred se incorporó de un salto y la cogió del brazo.

—¡Eh! Las manos quietas. —Kim se revolvió con un movimiento brusco—. Que ya sé de qué vais los chicos como tú: mucho perdona, mucha educación, mucha labia y, luego, sois capaces de sacarnos hasta el...

—Querrás decir que los hombres como yo os tenemos bien caladas a las chicas como tú: esas que hacen un máster acelerado en modales de pacotilla, que pierden el culo por los tíos con pasta y son capaces de hacer lo que haga falta con tal de conseguir un anillo de compromiso en el dedo anular, ¿verdad?

Ambos se fulminaron con expresión de odio en los ojos.

—Kim, ¿me ayudas a colocarme bien la cola del vestido? —los interrumpió Stella con voz suave.

—¡Pero si tu vestido no lleva cola!

—¡Yo sí tengo cola! ¡Haz conmigo lo que quieras, Kim! —graznó Daniel desde el suelo con el brazo alzado.

Jack se echó a reír a carcajadas y se acercó hasta su amigo para ayudarlo a levantarse.

—Vamos, campeón. Creo que ya has bebido demasiado.

—Estoy bien, estoy bien —dijo ya de pie todavía algo tambaleante—. Han sido esos bizcochitos bañados en licor... me han sentado mal. Tengo una sed horrible...

—Deberías tomarte un café bien cargado, Dan —sugirió Stella.

—Yo también estoy seca. Vámonos juntos a tomar algo tú y yo, machote. —Kim se enganchó a su brazo y tiró de él en dirección al bar.

—No creo que Dan necesite compañía para beber más, Kim —dijo Fred, cortante.

—Y yo creo que Dan y yo ya somos mayorcitos para saber lo que podemos hacer, chico listo. ¿A que sí, Dan?

El joven asintió enfáticamente con la cabeza.

—Kim, por favor... —Stella le dirigió una mirada suplicante a su amiga.

—Tranquila, cuidaré de él. Solo necesito airearme un rato. —Echó a andar con Dan del brazo, pero, antes, agregó en voz alta—: A fin de cuentas, este es el único tío que merece la pena de los que hay hoy por aquí cerca.

A Fred se le escapó una breve carcajada incrédula.

—Bueno, pues... —Jack le dirigió una sonrisa vacilante a Stella, que observaba cómo se alejaban Kim y Dan—. Parece que no ha ido tan mal la cosa entre nuestros amigos, ¿verdad, amor?

* * *

La azafata reclamó su atención e inició las indicaciones de seguridad del vuelo. Stella la escuchaba reconcentrada mientras apretaba con fuerza la mano de Jack, que la observaba divertido.

—¿Y si no sé ponerme la máscara cuando nos digan? ¿Me asfixiaré? —le preguntó en voz baja y con ojos de susto—. ¿Crees que esta compañía es segura, Jack? Explícame otra vez por qué vuelan los aviones, que todavía no lo he entendido bien.

—Ya te lo he explicado tres veces.

—Sí, pero como no tiene mucho sentido, no lo termino de pillar.

—Confía en mí. En cuanto despeguemos, te olvidarás de que estamos volando. Nos traerán una copa de champán, unos bombones y dormiremos un ratito, que buena falta nos hace.

—¿Dormir? ¡Yo no puedo dormir aquí dentro, Jack! ¡Y ni se te ocurra quedarte dormido y dejarme sola!

—Anoche no dormimos apenas...

—¡Ya dormiremos cuando llegemos a Fiyi! ¿No podríamos haber elegido un destino más cercano que la Polinesia? —lloriqueó—. ¡El Caribe está a menos de tres horas!

—Stella, amor, mírame. —Obediente, clavó en él esos ojos dorados que lo volvían loco—. Estoy contigo, jamás dejaría que te ocurriera algo mientras estemos juntos. Te quiero, ¿recuerdas?

—Lo sé —admitió ella, sonriendo por primera vez—. Es solo que estoy muy nerviosa. Han sido tantas cosas nuevas en tan poco tiempo... El cambio de trabajo, el traslado a Chicago, la boda y ¡ahora vamos a cruzar medio mundo! ¿Qué nos esperará cuando volvamos?

—Cuando volvamos, nos espera un hogar en el que comenzaremos una nueva vida juntos, tú y yo. Tú, Stella Woodson, serás la mejor ayudante de producción de The Voice USA en la CBS, y yo seguiré peleándome cada día con los datos de audiencia para conseguir que el formato de mi programa de Nueva York funcione igual de bien en Chicago. ¡Juntos lo conseguiremos!

Stella suspiró ilusionada.

—Lo conseguiremos. —Apoyó la cabeza en su hombro y añadió—: Te quiero, Jack.

—Yo también te quiero, amor.

Jack alzó la persiana de la ventanilla y contempló el cielo nocturno plagado de estrellas. Le pareció que ninguna brillaba tanto como la que dormía a su lado.

Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.